



GUILLERMO SACCOMANNO

LA LENGUA DEL MALÓN

Lectulandia

Buenos Aires, 1955. Lía es periodista de *La Nación* y poeta, pero también judía, de izquierda y lesbiana. Delia, su amante, es escritora y lucha por conservar las formas como mujer de un capitán golpista de la Marina. El profesor Gómez también padece una combinación explosiva: es cabecita negra, peronista, devoto de la literatura inglesa y homosexual. El joven Gómez fue testigo del amor ilícito de sus dos amigas.

En esos tiempos de gobierno popular, conquistas sociales y persecuciones, que culminaron con el bombardeo del 16 de junio a la Plaza de Mayo, Delia escribió una novela que permaneció oculta hasta hoy. Ahora septuagenario, el profesor va a contar la historia de ese texto, *La lengua del malón* y de la vehemencia y represión que marcaron a su autora. Porque escrita bajo el influjo del amor que no se puede nombrar, la narración de Delia es doblemente maldita. Por su carácter inconcluso y por la pasión subversiva que cuenta: la de un indio y su cautiva.

Lectulandia

Guillermo Saccomanno

La lengua del malón

ePub r1.0

Ninguno 26.09.14

Guillermo Saccomanno, 2003
Retoque de cubierta: Ninguno

Editor digital: Ninguno
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

Aquí me pongo a contar, dice el profesor Gómez. También la mía es una pena extraordinaria. La lengua se me anuda. Mentira que al contar se encuentre consuelo. Pregunto:

A quién puede interesarle una historia de homosexuales bajo las bombas del 55. Pero sé que quien cuenta no debe hacerlo para mal de ninguno sino para bien de todos. Voy a intentarlo.

Voy a pedirle atención al silencio.

1 / LOS PAPELES DE GÓMEZ

El profesor Gómez se pasea refunfuñando por este ambiente vasto y neblinoso que en otra época fue salón pero ahora, atestado de libros y papeles, es tan biblioteca como las demás habitaciones de este departamento antiguo. Cada habitación cumple más esa función que cualquier otra. Las paredes del departamento, incluyendo la cocina, el baño, un pequeño vestidor y el cuarto de servicio, están cubiertas de estantes, y en ellos desbordan los libros, biblioratos, carpetas, cuadernos, revistas, fascículos, diarios, folletos, volantes, apuntes, cajas de cartón, papeles y más papeles, hasta el techo. En el piso, en los rincones, encima de armarios, mesas, sillas y sillones, los papeles se elevan en pilas torcidas, columnas a punto de derrumbarse. Más que una vivienda o un estudio, este departamento parece una gigantesca librería de viejo, un archivo en el que pueden encontrarse, entre telarañas y polvo, desde incunables hasta manuscritos comprometedores del siglo pasado. Cuando al profesor se le sugiere esta idea, se detiene y, volviéndose, sonrío con una inquina zorra. Sonríe y carraspea un je.

Los papeles de Gómez, comenta.

A esta hora del atardecer, la hora del regreso, cuatro pisos más abajo, la avenida Rivadavia, a la altura de Pasco, es un mar de motores y, cada tanto, una sirena. El eco nervioso del exterior acentúa el carácter vetusto y callado de este departamento.

Guardo todo, dice el profesor. Yo guardo todo. Acá hay desde versos que se consideran licencias de juventud, rimas pergeñadas por algún pensador ilustre en una servilleta para ganarse el favor de una bataclana, hasta proclamas revolucionarias traicionadas después en los hechos.

Más que una biblioteca, este lugar es un arsenal, se sonrío. De haberme dedicado al chantaje, hoy sería millonario, dice el profesor. Pero no fue ésa mi intención. Tampoco mero coleccionismo, hábito onanista. Lo mío, en todo caso, es pasión por la verdad histórica. La memoria de una patria clandestina, sumergida. Me gusta pensar mis papeles como sábanas que algún día habrán de exhibirse en un balcón, como se acostumbraba antes, después de la noche de bodas: mostrarle al vecindario la sábana manchada de sangre virgen. Todas las páginas de nuestro pasado, sábanas ensangrentadas. Una metáfora: la patria es la novia entregada, desvirgada en una violación.

En los estantes cargados de libros, biblioratos, carpetas, cuadernos, revistas, fascículos, diarios, folletos, volantes, apuntes, cajas de cartón, papeles y más papeles hay también algunas fotos. Un banquete de egresados del profesorado, un mitin político del primer peronismo, una carpa en un balneario sindical de la costa atlántica, jóvenes junto a una chata en un campo. En casi todas esas fotos el joven Gómez es un muchacho criollo, macizo, una de esas miradas indias que no trasuntan nada de lo que les pasa por dentro. Incluso en las fotos en que el joven Gómez tiene anteojos de sol

puede imaginarse que detrás de los cristales oscuros acecha esa mirada. Todas las fotos son anteriores a 1955.

El profesor, ahora, septuagenario, borra la sonrisa. Y explica:

Todo se me murió entonces. Y decidí no atesorar más imágenes. Los indios tienen razón cuando temen que una cámara les robe el alma. Mi alma quedó prisionera en esas fotos. Después del 55, no más alma. Después del 55 lo que quedó de mí fue un reflejo del alma que tuve, un parpadeo leve.

El bombardeo, dice. Hay que haber estado en esa plaza. Si se camina por ahí, todavía pueden verse en las paredes del Ministerio de Economía las marcas de los proyectiles.

Yo tenía veintiséis años, se acuerda.

El profesor intenta una descripción del bombardeo. El rugir de los aviones, los gloster meteor en picada, el silbido de los proyectiles, la explosión de una bomba, los nubarrones oscuros, los gritos, las corridas, el tableteo de las ametralladoras desde la Casa Rosada, las corridas, un auto con el motor incendiado, un colectivo humeando, hombres, mujeres y chicos a la atropellada, chocándose, y a pesar de la marea de sonidos y voces, no obstante, se acuerda el profesor, el silencio. Una explosión me volteó. Aturdido todavía por la onda expansiva, el profesor se acuerda de haberse arrastrado. Estaba ahí, incorporándose como podía, hipnotizado por la visión de una piernita de nene, sola, desprendida del cuerpo. El profesor miró alrededor buscando.

Antes que el espanto, me sobrevino un instinto práctico. Estuve a punto de agarrar la piernita y ver a quién se le había salido. El profesor parece estar viendo todavía esa media blanca sucia de polvo rojizo, ese zapato, un gomicuer, de esos colegiales, que se usaban antes. El diminutivo, admite, le concede un patetismo a la piernita. Estaba observando la piernita cuando un empujón me volvió a la realidad. Supo después, un instante después, lo que cuenta ahora: cuando pudo pararse entre los nubarrones negros de combustible, entendió que lo había derribado el fragor de una bomba. Algunos hombres corrían socorriendo a las víctimas, pero la masacre volvía ridículo este esfuerzo. Había hombres y también mujeres que caminaban errantes, desgarrados y maltrechos, sonámbulos envueltos en la humareda. El profesor se acuerda de un hombre joven, chamuscado, con el traje hecho trizas, los pantalones colgándole destrozados, la cara quemada. El desgraciado se tambaleaba balbuceando. Mamá, mamita, repetía.

También yo empecé a deambular trastabillando entre los disparos, las bombas, los escombros, los cadáveres y los heridos. Un grupo de muchachos se había juntado bajo una arcada del Cabildo. La vida por Perón, gritaban. Los aviones seguían sobrevolando la plaza, arrojando bombas. Desde la Casa Rosada una batería disparaba todavía una ametralladora contra el cielo. Pero el cielo no se veía.

La ciudad se ha ido apagando en las ventanas. La penumbra instalada alrededor

del profesor hace más lejano aún el rumor del tráfico subiendo desde la avenida. El silencio se ha vuelto más silencio y en la quietud puede oírse tanto el susurro de la carpeta celeste que acaricia el profesor como el sonido de su garganta en un carraspeo. La respiración del profesor es la respiración de los estantes agobiados por el peso de tanto papel.

Los papeles de Gómez, repite el profesor.

Con un gesto cansado abarca la biblioteca:

De qué nos hablan estos estantes, tanto escrito, pregunta y se pregunta el profesor. No de otra cosa que del dolor. A veces pienso que todo lo que guardo no son novelas, cuentos, biografías, ensayos, tratados, manuales, diccionarios, enciclopedias. Lo que guardo es dolor. Tipas y tipos que pensaron, confiados, que se podía vencer la indiferencia del mundo, aplacar la miseria de la existencia, postergar un rato la muerte en una ilusión libresca. Mensajes encerrados en botellas.

El profesor se deja caer en un sillón:

La masacre. Caminaba unos pasos y me tropezaba con cadáveres o mutilados. Pude haberme tirado cuerpo a tierra o correr hacia las recovas, buscar alguna protección. Pero no. Todo transcurría como en un sueño. Una niebla densa y caliente me envolvió. Otra explosión. De nuevo el tableteo de la metralla. De la fachada de un edificio brotaban surtidores de revoque. Entonces pensé en los libros. De qué me servía la literatura. Tenía algo en la mano. Tardé en darme cuenta. Esa piernita de nene.

Hasta Floresta se podía ir en colectivo o en tranvía, se acuerda el profesor Gómez, pero a Lía le gustaba caminar desde el diario, en el centro, hasta Plaza Miserere y de ahí viajar en tren hasta su departamento. Esa época en que el profesor la conoció, era el segundo gobierno peronista, después de la muerte de Evita. Por entonces, Lía había comenzado a liberarse de su pasado. Aún no había cumplido los treinta, pero ya tenía toda una historia personal que la diferenciaba de otras mujeres de su edad. Lía era, como se decía entonces, una mujer de avanzada.

Había abandonado Moisesville, su pueblito, para venirse a trabajar a la Capital de secretaria en una escribanía. Al principio vivió en pensiones, resistió el hambre alimentándose de café con leche, pan y manteca. Vestía sencillamente. Con humildad y discreción, se las rebuscaba para combinar un trajecito sastre con dos polleras. Combinando ingeniosamente unas pocas prendas, siempre parecía pertenecer a una clase social superior. Aún trabajaba en la escribanía cuando acercó sus primeras colaboraciones al diario de los Gainza, donde llegaron a publicarle algunas notas de color sobre el ambiente teatral y cinematográfico. Más tarde, la tomaron en el diario y Lía renunció a la escribanía, alquiló ese departamento en Floresta, cerca del ferrocarril del oeste. Cuando Perón entregó el diario de los Gainza a la CGT, Lía pasó

a trabajar en el de los Mitre.

Si al referirme a esos diarios, en lugar de llamarlos *La Prensa* o *La Nación*, apelo a los apellidos ilustres de sus dueños, hay un motivo. Se dice *La Prensa*, se dice *La Nación*. Entonces se piensa que esas palabras absolutas, grandilocuentes, institucionales, son lo que prometen. En cambio, al llamarlos por los apellidos de sus patrones, se desnuda la verdad: ni son la nación ni son la prensa. Sí los apellidos del poder oligárquico que alentará el bombardeo y, más tarde, la persecución del santo pueblo de este país que nunca termina de ser nación ni de tener una prensa que lo represente.

A veces me pregunto qué hace una señorita como yo en un lugar como éste, se preguntaba Lía al salir del diario. Y se lo preguntaba no tan en broma como parecía.

Y después, hacia mí:

Vos no tenés miedo de que te descubran, Gómez, me preguntaba. La verdad, decime. Acaso no somos cautivos de un secreto.

Querés que te cuente de dónde vengo, se sinceró Lía otra tarde, a la salida del diario.

Si para algo pueden servir los mapas y los almanaques, es para explicar un sufrimiento. Vayamos a la Rusia zarista, a los pogroms. Remontémonos a la judería errante por los puertos europeos, buscando asilo. Por ahí vamos a encontrar a Abraham deambulando con Sara, embarazada, juntando primero unos pocos francos y libras esterlinas, estafados después por un tal Kaufman que reúne a sus paisanos para despacharlos a una tierra prometida. Sin una moneda, los padres de Lía no pensaban más que en abandonar Europa.

No tenemos tierra, lloraba Sara.

Nuestra tierra es el libro, le contestaba Abraham, refugiándose en la Torah.

El libro, se quejaba Sara. Dónde nos va a llevar este libro.

Y Abraham, convencido:

Estamos cerca, Sara. Y le preguntaba: Creés que Dios nos hubiera enviado una vida nueva si no estuviéramos cerca.

Sara callaba.

Tenemos que seguir buscando, Sara. Nuestra tierra.

Ahora el matrimonio estaba en Bremen. Al Kaufman ese, el estafador, lo detuvieron en Bremen mientras Sara daba a luz a un varón, Jacob. Las autoridades alemanas, después de una discusión en el Senado, se hicieron cargo de los inmigrantes sin destino. El tiempo pasaba. Abraham decidió que debían viajar otra vez. Sara estaba de nuevo embarazada. Por un tropiezo en el papeleo, una vez más se frustró el embarque.

Entre las penurias de la miseria, el noventa los encontró en Constantinopla. Y allí nació Salomón.

No tenemos dónde caer muertos, decía ahora Sara.

Salo es un enviado, le decía Abraham. Dios no nos habría enviado otro hijo si no estuviéramos cerca de la tierra.

Lo mismo dijiste antes.

Ahora es distinto, Sara. No estamos en Rusia.

El libro, suspiraba ella.

Si una certeza tenían era que no estaban dispuestos a volver a Rusia, me contaba Lía. Mis viejos no precisaban leer los novelones de los grandes rusos para saber de las humillaciones y ofensas del zarismo. En el 91 Abraham, Sara, Jacob y Salo estaban en Marsella. Por esa época, en Londres, el barón Mauricius von Hirsch había creado una comisión para proteger a los inmigrantes judíos, más tarde denominada Jewish Colonization Association. En Marsella mis viejos se embarcaron finalmente en el *Pampa*, contaba Lía. Pero ahora no eran sólo ellos cuatro. También viajaba yo, en el vientre de Sara. Y este embarazo era otro mensaje de Dios. Según mi viejo, cada embarazo anunciaba la proximidad de la tierra prometida. A mi viejo le hablaron de un Rosenthal que compraba y arrendaba hectáreas en Entre Ríos, donde más tarde sería Moisesville.

La tierra prometida, ironizaba Lía. Yo nací en la tierra prometida.

Una mujer, se quejaba Sara.

Va ser una buena madre, Sara, le decía Abraham. Como vos.

Si el libro lo dice, suspiraba Sara.

No lo dice el libro, le contestó Abraham. Se parece a vos.

Después de trabajar con el arado, exhausto, Abraham se sumía en el libro.

Si no araban ni sembraban ni plantaban árboles, los colonos perdían, además del adelanto hipotecario por la parcela, todos sus derechos. A los pobres desgraciados les importaba más el trigo y el maíz que sus hijos. También la alfalfa, fundamental para la ganadería. Engordar las vacas era más importante que alimentar a los hijos, Gómez. Si los hijos servían era para poblar.

La tierra prometida, se burlaba Lía. Mis viejos pensaban que acá los cristianos no perseguían a los judíos. Y mirá a dónde vinieron a parar. Vos viste tipos más racistas que los gauchos. Para los gauchos, que adoptan la ideología de los latifundistas conservadores, los gringos éramos un peligro. El gaucho es útil para el arreo y para el puesto. Le gustan la guitarra, la ginebra y el canto al paria. Pero andá a sacarlo del pago, que le es ajeno pero reivindica como propio. De un pueblo a otro se consideran enemistados por un acento. El gaucho es de a caballo. Y el gringo de a pie. El gaucho desprecia al gringo que cosecha. Y el gringo, al gaucho lo considera un árabe. Como si el conflicto fuera entre inmigrantes y nativos. En tanto, del enfrentamiento saca partido el terrateniente. Bastó que los hijos de la gringada, aunque no se hicieran estancieros, pudieran juntar los pesos para pagar las hipotecas,

y el gauchaje duplicó su resentimiento. A ver si me voy a chupar el dedo tragándome la pastoril de mi paisano Gerchunoff, Gómez. Vos viste lo que escribe: que admira a los gauchos tanto como a los hebreos antiguos. Que los hebreos jóvenes quieren ser gauchos. Andá y fijate cómo se llevan la Torah y el Santos Vega, cómo conviven la sinagoga y la pulpería. Lo que los hebreos quieren es que sus hijos sean mañana doctores. Que no me jodan con la defensa de lo telúrico. Andá y fijate. Después me contás.

A Lía le disgustaba contar su infancia en Moisesville:

Si querés te verseo con la fe, la mística, los cantos en el templo. Pero sería tan guacha como vos, que te querías convencer de la existencia de Dios porque cojías con ese curita.

Me había olvidado, dice el profesor, que a Lía le contaba todas mis intimidades. Pero mis intimidades no vienen al caso. Lía tenía una memoria impresionante y recordaba todas mis confesiones como yo las suyas. Si bien Lía era capaz de describir sin escrúpulos, con una procacidad encantadora, sus peripecias amorosas, cuando se trataba de su pasado en el campo eludía el secreto preciosamente guardado que explicaba su huida de Moisesville.

Si lo que barruntás es una violación, la estás chingando. Nadie me violó, Gómez. Aunque, teniendo en cuenta que me desarrollé temprano y la primera regla la tuve a los doce, más de un criollo me junaba con intención. Pero yo siempre me las ingenié para sortear la peonada. Mi padre tenía un tordillo, que se llamaba Pampa, como el barco. A veces, cuando pastaba, yo le espiaba la verga. La hubieras visto, Gómez. Te helaba la sangre.

No hace falta que a una la violen para saber que prefiere las mujeres, reflexionaba Lía.

Don Abraham y Doña Sara, decía al nombrar con lástima a sus padres. Cuando decidí rajarme, mi madre estaba otra vez embarazada. Me escapé dejándoles una carta que debió leerle alguno de mis hermanos. Deben haberme puteado. No se les escapaba una hija. Se les piantaba una cría.

No te parece que sos un poco resentida, le decía yo.

Al menos tenía un padre para odiar, recapacita ahora el profesor. Yo ni siquiera eso.

Vuelvo a aquellos días. Mejor dicho, a las noches en que pasaba a buscar a Lía a la salida del diario. Nos extraviábamos por la ciudad deteniéndonos aquí y allá. No era deslumbramiento pajuerano lo que nos impulsaba a perdernos en las calles. Era voracidad. Una misma noche podíamos rumbear por Corrientes y no detenernos hasta los confines del cementerio de La Chacarita. De igual modo, se nos podía dar por el sur y sorprendernos en las estribaciones del Riachuelo en Puente de la Noria. No había paisaje tenebroso que nos amedrentara. Ni barrio elegante que nos rebajara con

su imponencia. Sentíamos ebriedad y vértigo.

En esas noches, para perderse en la ciudad, hacía falta un cierto coraje. El invertido y la machorra husmeando en los arrabales. A Lía no la achicaba la peripecia del vagabundeo. Por el contrario, se excitaba como un chico. También, con esos pantalones de hombre que a veces usaba, podía pasar por un muchacho.

Vos quedate piola, Gómez. Ni vos sos Juan Dahlman ni yo una gila, me decía.

A Lía le encantaba usar una dicción maleva. Y se reía de Georgie:

Seguro que buena parte de ese cuento es real. Pero lo que oculta es que, si en la pulpería le tiraron unos carozos como provocación, Georgie, al contrario de Dahlman, se mandó un vase por el foro.

Era inocultable el desprecio que Lía cultivaba contra los tirifilos como Georgie, integrantes del cenáculo de Victoria.

Esa mujer, dice el profesor. Mujer de fortuna, mandona, caprichosa, inflamada de vanidad. Esa mujer tuvo algunos méritos, según sus hagiógrafos. Fundó esa revista y esa editorial, núcleo de una buena cantidad de plumíferos vernáculos, parvenús los más.

Pensar que en la actualidad se reinvienda a esta consentida como a una sufragista ilustrada que no se amilanó ante ningún personaje importante de la cultura. Es cierto que a todos acosaba con su proyecto de consolidar una corriente de pensamiento chic. También que uno de los que le daba letra era un regordete atribulado, solemne y elegante, ensayando elucubraciones pseudofilosóficas sobre la Argentina visible e invisible, categorías de óptica, pero escasamente serias si se considera que procedían de una filosofía Lutz Ferrando y un espiritualismo Hereford. A esa ensayística de rotgrabado dominical habría que marcarle las dioptrías de clase. Por ejemplo, que la Argentina visible es la de aquellos que asaltan el poder, aquellos que se le prenden como huérfanos a la teta, respaldando cuartelazos: clase media, argentinos hasta la muerte. Y la invisible está corporizada en la negación de los explotados, los sumergidos. Pero no venía por este lado el ensayo de aquel pelafustán de corbata.

A Victoria la deslumbraban estas pretensiones que, brutita, confundía con la filosofía. Una de sus virtudes, se comenta, era su don de arremeter con un propósito contra viento y marea. Así juntó adeptos, así sacó su revista, así fundó su editorial. No fue poco mérito, en esta aldea pacata, invertir la fortuna familiar en la divulgación de las vanguardias literarias europeas y norteamericanas. Para nada despreciable su esfuerzo por estar actualizada y difundir lo último en su *Vogue* cultural. Victoria es esa mujer que a un tiempo se prosterna ante el último consagrado de afuera y, con desdén, trata a su corte de colaboradores igual que a palurdos. No es que ella disponga de una inteligencia aguda y un exquisito gusto intelectual. Su puntería no consiste tanto en una elección guiada por convicciones firmes en lo cultural como en la ostentación: el poder adquisitivo de la patroncita de estancia que, en sus viajes

cosmopolitas, colecciona artistas como ropa. Si algo sabe bien Victoria es que cada hombre tiene su precio. Y ni hablar de los artistas. No es extraño que ella halagara a todos estos extranjeros, llegando a importar a unos cuantos. A qué europeo piola no le iba a gustar hacerse un poco de turismo en el fin del mundo. Tampoco es extraño que, a la hora de ocuparse literariamente de Victoria, ellos apenas le dedicaran unas frases amables, un agradecimiento de compromiso.

Lo que nosotros hacíamos, algunos lo llamaban flânerie.

Qué flan ni que ocho cuartos, se burlaba Lía. Somos el asalto balzaciano a la ciudad. Pobres criaturas del interior que escamotean su origen con la arrogancia de los resentidos.

Lía hablaba así, canyengue. Se había tragado todos los autores de Boedo, y aunque todos en la banda de Castelnuovo le parecían tan santurriones como los folletines del nazi Martínez Zuviría, alias Hugo Wast, gozaba empleando esa jerga inflamada por un tremendismo de tinte socialistoide.

Resentida serás vos, le dije una noche en que nos entonábamos con unas grapas en un almacén del Bajo Flores. A mí, debo confesarlo, me preocupaban menos los conflictos sociales.

Fijate de dónde venís, Gómez, me dijo. Cómo se llama ese pueblito de la costa donde naciste, me chuceaba.

La manera en que Lía pronunciaba el nombre de mi pueblo. Ese lugar que, cuando yo había huido a la Capital, no era siquiera un pueblo. Apenas un caserío. Volví a ver los caminos de tierra y arena, los acantilados. Volví a sentir el viento en una sudestada. Volví a oler el guiso de cordero recalentado que mi madre ponía en la cocina de kerosene cuando bajaba la persiana metálica de la tienda en una esquina en la que confluían el negocio, la pampa polvorienta y la nada.

Cuando Lía se ponía sarcástica, ese tono rante le enronquecía la voz, y sostenía el cigarrillo entre el pulgar y el dedo índice, como un guapo.

En esos boliches, a mí me atemorizaba tanto que Lía derivara en esta vertiente masculina como que me alentara a profundizar en la tentación. Porque lo que a mí me atraía de esos almacenes era otear los muchachitos fragantes de pasto y sudor con las alpargatas embostadas.

El profesor calla un instante, suspira triste.

Tal vez así se la comprenda mejor a Lía. Y se explique por qué viajaba en tren, antes que en colectivo o tranvía, para volver a su departamento de Floresta. El tren le daba una sensación de travesía:

A veces cierro los ojos y pienso que estoy en París, Gómez. Huyendo del nazismo, subiendo a un tren en la Gare de Austerlitz, cruzando los Pirineos, soñando con pasar cuanto antes la frontera.

Ésa era Lía.

Vos, le decía yo, de lo que vas a tener que huir es del peronismo, nena, si se te da por conspirar además de ser escriba en un diario contrera. Quién te creés que sos, la cargaba. Michelle Morgan en la *13 Rue Madeleine*. Si te pensás que conspirar es llevar una boina torcida, mirar misteriosa y ponerte un impermeable con las solapas alzadas, estás frita, querida.

A Lía no la inquietaba la policía. Pero a mí me alarmaba que fuera a esas reuniones de contreras. Parecía no darse cuenta de que no tenía un apellido bienudo como Victoria sino Goldman.

Vos sos moishe, Lía, le decía yo. Cuidate.

Pero ella era idealista y terca. O, mejor dicho, su idealismo consistía en esa terquedad para mojarle la oreja al peligro.

El profesor se levanta, va hacia la cocina y después de unos minutos vuelve al salón con una jarra de té frío. Enciende una lámpara y, con una lentitud deliberada, sirve el té en un vaso:

Se supone que ésta es una infusión británica, dice con sorna. Y que un intelectual nacional y popular debería, por coherencia, tomar mate. No es el caso, reflexiona. A ver si por estar contra el colonialismo voy también a despreciar una infusión que es misionera.

Hasta entonces, hasta el 55, hasta el bombardeo, a mí la política me tenía sin cuidado. Enseñaba lengua en un secundario, daba clases de literatura inglesa en el profesorado y empezaba a trabajar en algunas traducciones. En el comienzo, libros técnicos, manuales de maquinarias. Aunque a veces, cuando se me daba, me ponía a traducir a Wilde. Una editorial me probó con Stevenson. El gusto que me daba traducir literatura inglesa. Ponerme en la cabeza del escritor, meditar la elección de cada palabra.

Puras pamplinas.

El bombardeo a mí me despabiló.

Esto que yo describo, la masacre, no tiene ni tendrá las palabras justas que puedan traducir el horror. Sin embargo, después de aquel horror, nos esperaba otro. Y otro. Una auténtica pesadilla circular, parafraseándolo a Georgie. Y volviendo a él: cuando la civilización derrocó a la barbarie, y pongamos comillas a civilización y a barbarie, Georgie estuvo, de la mano de su mamá, agitando una banderita argentina con la misma sonrisa bobalicona con la que después posaría para una foto con el contralmirante golpista mentor del bombardeo. Lo hubiera querido ver a Georgie tropezando con cadáveres ese mediodía del bombardeo. Lo hubiera querido ver entre el fragor de los proyectiles, los nubarrones negros, esos vahos pestilentes de combustible, los lamentos de las víctimas, llevando la piernita de un nene.

Yo era un perfecto hombre de letras. Tenía dos suelditos, el del colegio, el del profesorado. Alquilaba un bulín en Almagro. Y, como me ganaba unos pesos adicionales con las traducciones, tenía siempre algo de reserva en la Caja de Ahorro. Podía mandarle todos los meses un giro a mi madre y me sobraba para darme unos gustos.

Pero si de cautiverio vamos a hablar, empecemos por mi origen. Mi madre, la tendera, de origen tan incierto, cruza de gallego con indio, tan cándida y ávida en su calentura, esperando que alguien la arrebatara de esa tienda de mala muerte en un caserío cerca de la costa, ahí donde los pastizales ralean hasta ser arena y la pampa se hace mar. Cautiverio entre dos desiertos, el suyo: uno de tierra y otro de océano, haciéndole sentir que la vida siempre está en otra parte.

Nótese cómo empleo la palabra tienda. En su ambigüedad, el significante alude al negocio, pero también a la campaña y la toltería. La ciudad, para mi madre, representaba sus sueños de radioteatro y folletín. Enamoradiza, era ella. Aunque, si uno lee lo que había por debajo de sus enamoramientos, descubrirá su interés, una codicia esperanzada: que el primer camionero o viajante que pasara por el caserío, después de aliviarse las ganas, se la llevara a la Capital. Mi madre nunca llegó a conocer la Capital, nunca pudo dejar la tienda. Uno de sus enamorados pasajeros le contó cómo era la Plaza de Mayo y, más tarde, le envió una postal.

Hay muchas palomas, decía mi madre cuando se hablaba de la capital. Vos te me vas a echar a volar, palomo.

Cuando me vine a la Capital, en la primera carta que me escribió, me preguntaba con curiosidad si yo había visto las palomas.

Qué iba a imaginar el palomo que, en la plaza soñada por su madre, iban a cortarle las alas.

Compensaba mi falta de dones físicos con el ímpetu de la juventud. Un preceptor del colegio me volvía loco. El muchacho vacilaba entre su novia y el amor que no se puede nombrar. Con las rabietas y disgustos que me daba yo quedaba hecho una piltrafa. Después, como un perro apaleado, iba a restañar mis lastimaduras con un cincuentón fisicoculturista de San Fernando, un Hércules tan bestia como buenazo que había fracasado en el cachascán.

Los fines de semana, cuando el preceptor cortejaba a su futura esposa y se abocaba al zaguán, yo me recluía en la ribera, en las tardes somnolientas del río, necesitado de unas buenas friegas con aceite que me librasen de la contractura. Así transcurría mi existencia.

Como cabecita negra adoré a Evita, pero mi simpatía hacia su esposo, el militar, era limitada. Me fascinaban, sí, esas concentraciones populares. Los descamisados eran un imán para mí. Más de un 17 de octubre me confundí en la multitud y después,

en la noche, acabé en un corralón o en un baldío derritiéndome en el éxtasis con un morocho.

A Lía la asustaban estas incursiones mías en la marea proletaria:

Vos te pensás que con ese bigote no se nota lo que sos. Una mañana voy a tener que reconocerte en la morgue. Cuándo vas a tomar conciencia.

De qué conciencia me hablás, muñeca, la prepeaba yo. Te avergüenza que simpatice con la causa popular.

Y ella:

No sos peronacho, Gómez. Convencete. Sos un pequeñoburgués vicioso que, alzado, coquetea con el lumpenaje.

Que Lía no tuviera miedo alguno cuando nos perdíamos en esos barrios donde la ciudad se hace campo y, en cambio, cuando yo me mezclaba en una manifestación, se alarmase por mí me conquistaba el corazón.

No es lo mismo, se empecinaba ella. No es lo mismo.

Una vez me hartó:

Lo que pasa, le dije, es que a vos te intimida el pueblo, te da asco porque te considerás muy fina. En vez de judía, la vas de centroeuropea, que es más distinguido. Qué silogismo tilingo el tuyo: para que nuestra mediocre realidad nacional tenga un poco de charme, precisás creer que Perón es Hitler. Igual que los contreras que son todos medio pelo.

Me vas a negar que Perón está con los nazis, Gómez. Sabés la cantidad de carniceros a que dio asilo. Pero claro, como a vos te calienta la negrada no se puede discutir el asunto. Enseguida te ofendés. Lo que a mí me jode no es el pueblo sino el populacho. Y en cuanto a vos, vas a tomar conciencia el día que te rompan algo más que el ojete.

Después de esas discusiones no nos veíamos por unos días. Pero al fin, uno de los dos daba el brazo a torcer. La reconciliación la festejábamos con unos claritos en una confitería, un puchero de gallina en un bodegón y, después, alcoholizados, nos íbamos a escuchar a Trenet o la Piaf en su departamento hasta el amanecer. Era el momento de confesarnos la añoranza: yo en un cine viendo un melodrama, y ella, a la misma hora, leyendo un libro. Un fotograma para mí, una página para ella, delataban lo caprichoso de nuestros distanciamientos. Más de una vez comprobábamos que yo había estado en el cine pensando en ella al mismo tiempo que ella se acordaba de mí al leer ese libro.

A menudo me preguntaba qué iba a pasar cuando uno de nosotros encontrara el amor de su vida. No hay un amor, me decía ella. Hay muchos, infinitos. Distintos y complementarios.

Todos esos amores son el amor. Cuando hay uno solo, eso es posesión, Gómez, me decía. O ahora me vas a reivindicar la propiedad privada.

No importa cuántos abriles tenía yo en ese abril. La ansiedad podía ser un rasgo de mi juventud, pero además estaba en el aire.

Un pibe era yo. Con mi inclinación, desde luego. O, si se prefiere, desvío. Y el desvío siempre lleva por otro camino. El mal camino, como lo suelen llamar los moralistas. Mi camino, el desvío, desembocaba en las orillas, tanto las del río como las de esos barrios donde la ciudad empieza a hacerse provincia y campo. El goce podía encontrarlo yirando por los adoquinados grasientos del puerto, dejándome envolver en un aire denso de petróleo y forraje. O bien en el oeste, entre yuyales y zanjones. Tanto en unas orillas como en otras, siempre estaba aguardándome, en un azar calculado, ese goce rudo, difícil de encontrar en estado puro bajo las luces del centro.

Ese abril, el verano se resistía a levantarse de las calles. Y yo había decidido no esperar más nada del amor. Cuando empezaba a anochecer, la oscuridad me sorprendía buscando miradas por 25 de Mayo, el Bajo, los alrededores del Parque Japonés, los docks. Abandonado por la ternura de un amorcito, intentaba resarcirme con un consuelo momentáneo en esas calles de vicio, en esos anocheceres turbios, con el pecho latiendo con la desesperación.

En mi humor influía la desazón generalizada que iba carcomiendo la esperanza peronista. Los oficialistas, como los contreras, esperaban que algo ocurriera. En mi caso, a esa ansiedad íntima que apenas conseguía aletargar, debía sumársele esa otra, popular. La ciudad estaba triste. Y su tristeza se extendía a los suburbios y las barriadas fabriles. Había empezado el desabastecimiento. Volvían los apagones de la luz. Faltaba la carne y subía su precio. Se comía pan y azúcar negros. Los salarios estaban congelados desde el año anterior. La inflación era toda una amenaza. La oposición no dejaba pasar una sola oportunidad para poner rumores en circulación. Los negociados y los chanchullos del gobierno estaban a la orden del día. Y el General se exasperaba.

No faltaban aquellos que, en esa actitud, le notaban la flojera del viudo. El macho, como lo llamaban, lo era menos sin la hembra. Del sindicato de Luz y Fuerza le acercaron una propuesta: un congreso de trabajadores discutiría la suba del costo de vida. Pero desde la CGT vino un alerta. Los comunistas planteaban en sus asambleas la infiltración en el movimiento. Así los obreros iban a adoptar posiciones cada vez más agresivas y lograrían oponer la masa afiliada al gobierno. En tanto los rumores sobre la corrupción en el gobierno y la debilidad del líder se acrecentaban. Y encima el escándalo que desató su cuñado Juancito, el hermano calavera de la difunta.

En una velada del Colón, una actriz interceptó a Perón. Aunque la custodia pretendió frenarla, la actriz, a los gritos, le cantó al General cuatro frescas. Justo lo

que más le dolía escuchar: el hermano de Evita era un delincuente. El General no tuvo más remedio que ordenar una investigación.

Voy a terminar con todo aquel que coimee o robe del gobierno, se encrespó. Voy a ordenar una investigación en la Presidencia, empezando por mí. Ni a mi padre, si fuera necesario, dejaré sin castigo.

Un canallita, Juancito. Había aprovechado el poder que le otorgara su finada hermana para saltar de corredor de jabones al poder. Eran tan famosos sus amoríos con estrellitas de cine como sus caballos de carrera. Cuando los pesquisas le entraron en el departamento encontraron desde joyas y frascos de perfume francés hasta documentos que había extraído de la presidencia. También los papeles que probaban negocios del turf, además de transacciones inmobiliarias que comprendían hoteles residenciales y documentos comprometedores con bancos que lo favorecían. Entre las revistas de turf los espías encontraron documentos que involucraban a Juancito con los negociados de la carne.

Juancito se pegó un tiro en la cabeza. Pero, según la oposición, fue el General quien ordenó el presunto suicidio. El General buscó silenciar el escándalo. Y esto agravó los rumores en su contra.

El General declamaba: Nuestros enemigos saben cómo crear el descontento en la masa privando a la población de su alimento principal. Pero que se cuiden, amenazaba. Si el pueblo no tiene pantalones como para imponerse, yo voy a ponerle el pecho a los enemigos de afuera y a los de adentro.

Se notaba cada vez más la ausencia de Evita. Además el General había ido desplazando del poder a todos aquellos que seguían fieles al recuerdo luchador de la compañera. Evita faltaba ahora en todas partes y su recuerdo se iba haciendo una estampita.

Así era el ánimo de ese abril, se acuerda el profesor.

La ciudad estaba enrarecida. Había en la atmósfera esa ansiedad que se condensa en la espera de algo terrible.

Puede verse como una contradicción que yo, profesor de literatura, traductor gustoso del inglés, me dejara seducir por el peronismo.

Toda mi educación era bastante cipaya. Mi gusto, aunque me pesara, se orientaba más hacia la literatura que paladeaban Victoria y sus plumíferos que a la chauvinista celebración neoplatónica del malambo. En las páginas de su revista, en las ficciones, poemas y ensayos que publicaba, había una idea de cultura, elevada y distinguida. Pero el joven Gómez era cabecita negra. Por más que me mandara la parte, siempre iba a ser cabecita. Lía me acusaba:

A vos lo que te tira del peronismo es el olor a catinga. En el fondo, una pose intelectual. El proletario peronacho es para vos la encarnación del buen salvaje.

Y tarde o temprano se la agarraba con la finada:

Como tu devoción por la Perona. Lo que te sedujo de la difunta es lo que tenía de macho. Y eso es lo que, mal que te pese, te tira también de Victoria.

No es lo mismo. Evita es el pueblo.

No usés al pueblo en la defensa de tu calentura, Gómez. No justifiques tus revolcadas con la lucha de clases.

Que a mí me gusten los tipos no significa que adopte el papel femenino de sometida.

Yo era el primero en sentir que desbarrancaba en estas discusiones. A Lía le gustaba emplear argumentos de mecánica corporal para quitar a los míos lo que podían tener de político. Sin embargo, había bastante de verdad en lo que yo sentía. Aunque este sentimiento, para ella, no cotizara como político.

Yo me daba cuenta: había en mí una dualidad. Por un lado, esa cultura de Victoria y su séquito, era cierto que me tiraba. Me gustaba especialmente esa ligereza para sobrevolar los grandes asuntos existenciales con la levedad zumbona de alguien que está de vuelta. Lo europeo, me decía, era eso. Pero después me salía el resentido.

No digo que no hubiera valores en esa cultura. Pero de qué clase eran estos valores. Si me acuerdo de las bombas, las víctimas, la sangre derramada, leo desde otro lugar. Desde la Plaza bombardeada, leo. Quisiera ser civilizado, y lo intento no pocas veces. Pero abro sus libros y entre sus páginas empiezo a oír el rugido de los aviones, el silbido de las bombas, las explosiones. Esas palabras son asesinas.

Pero, decime, Lía, le contestaba yo, de qué carajo estamos hablando.

De cojer. Siempre, dijo ella, terminante. Y vos te pensás que ellos cojen como nosotros.

No podía ganarle una a Lía. Y menos cuando me hablaba con el corazón:

Imaginátela a Victoria garchando.

Literatura fantástica, dije.

Imaginátelo a Georgie pirovando, me pidió.

Lo que se le niega al propio cuerpo, pensé, se convierte en castigo de otros cuerpos.

En los reparos de Lía se notaba una preocupación lógica, considerando el clima político de ese año que empezó con presentimientos negros. Presentimientos que poco más tarde, en ese abril, iban a confirmarse. Participar de un acto peronista era un riesgo. Aunque ni la radio ni los diarios lo informaran, a menudo una explosión destruía la calma peronista. Habían estallado bombas en la Corporación de Transporte y en la Bolsa. También en una repartición de la aeronáutica. Hasta entonces no se

habían registrado víctimas, pero el clima estaba cada día más cargado de rumores de conspiración.

Anoche oí una bomba, me comentaba Lía.

Imaginación tuya, le contestaba yo.

Por más provinciano que te sientas, Gómez, no sos un auténtico cabecita. Como para no desconfiar de tu clasismo sexual si tenés que disfrazarte de pobre para mezclarte con la turba.

Me estás diciendo infiltrado, le repuse.

Estoy diciendo que tengo miedo por vos, Gómez. Por más que te pongas una grafa y vayas de alpargatas.

Sin embargo, mientras los contreras conspiraban y se cernían sus amenazas, mientras todo indicaba que algo oscuro estaba por suceder, a mí el peligro, lejos de intimidarme, me motivaba. Apenas se me presentaba la oportunidad de unirme a la masa en las calles, al fundirme en esa marea de cuerpos avanzando, al cantar la marchita, cuando venía la parte de “combatiendo el capital”, todos mis pensamientos se confundían en ese sentir de todos que era también el mío.

Esa tarde, ese abril.

Yo venía subiendo por Piedras hacia la Avenida de Mayo. Al ver la columna del sindicato de Luz y Fuerza, me apuré para hacerme un lugar entre los que cargaban las pancartas. No hay nada tan emocionante como confundirse entre esos cuerpos pujantes. Con el torso desnudo, un muchacho cetrino le daba al bombo sin parar. Había que ver su cuello ancho y grueso, los hombros brillantes de sudor y sus brazos musculosos, esos bíceps contraídos en el ejercicio sistemático, maquinal y rabioso a un tiempo. Ese muchacho, las venas del cuello hinchadas en el clamor de las consignas, observado de perfil, era un ejemplar obrero y criollo que bien podría haber sido el símbolo del héroe justicialista. Tuve un arrebato de ternura y deseo. Los bombos retumbando, las voces convertidas en una sola, atronadora, clamando Perón, Perón, Perón.

Nosotros lo queremos, General, se oyó por los altoparlantes. Aun descalzos y desnudos, estamos con usted.

Me parece estar viendo el pueblo en ese atardecer, dice el profesor. Las columnas marchaban más lentas al acercarse a la Plaza de Mayo. Cuando llegué a la Plaza ya había oscurecido, pero ahí estaban las antorchas. Hacia donde se mirara, hombres, mujeres, chicos. El estrépito de los bombos se calló cuando escuchamos por los parlantes la voz del líder desde el balcón de la Casa Rosada:

Compañeros, tronó.

La plaza vibró con el grito de todos:

Perón, Perón, Perón.

Compañeros, arrancó de nuevo el General.

Empujado por la marea de cuerpos me había alejado del muchacho del bombo. Ahora me encontraba cerca de la Pirámide, flanqueado por unos obreros jóvenes. Tenían las grafa mojadas en los sobacos. Las caras, dirigidas hacia el balcón, parecían mirar expectantes un porvenir de herramientas y cúpulas dinámicas. Es que el futuro, un futuro de obreros criollos, proponía chimeneas fabriles humeando y hombres y mujeres procreando entre campos de trigo. Se me dirá que, como todo intelectual fascinado por el pueblo en la calle, confundía el desarrollo productivo de una burguesía nacional y su usufructo compasivo de un nuevo proletariado con las pulsiones de mi deseo que, en estas concentraciones populares, me producía un vacío en el estómago, burbujeaba entre mis dientes. Quien no haya estado en una manifestación no sabe de qué hablo, no puede comprender esa calentura que desborda.

El General empezó a despotricar contra los que pedían la libertad de precios cuando se oyó, ensordecedora, una explosión. Y la explosión, transmitida por los altoparlantes, se prolongó sobre nuestras cabezas. Hubo un instante largo de confusión, empujones, una corrida. Fui arrastrado por el tumulto. Una humareda se elevaba desde la boca del subte. El aire olía a pólvora.

Compañeros, tronó otra vez la voz del líder abarcando la multitud, la ciudad, la noche entera. Calma, compañeros. Parece que los mismos que hacen circular los rumores hoy se sintieron más rumorosos queriéndonos colocar una bomba. Pero no se van a salir con la suya, compañeros.

Y entonces una nueva explosión, esta vez más poderosa. Empezaron los gritos, las corridas, el pánico. En alguna parte, remotas, sonaron sirenas.

Compañeros, volvió a la carga el General. Vamos a individualizar a los culpables y les hemos de aplicar las sanciones que correspondan.

Perón, Perón, Perón, gritó la multitud.

Vamos a tener que andar con un alambre de fardo en el bolsillo, se envalentonó el General.

Leña, pedían hombres, mujeres, chicos. Y también yo, de pronto, me sorprendí gritando: Leña, leña.

Yo, el joven profesor de literatura, el traductor de Stevenson, grité, enardecido, hasta quedarme sin voz. No era que mi voz se había vuelto inaudible, sino que, plegándose a la del pueblo, ya no era mi voz. Era un réquiem surgiendo del fondo de los tiempos y la tierra. Leña, pedía el pueblo. Leña, pedía el joven profesor Gómez, el pibe criado por su madre soltera en un caserío de viento y arena. Leña. Venganza antes que justicia. Porque la justicia de los humillados y ofendidos no puede ser otra cosa que venganza. Y era venganza lo que pedía el pueblo en esos segundos cuando después de otra explosión empezó a brotar otra humareda de la boca del subte, y

aturdían punzantes las sirenas, y la multitud era un clamor: Leña.

Por qué no empiezan ustedes a darla, preguntó el General, por los altoparlantes.

La multitud, entre desconcertada y abatida, se dispersaba. Nos abrimos para que las ambulancias avanzaran. Esa noche no sabíamos aún que el atentado había causado la muerte de siete trabajadores y casi cien heridos.

Del trabajo a casa y de casa al trabajo, era la consigna peronista. Cuando el General necesitaba explicar a sus descamisados las conquistas sociales de su gobierno y las maniobras de los conspiradores que pretendían derrocarlo llamaba a la Plaza. Y la Plaza era una fiesta. Si los actos tenían ese contento se debía también a que muchas veces eran sucedidos por números artísticos y musicales. Pero esta noche era distinta, esta noche el pavor había reventado la fiesta con esas bombas.

Esta noche había que volver, como indicaba la consigna, a casa. Pero yo, cuenta el profesor, no tenía casa. Como muchos, sentía ese gusto a inconclusión y tenía el presentimiento de que la noche todavía no estaba terminada. Había perdido de vista la columna de Luz y Fuerza y, en consecuencia, al muchacho del bombo. Caminé detrás de otras columnas ahora espaciadas, de grupos que se resistían a separarse.

Habíamos dejado atrás el Congreso y caminábamos como desorientados hacia el oeste. En Rivadavia, a la altura de Junín, estaba la Casa del Pueblo. Los manifestantes se detenían a putear la sede de los socialistas. El edificio, cerrado, a oscuras, con su silencio respetable, nos despreciaba. Alguien tiró una piedra. Alguien más se apartó del grupo y embistió la puerta metálica. Alguien surgió con un palo. Y alguien con un fierro. Y, en segundos, todos éramos alguien al atacar el edificio.

Un camión municipal avanzó entre nosotros. Con su ayuda se pudo derribar la puerta. Aun cuando no me faltaron las ganas de irrumpir en el edificio, me cohibí al ver que, desde el primer piso, unas muchachas y muchachos empezaron a arrojar libros a la calle. Bastó que alguien arrimara un fósforo para que la noche adquiriese el resplandor tembloroso de las llamas. El edificio ardía. Y también sus libros.

Retrocedí. De pronto sentí un vértigo. Si bien la razón, todo lo que yo era, me impulsaba a marcharme, me resultaba imposible. El fuego se levantaba iluminando las siluetas en movimiento, hombres y mujeres, gritando contentos y desaforados mientras de un balcón del primer piso seguían tirando libros al fuego. Huija, oí chillar. Una sonrisa amarga se me encendió y tuve este pensamiento, se acuerda el profesor: si el que yo creía ser no se había retirado hasta entonces del resentimiento incendiario, se debía a que el joven profesor Gómez no era el que creía ser sino este otro que, ahora, contemplaba los libros consumiéndose en una fogata que se extendía de vereda a vereda, ante el edificio en llamas.

Oí que unos y otros gritaban:

Al Jockey Club.

Mentiría si dijera que seguí a la masa por interés sociológico, observando el

comportamiento de esos hombres, mujeres y chicos que avanzaban por las calles del centro clamando venganza. Me intrigaba, por supuesto, ver en qué iba a desembocar toda esa furia, pero sería deshonesto de mi parte no admitir, en ese espíritu observador, un ansia de revancha.

Como en un sueño, ahora era medianoche y estábamos en Florida y Viamonte, frente al aristocrático Jockey Club. Se oyeron unos tiros. La masa se lanzó contra el edificio. Los pocos socios que pudimos ver escapaban por los techos. Tampoco acá hubo resistencia a los incendiarios. Pude haber entrado. Pero me contuve. Me dije que quizá desperdiciaba la única oportunidad que tenía para ingresar a esas instalaciones donde imperaba un gusto selecto, proyectado en cuadros y esculturas, boiserie y gobelinos. Me pregunté entonces, como me lo pregunto ahora, de qué otra oportunidad podía haber dispuesto, en su vida entera, ese joven profesor Gómez, de pisar las alfombras del poder. Sin embargo, no entré, y como frente a la Casa del Pueblo, preferí mantenerme entre los espectadores que coreaban y aplaudían en la calle. El fuego se propagaba devorándolo todo. Pinturas, tapices, gobelinos. Del edificio surgían bocanadas de humo caliente. Un estruendo provino del interior. Y las llamaradas asomaron a la calle. Sentí una mezcla de goce y vergüenza. Tal vez, me dije, sentía así porque el goce avergüenza.

Esa noche traspuse un límite, dice el profesor. Esa noche el fuego me reveló una naturaleza que ignoraba en mí.

Si se me permite otra digresión, quizás alcance a explicar lo sucedido. No aspiro a una expiación.

El profesor George Steiner cuenta que, cuando enseñaba literatura, entre su alumnado, la que más se destacaba era una muchacha tan brillante como tímida. Al terminar el curso la muchacha entró a su despacho y le dijo: Vengo a decirle que lo odio, que odio todo lo que me enseñó. Es basura burguesa, le dijo ella. Soy maoísta y voy a unirme a los doctores descalzos, en China, para hacer algo bueno por este mundo. Con todo su saber, el profesor Steiner concluye que, si bien fue un momento difícil para él, aceptaba con respeto la determinación de su alumna. Ella vivía su pasión. Y si vivía su pasión, para el profesor Steiner era suficiente.

Se me recriminará que fui cómplice de los hechos de esa noche. De acuerdo. Pude haberme apartado de los incendiarios. También pude racionalizar el goce animal que me producía el fuego. Pero no me interesa, a esta altura de mi vida, encontrarle una disculpa a ese sentimiento que le descubrió el fuego al joven profesor Gómez aquella noche de abril.

Esa noche, ese abril, se recuerda, principalmente, por el incendio del Jockey Club, dice el profesor. Una Diana de Bourdelle y un centenar de pinturas famosas, entre ellas dos Goya, “La boda” y “El huracán”, se perdieron en el incendio. Pero nadie,

que yo sepa, cuando hace referencia a ese fuego, se acuerda de los trabajadores asesinados en la Plaza por una bomba, los heridos innumerables.

No, aquel joven profesor no tiene por qué avergonzarse ni pedir disculpas.

Las víctimas no piden perdón.

La bronca me ha salvado del geriátrico, comenta el profesor. La bronca contra mi perra dualidad. Yo era víctima pero también quería ser como los verdugos.

Si Lía se hubiera enterado de lo que hice después, dice el profesor, me habría puteado de arriba abajo. Porque unos días después yo intenté acercarme a Victoria. Apenas unos días después de los obreros asesinados y los incendios.

Y acá debo hacer otro de mis desvíos y mentar a Pierotti. El gordo Pierotti era un corrector del diario de los Mitre, vinculado con Victoria y su grupo.

Si había alguien en el diario a quien Lía no tragaba era al gordo Pierotti:

Puro mito eso de que los gordos son buenos, decía ella.

Pierottino era un gordo bueno. Al revés de cualquier gordo que se resigna a su obesidad y la hace bonachona y cómica, Pierotti era un gordo hierático. Que fuera corrector decía bastante de su personalidad: un vigilante siempre atento a los errores ajenos, con una pericia visual para advertir en el prójimo la ausencia de un acento, la necesidad de un punto o una falta de estilo. Por esa razón, en no pocas oportunidades fue empleado por Victoria para los cierres apurados de la revista.

No es extraño, reflexiona el profesor, que el gordo no figure siquiera en un agradecimiento en alguno de esos ensayos biográficos que se escribieron sobre Victoria y su grupo. Aunque Pierotti ocupaba con su humanidad un espacio inabarcable, nadie lo menciona. Pierotti tenía una edad indefinida entre los veinte y los treintipico. Más que pálido, era blanco. Sus rasgos eran infantiles pero una mirada traviesa podía transformarse de pronto en perfidia. El gordo Pierotti, peinado a la gomina, siempre afeitado, abusaba de la Legión Extranjera aunque era casi lampiño, vestía siempre de traje gris, camisa blanca y corbatas neutras. Cuando uno lo tenía enfrente, sus gestos adquirían la morosidad perezosa de un gato rechoncho esperando paciente darle un zarpazo al ratoncito desprevenido que en cualquier momento iba a cruzársele.

Y para qué querés conocer a Victoria, me preguntó el gordo una tarde durante un vermucito en un bar de la Avenida de Mayo. A ver, Gómez, con franqueza, qué te interesa de la bacana. Si es guita, vas muerto. Porque aunque la va de mecenas por el Barrio Norte, amarretear los centavitos como una israelita del Once. La pregunta es qué puede sacarte ella a vos para que cumplas tu sueñito literario.

El gordo hablaba picando con el escarbadiante los platitos, concentrado en el salamín, el queso, las anchoas y las papas fritas, levantaba los ojos:

Me gustaría acercar a la revista un breve ensayo sobre Stevenson en el que estoy

trabajando.

El gordo le echó soda al vermut. Hizo un buche, tragó y después, casi paternal, siguió:

Oíme, negrito. Y lo de negrito es cariñoso. A mí no me jode que me digan gordo. Decime, para qué van a publicarte a vos un opúsculo, por más british que sea, si ya tienen de eso. Victoria está rodeada de cajetillas y tilingos de medio pelo que cultivan lo europeo. Además, seamos honestos, con tu apellido, Gómez, no tenés mucho futuro en ese team.

No todos tienen prosapia en la revista, le dije. Hay apellidos tanos también. Y moishes.

Pero parditos como vos, cuántos, me repuso el gordo.

Y vos, le pregunté, cómo te relacionaste con esa crema.

Martín Fierro: Hacete amigo del juez. Para mí no hay como los clásicos. Tarde o temprano, el General va a ser un recuerdo. Pero los Mitre van a seguir pesando. Los dueños de la tierra, mi viejo. Van a seguir los Mitre y el pobrerío. Suponete que mañana se te enferma la vieja y necesitás una palanca en un hospital para que la operen de urgencia. A quién recurrís.

A Evita, estuve por decirle. Pero Evita había muerto dos años antes.

El gordo masticaba con fruición lo que quedaba en los platitos. Miré hacia la calle. Había empezado el atardecer. El aire estaba pesado. Se había levantado un viento de tormenta.

Pierotti, me tanteó una noche Victoria, contaba ahora el gordo. Con esa arrogancia suya, preguntó: De dónde son los Pierotti. Yo estaba haciendo una suplencia y habíamos quedado ella y yo solos en la redacción. Si me dirigió la palabra era porque no había nadie más. Es la única forma en que ella se digna a hablar con gente como nosotros. Sin testigos. Yo revisaba galeras. Toscana, mentí, Castel Pierotti, vicino a Saboya. Un condottiero, dije sin levantar la vista de las pruebas. Y usted, señora, le pregunté, sigue amiga del Duce.

Y continuó:

Lo del Duce no le causó gracia alguna a la tipa. Ahí nomás le espeté: No se ofenda, señora. Yo pensaba que usted era simpatizante del fascio. No fue mi intención ofenderla.

Aunque no lo creas, Gómez, así entré en su revista. Necesitamos los servicios del conde Pierotti, decía la vieja. Si se llega a enterar que mis viejos son calabreses y laburan en una feria, me pone de patitas en la calle.

El gordo Pierotti miró hacia afuera:

Se viene el aguacero, dijo. Y después: Yo te doy mi tarjeta, la vas a ver a la vieja y le chantás tu nota. Pero tené en claro que del inglés traduce cualquier pánfilo. Y con tu apellido tampoco vas a ir muy lejos. Gómez qué, te llamás. Un segundo apellido te

hace falta.

Yo no sólo no había conocido a mi padre. Mi madre tampoco nunca me había dicho su nombre.

Gómez Urquiza, probó Pierotti. Con un padre de la patria nunca se falla. O elegite otro prócer. Uno que te guste más. Vos sabés los fritos que se echaban todos ellos. Se tiraban una mina, les nacía un bastardito y le daban el apellido. O te pensás que todos los aristócratas de este país tienen orígenes selectos. Sarmiento se quedaba corto cuando decía que los oligarcas tienen olor a bosta. Todos tienen tufo de camas incestuosas, olor a chivo, flujo y esperma, Gómez.

El gordo se echó hacia atrás en la silla, resopló:

Hace falta una tormenta que limpie, dijo. Buscó en su billetera, extrajo una tarjeta y me la entregó:

Acá tenés, dijo.

Habían empezado a caer las primeras gotas. Los oficinistas y las secretarias corrían bajo la lluvia, iban tras un colectivo o buscando reparo. A pesar del chaparrón, me levanté:

Te vas a ir justo ahora que se largó, dijo Pierotti.

Tengo un compromiso, dije.

Debe estar buena la mina para que te la juegues con esta tormenta.

Una leona, mentí. Porque Pierotti ignoraba mi tendencia oculta. Baila en el Tabarís, inventé.

No tendrá una amiga, me preguntó el gordo con un inesperado brillo entre inocente y mendicante en sus ojos gatunos. Si es gordita, dijo, mejor. A mí me gustar tener de dónde agarrarme en el momento del naufragio.

Voy a ver, dije.

Acordate, me despidió, al Gómez ponete un Anchorena de sidecar.

Dormí pésimo esa noche, recuerda el profesor. Daba una vuelta y otra y otra en la cama. Pensaba en Lía. Pensaba en su reacción si se enteraba de que yo iba a presentarle una colaboración a Victoria. Pero también pensaba en una de las conferencias de Victoria, donde había dicho que la gente de las letras integraba una clase especial, la del espíritu, enfrentada a aquellos que, en un mundo cada día más signado por el pragmatismo y el lucro, actuaban por las necesidades de lo material. Lía rechinaba en contra del discurso idealista de Victoria, calificándolo de burgués y decadente, de coartada para mantener las prerrogativas de clase. Si el peronismo todavía no había corrido a alpargatazos a Victoria y sus monigotes, decía, era porque así como ellos no cuestionaban seriamente al régimen, éste tampoco era lo bastante revolucionario como para arrancarle sus privilegios a los terratenientes, los burgueses y sus escribas. En el fondo, remataba Lía, Perón les convenía a los patrones. Porque

Perón representaba el freno al comunismo.

Todas estas ideas me daban vueltas en la cabeza mientras yo daba vueltas en la cama. El insomnio me había ganado. Terminé levantándome a releer mi escrito sobre Stevenson. Comprobé que había afinidades entre Jim Hawkins y yo. Los dos huérfanos de padre. Los dos criados por una madre que, como pudo, nos dio una educación. Además, tanto Jim como yo teníamos otro rasgo en común, más fuerte todavía: rebuscárnoslas en un mundo de hombres duros. *Treasure Island* era un bildungsroman, sostenía mi artículo subrayando la dificultad que se le planteaba al huérfano en su viaje de iniciación, la lucha entre el deseo y la realidad. En esta lectura, tenía un sentido poderoso la obtención de los doblones, cuya función consistía en comprar a la madre. Como sucedía a menudo en la literatura europea decimonónica, en esta novela la riqueza provenía de las colonias. En un aspecto, Stevenson, al situar la fortuna en la colonias, no sólo aludía al despojo. Según mi teoría, Stevenson no había intentado deliberadamente una denuncia a través de la metáfora, pero su narración, aún en un plano subliminal, bocetaba una versión sutil del saqueo colonial. Sin embargo, éste no era el eje principal de mi ensayito. Lo que a mí me interesaba en este clásico de la aventura era cómo, en un relato “juvenil”, se tensaban conflictos que excedían el género. Si la aventura transcurría en las colonias, la elección de este territorio no se debía sólo a un interés exótico del autor. Del mismo modo en que, para el pensamiento eurocéntrico, el territorio de la barbarie era un territorio a educar, la iniciación de Jim, su pasaje de la infancia a la madurez, en los marcos de una novela presuntamente juvenil, inauguraba un nuevo enfoque de la ficción. A lo que el joven Jim aspiraba en su aventura, ni más ni menos, era a una reparación económica de su orfandad y, en consecuencia, con el tesoro, conquistar también a su madre. Pero el verdadero tesoro, la inocencia de Jim, había sido profanado. Doblones, doblones, escuchaba Jim ahora en sus pesadillas.

Cuando, unas semanas antes, tomando unos claritos en la Richmond, le había pasado el borrador a Lía, ella no pudo disimular a un tiempo la gracia y la bronca:

Pero decime, empezó.

Y cada vez que Lía arrancaba con un pero decime, tomándose su tiempo, alternaba la risa contenida con unas puteadas soberanas. Esta vez yo estaba dispuesto al escarnio, pero también listo para defenderlo, convencido de que en mi análisis había una idea que no se encontraba así nomás en los círculos intelectuales de la gran aldea. Ensayitos como el mío no crecían en estos pagos tan fácil como la lechuga.

Pero decime, Gómez, ésta es tu autobiografía en clave de ensayo, arremetió Lía. Quién te creés que sos. Qué pretendés.

Quiero publicarlo, dije.

Dónde, me preguntó.

Lo voy a pensar.

Lo vas a pensar, repitió maquiavélica. No te traicionés, Gómez. Pensá quién sos.

Me tragué la indignación. En el fondo, pensé, lo que nos unía era nuestra condición de perdedores. No me conformaba la perspectiva de ser un perdedor toda la vida. No había venido a la ciudad para un destino de amargura. Si bien, como a todo provinciano, la ciudad me deslumbraba, no me enceguecía con sus luces. Porque las luces y los muchachos abundantes no alcanzaban a satisfacer mis ganas de ser superior al que era. Si tenía una posibilidad de ascenso, iba a aprovecharla. Cuando hubiera obtenido mis doblones, algún lote del Parnaso local, Lía iba a mirarme con otros ojos. Entonces, me dije, se iba a ver quién era quién.

Después de tachar unos adjetivos, eliminar subordinadas, entrecomillar unas citas y agregar unas notas al pie, me di cuenta de que, por más arreglos que le hiciera al ensayito, no iba a mejorarlo. Me sentí como un perro que mordía una y otra vez el mismo hueso pelado. Lo que me había quitado el sueño no era el escrito sino el destino que pensaba darle al día siguiente. Guardé las hojas en un sobre, escribí el nombre de esa mujer. Y el mío en el remitente. Lo cerré.

Mi suerte ya estaba echada.

Por la tarde continuaban los chaparrones aislados. Cuando salí del colegio, una garúa tupida empañaba la visión de las calles sumidas en una tristeza de film francés. Si el paisaje ciudadano bajo la llovizna remitía más a una película francesa que a un tango, era porque, aun sabiéndome provinciano y en cierto aspecto un intelectual colonizado, todos mis gustos, todas mis lecturas, estaban más próximos al ámbito de Victoria y los suyos que al existencialismo marxista y pampeano con que Lía quería redimirme.

Claro que todo esto lo pienso ahora, juzgando al joven Gómez de entonces. Es fácil desde la vejez comprender las cavilaciones y desatinos de la juventud. Tan fácil como, desde el presente, pergeñar una novela histórica. Uno dispone de la documentación, del testimonio de lo vivido y, desde el presente, acomoda los hechos en una lectura que se empecina en justificar defecciones y fraudes para sobrellevar el remordimiento.

Yo estaba furioso con Lía, pero también conmigo. Sabía que después de este acto no habría regreso. Así como Lía no me iba a perdonar, menos me iba a perdonar yo un fracaso.

Y el acto, al acercarme a la esquina de San Martín y Viamonte, estaba cada vez más cerca.

Allí, en Viamonte y San Martín, frente a la iglesia y el convento de Santa Catalina de Siena, había nacido Victoria. Ése era tanto su barrio como la historia del país era la historia de sus parientes. López y Planes, el compositor del Himno Nacional, había sido un tío suyo. Prilidiano Pueyrredón, ese pintor de postales camperas, también pariente. José Hernández, el autor del poema patrio, también. Como se escribió más

tarde, la historia de la patria, para esa mujer, era una historia de familia. Y esa historia se compiló según su conveniencia y antojo. Acaso la casa de la calle México donde funcionaba la somnífera Sociedad Argentina de Escritores no había sido de su madre.

Y yo, al querer cambiar mi historia, debía traicionarla. Necesitaba armarme una tradición literaria. Y qué era una tradición literaria en este país, me decía, sino una historia de familia.

Hay que pensarlo de la siguiente manera, propone ahora, en esta noche larga, el profesor. Porque si no se lo piensa de la siguiente manera, no se logrará una comprensión cabal de las fantasías que acuciaban esa tarde, al subir las escaleras de ese edificio, al joven Gómez, con su ensayito ensobrado bajo el brazo, mientras llegaba al primer piso, donde quedaba la redacción de la revista. Sugiero que lo pensemos así:

Una madre soltera, desde la mirada pueblerina, es una puta. Su hijo, en consecuencia, un hijo de puta. Madre soltera y huérfano no son otra cosa que eufemismos. Esa tarde, subiendo las escaleras al primer piso, yo era un hijo de puta. Y como un hijo de puta me estaba comportando ahora frente a esa puerta de la redacción.

No me animé a llamar.

Pasé el sobre por debajo de la puerta.

Después, mareado, bajé a la calle con la sensación de haber cometido un crimen imperdonable.

Fue en esos días que Lía vino con la propuesta de sacar una revista. Iba a convocar amistades y conocidos, intelectuales que, como nosotros, no coincidían ni con el populismo ni con la orientación extranjerizante de Victoria. Tampoco, me aclaró, con los boedistas tardíos que veían la realidad como un chiquero esperpéntico. A Lía le gustaba usar esas adjetivaciones. *Unicornio Austral* iba a llamarse la publicación. Y venía a llenar un vacío.

Por qué unicornio, le pregunté.

Es un animal fabuloso, Gómez. Un caballo con cuerno de rinoceronte. El caballo abre las puertas de la historia. Y el rinoceronte remite, más que a la historia, a la prehistoria. Un animal pacífico pero, si se lo molesta, ataca con ese cuerno. Bueno, *Unicornio Austral* es tu revista. Vas a tener un espacio para sacar tu interpretación de Stevenson, querido.

Me quedé callado. Nuestra conversación, que siempre era un ping pong, ahora se me volvía dificultosa.

Cuándo entregás tu artículo, Gómez, me apuró Lía.

Tengo que revisarlo, dije. Quisiera ajustar algunos conceptos antes de darlo a la imprenta.

Mirá que no hay mucho tiempo, me dijo ella. Y cargándome: Justo ahora te venís a hacer el estrecho.

Cuanto más se embalaba Lía al contarme el proyecto, más me hundía en mí mismo.

Te sentís mal, me preguntó. O estuviste de farra. Y me guiñó un ojo. Con quién, se sonrió. Contame.

Le mentí una aventura en el Parque Japonés:

Con un colimba, dije. Un salteñito.

Te dejó apunado, dijo Lía. Y después: En *Unicornio Austral* también vas a poder escribir sobre Wilde.

En ese momento me hubiera gustado tener una máquina del tiempo, se acuerda el profesor. Frenar al joven Gómez cuando llegaba a la esquina de San Martín y Viamonte, cuando subía esas escaleras hacia el primer piso. La alegría y el fervor con que Lía me iba detallando el proyecto de la revista me exasperaban. Estuve a punto de confesarle mi traición, pero no tuve agallas. La cobardía me estaba afiebrando.

Te sentís bien, me preguntó.

Un poco cansado, le contesté. No me llevés el apunte.

Lía me puso una mano en la frente:

Estás ardiendo, dijo.

Cuanto más amistosa se mostraba ella, más me lastimaba la situación. Me preguntaba cuál sería su reacción si mi ensayito salía publicado. Todos los pensamientos que me habían llevado a dejar el escrito en esa redacción ahora me resultaban enfermizos. Había pensado que mi amiga era una resentida y, yo mismo, un resentido, imaginando que si era adoptado por Victoria y los suyos, al ser publicado en su revista, superaría no sólo mi complejo de inferioridad, sino que además desnudaría a Lía en su resentimiento. En estas fabulaciones me había visto también, ya aprobado por Victoria, introduciendo a Lía en la redacción. Porque el éxito lo volvía a uno magnánimo. Todos estos pensamientos se me habían cruzado antes de subir aquella escalera hacia el primer piso de la redacción. Pero también, al hacerse carne, habían alternado con otros, acusadores, en los que me veía destruyendo a quien más amaba. Y a quien más amaba, me daba cuenta, era Lía, que ahora buscaba un geniol en su cartera:

Vos tendrías que estar acostado, nene.

La literatura y el mal, dice el profesor. La literatura nos empuja a fondos insondables. Para ser un auténtico maldito, no hay que tener escrúpulos. Con mi traición a cuestas, hubo momentos en que me sentí un personaje dostoievskiano.

Qué dostoievskiano ni ocho cuartos. Lo mío no tenía grandeza alguna. Una típica guachada de clase media.

No ignoro que se experimenta un cierto placer en confesar una abyección. Lo que se pretende, al confesar, no es únicamente el perdón. Se busca, con este enrevesado concepto cristiano de la redención, quedar bien frente al prójimo. Miren, fíjense qué tipo noble éste, que se manda una macana y lo reconoce. No sólo hay ganas de redención en quien se confiesa.

También una vanidad supina.

El profesor se acuerda:

Me enfermé. Di parte de enfermo. Estuve tumbado unos cuantos días y unas cuantas noches interminables. Un médico me diagnosticó primero una gripe y después ictericia. Desaparecí, como quien dice, de los lugares que solía frecuentar. A veces Lía me visitaba. Al verla sentada en un costado de mi cama, contemplándome con sus ojos preocupados, la fiebre me subía de nuevo.

No podés seguir así, se alarmó una noche. Voy a pedir una ambulancia.

Ni se te ocurra, dije.

Impedirle que se asustara era imposible. No había médico ni remedio que pudiera curarme. Los pensamientos, cuando me ganaba el sueño, se transformaban en pesadillas sudorosas. Me despertaba, en el amanecer, la nuca en la almohada húmeda. Estaba convencido de que, así como mi mal no tenía cura, no me faltaba tanto para la Chacarita.

Así que una noche, tiritando, me levanté, me duché. Elegante y perfumado, salí a la calle. Al verme reflejado en las vidrieras, enflaquecido y sonambulesco, me sentí un dandy melancólico. Caminaba por las calles del centro con la sensación de estar despidiéndome del mundo y sus placeres. Mi existencia había sido tan desdichada como fugaz. Al cultivar unos sueños de belleza, en el afán por materializarlos, esto era en lo que me había convertido.

Comprar un revólver o tirarme debajo de un tren, pensé. El balazo me parecía histriónico. Las ruedas de una locomotora derivarían en una carnicería de mal gusto. Cortarme las venas, pensé, pero también rehusé esta posibilidad por considerarla una pantomima de pésimo gusto. Matarse con pastillas, a su vez, era una mariconada. Cada variante que pensaba tenía su inconveniente.

Una noche caminaba por Avenida de Mayo cuando, al pasar por un bar, oí que me chistaban.

El gordo Pierotti hacía palabras cruzadas mientras se tomaba un fernet.

Me prometiste que íbamos a salir con tu mina del Maipo, me encaró. Y con una amiguita suya.

No te prometí. Además, mi amiga no labura en el Maipo sino en el Tabarís.

Que en ese momento recordara con precisión mi mentira de un tiempo atrás indicaba la gravedad de mi paranoia, pensé. Ni siquiera cuando me encontraba terminado, dejándome ir en la caída, se me pasaba por alto un detalle semejante.

Te mentí, le dije.

Con Lía tenía que hacer lo que estaba por hacer ahora con el gordo Pierotti. En vez de andar perdiéndome en la noche, escribir una confesión. Demostrarle a Lía que, al fin de cuentas, yo no había sido tan ruin. Así como encontraba un gusto morboso al verme enflaquecido y melancólico en el reflejo de las vidrieras, me complacía en esto de escribir una confesión.

Como dije, acota el profesor, cuando se tiene una imaginación literaria, no se puede parar. Bovarismo puro lo mío.

Te invito un fernet, ofreció el gordo.

Prefiero una cubana. Doble.

Te mentí, dije otra vez. Es cierto que esa noche tenía un fato. Pero con un bagayo. Me daba vergüenza confesarlo, sabés. Mirá que una mina del Tabarís o del Maipo me va a dar bolilla a mí.

Al impostar ese tono, me vino una pena. La confesión de una mentira me obligaba a otra.

Para que una de esas minas te dé bola, hay que tener mucha tela, le dije. Sabés en qué estoy pensando. En que es verdad que los gordos son buenos. Al creerme capaz de levantarme una bataclana, demostraste inocencia. Y la inocencia es un valor en estos tiempos. Todos somos culpables. Todos. Siempre. De algo somos culpables.

El gordo me clavó una mirada piadosa:

Estás tremendo, Gómez.

Ya me había tomado mi cubana doble. Ordené una segunda vuelta. Cuando terminé de hacerle el pedido al mozo, la mirada piadosa del gordo Pierotti tenía esa expresión gatuna, insidiosa.

Decime, Gómez, te olvidaste del ensayito. O no querés hablar del asunto.

No, no me olvidé.

Tampoco te enteraste.

De qué.

Ésta es la parte en que al joven Gómez le corre un escalofrío por la espalda, dice el profesor. El joven Gómez observa al gordo Pierotti en aquel bar de la Avenida de Mayo. Y pregunta, aterrado:

Me van a publicar.

La encanaron, Gómez. Ayer allanaron la revista. Y esta mañana la encanaron a la vieja. La yuta la cazó en Mar del Plata.

La mirada del gordo ahora era maléfica:

Así como yo me tengo que olvidar de las minas del Maipo, vos olvidate de publicar ahí. Ni yo me voy a matracar una corista ni a vos te van a aplaudir los paquetes.

A la mañana siguiente, temprano, volví a mis clases. Me había curado.

En sus discursos, el General era un padre astuto que empleaba la primera persona del plural involucrando a sus hijos. Al referirse a los contreras decía: Nosotros vamos a ayudarlos a que se pongan en su lugar. Tenemos en la mano los remedios para ese mal, garantizaba. Los vamos conociendo a los emboscados, aseguraba.

La misma noche de la bomba, los muertos y el sinfín de heridos, la misma noche en que ardieron la Casa del Pueblo y el Jockey Club, comenzaron las detenciones. Cerca de cuatro mil presos. Radicales, socialistas, comunistas, conservadores. Cualquiera que estuviera sospechado de contrera caía. En la Sección Especial de la Policía Federal se fajaba y torturaba. Los encargados eran dos boxeadores que se ocupaban de golpear a los detenidos y un comisario especialista en aplicar la picana eléctrica.

Por entonces yo también era de los que dudaba de que la belleza careciera de contenido político. Fanfarroneaba declarando que la belleza era amoral. Ni de derecha ni de izquierda. Y a quién podía ocurrírsele que la belleza pudiera tener una orientación tan confusa como el mismo peronismo. Porque así como Perón había reverenciado a la Revolución Rusa en un discurso en el Liceo Militar y aceptado el rol interventor del Estado, en más de una oportunidad había celebrado al Duce, imitado su iconografía y empleado los medios de comunicación igual que los fascistas. La universidad, en tanto, era una falange de retrógados de la más cavernaria derecha perteneciente al nacionalismo oligárquico y chupacirios. El diario de los Gainza, ahora propiedad de la CGT, sacaba los domingos un rotograbado donde publicaban tanto a los poetas católicos y barriales como a los de izquierda boedista.

Según Victoria, su revista era apolítica. Pero sus simpatías, como no podía ser de otro modo, estaban del lado de aquellos que ponían bombas, comandos de jóvenes cajetillas, más católicos que liberales, más aristocráticos que revolucionarios, universitarios de familias tradicionales que, en verdad, estaban mucho menos preocupados por la democracia que por sus privilegios jaqueados por el gobierno de los cabecitas negras. Ponían bombas como jugaban al polo o al rugby. Y, obviamente, para Victoria y su *intelligentzia* elegante, estos muchachos no podían sino representar una estirpe heroica.

El profesor se calla de nuevo. Desde la calle sube amortiguado el chillido de una frenada.

No hay belleza en una bomba asesina. Pero tampoco en una picana eléctrica, dice el profesor. Al salvarme providencialmente de traicionar a Lía, empecé a preguntarme hasta dónde la belleza era amoral y si no tenía que ver con la política más de lo que me interesaba.

Victoria, en esos días, estaba en su villa de Mar del Plata. Y la policía la sacó de la cama una mañana temprano.

Dos autos policiales estacionados frente a su Villa, seis policías de civil.

Esto es un atropello, empezó a quejarse.

Tiene que acompañarnos, señora. Acá está la orden de arresto y acá la de allanamiento.

Ustedes saben quién soy yo, preguntó. Tienen idea.

Si no lo supiéramos, no estaríamos acá, señora.

Tengo que hablar ahora de Enriqueta, una prima descarriada de Victoria, cuyo apellido estaba vinculado con el dominio de media provincia de Corrientes. Enriqueta había estudiado Bellas Artes para ser restauradora. En sus viajes había descartado puntillosamente los lugares convencionales del turismo intelectual de la época. Enriqueta era una muchacha hermosísima, de rasgos afilados, más huesuda que exuberante, lo cual no quitaba que en ese tiempo, cuando las opulentas del cine italiano eran la moda, no tuviera un éxito brutal con los tipos. Podía pensarse que en esos viajes, auténticas expediciones, Enriqueta buscaba, renegando de su clase y de su belleza, opacar sus encantos. Sin embargo, bronceada siempre, con el aspecto curtido con que regresaba de sus viajes, su atractivo aumentaba. La suya era una hermosura templada en la intemperie.

A Enriqueta le disgustaban París, Londres, Nueva York. Había bordeado los círculos intelectuales de los grandes centros cosmopolitas, pero con un recelo poco habitual. Según Lía, Enriqueta andaba detrás de otras experiencias. Se había apasionado en viajes que, por entonces, la hacían parecer exótica. Entre el Boulevard Saint Michel y Coyoacán, Enriqueta prefería esto último. No vacilaba si tenía que elegir entre la Capilla Sixtina y las ruinas de Machu Picchu. El Cairo, Bangkok, Pekín eran para Enriqueta paisajes vivos y que, desde el fondo de la historia, sugerían que la civilización occidental, tarde o temprano, sucumbiría por no haber prestado atención a los mensajes que estas culturas ofrecían en clave. Enriqueta contaba que los estudios de Bellas Artes, todos sus conocimientos sobre plástica, en la época en que iba a dedicarse a la restauración, se disolvieron como cenizas al viento cuando subió a las alturas del Nepal. Allí decidió olvidar sus libretas de apuntes, sus blocks de dibujos, y confiar más en la percepción de su hasselblad.

Estilo, opinaba Lía, embelesada.

Guita, decía yo.

Ya tenías que salir con tu tirria.

No había que ser perspicaz para darse cuenta de que Lía hubiera dado la vida por tener un romance con Enriqueta. Pero tenía que resignarse:

Para jugar al kamasutra tiene que irse lejos de la familia, le pregunté yo.

Más te gustaría a vos que te trincara un mozambicano como el que se bajó ella, contraatacaba Lía.

El que tiene plata hace lo que quiere, reponía yo.

No es sólo cuestión de plata, argumentaba Lía. Aceptalo, Gómez, lo que le envidiás es la libertad que tiene para hacer lo que le da la gana.

Dame una estancia en Corrientes y vas a ver lo libre que soy.

Por más que vengan de la misma familia, Enriqueta no es Victoria, me discutió Lía. Victoria la va de coleccionista de autógrafos. Victoria va a la India y se trae un Rabindranath a las barrancas. Victoria pretende un hinduismo de incienso y living room. Victoria busca un consuelo por lo que no es. Cuando Enriqueta estuvo en Inglaterra no fue a fotografiar a la Woolf. Tenés que ver sus fotos de los mineros galeses, de los irlandesitos desnutridos. Mirá bien sus fotos, Gómez. Enriqueta sabe captar la desgracia, la injusticia y también la nada. No va por ahí detrás de una pagoda interior.

Guaraníes nunca, pregunté.

Qué decís.

Por qué tiene que irse tan lejos para encontrar lo que está a la vuelta de la esquina, Lía, me enchinché.

Es justo reconocerlo ahora. Cuando vi por primera vez a Enriqueta, una tarde en El Águila, a la vuelta de su estudio, tuve que admitir el magnetismo de su personalidad. Aunque siguiera desconfiando del motor que la impulsaba a perderse en los confines de la tierra.

Es el mal baudelaireano, me explicaba Lía. El horror domiciliario, la aversión al propio hogar. Esa inquietud desoladora que sólo puede aliviar el viaje. Ni la partida ni el arribo. El viaje en sí. Porque es en el viaje donde Enriqueta toma la conciencia de sí, sustancia perecedera. Y esto Enriqueta lo refleja en sus fotos.

Y decime, pregunté, todos los que padecemos de lo mismo y no tenemos ni cómo ni a dónde rajar, qué hacemos con nuestra enfermedad. Vamos a rezar a Luján.

No entendés, Gómez.

Es cierto. Yo no la entendía a Enriqueta. Pero Lía tampoco. Lo que nos partió el alma fue saber que Enriqueta era esclava de la cocaína. Ya en esa época en que me la presentó Lía, Enriqueta pasaba de períodos de depresión a rachas de una euforia apabullante. Y era en estos picos cuando se largaba por ahí.

Esta historia que cuento no es la de Enriqueta. Su rol en la historia es de refilón, pero contribuye a unir los fragmentos.

Por Enriqueta supimos que Victoria estaba presa en el Buen Pastor:

La vistieron con un delantal a cuadros azules y blancos, decía Enriqueta. La pusieron en una celda con otras once mujeres. Desde ladronas hasta asesinas. Hay una que mató a su cría. También tiene de compañeras a unas socialistas. Y no faltan tampoco unas peronistas.

Qué hace Victoria, pregunté yo. Escribe, quise saber.

No. Se lo tienen prohibido.

La literatura nacional está a salvo, intervino Lía.

Tiene sesenta y tres años, dije yo.

Falta que digas que puede ser tu madre, dijo Lía. Bien que te gustaría, Gómez.

Enriqueta siguió:

Parece que una noche las monjas trajeron a una que fue torturada con la picana.

No sé si los que nunca estuvieron presos, diría más tarde Victoria, pueden representarse lo que significa encontrarse acostada de noche tan cerca de una mujer que acaban de torturar recordando cómo temblaba por la noche. Y pensaba en Montaigne. La vista de las angustias ajenas me angustia materialmente. Pero Victoria, al pensar en Montaigne, pensaba en francés: *Je saisis le mal que j'étudie et le couche en moi.*

Enriqueta contaba:

Victoria dice que las presas la consideran una fellow prisoner. Les cuenta novelas, obras de teatro. Ella sola les representó *Gigi*. Y las otras, a cambio, le convidan criollitas con paté. Éstos son días de cookies con foie-gras, dice Victoria.

Enriqueta hizo un silencio largo. Y después nos anunció:

La semana que viene viajo, dijo. Necesito el Punjab.

Lía y yo la contemplamos sin decir nada.

No quieren venirse, nos preguntó. No saben lo que se pierden.

Cuando Enriqueta partió a la India, nos seguimos enterando de los avatares de Victoria en la cárcel del Buen Pastor a través de Nélide, una abogada cordobesa que tenía a su hermana, militante socialista, en el mismo cuadro.

Si Nélide había entrado en nuestras vidas, se debió a Lía, quien la conoció en esa época en que, recién venida de Moisesville a la capital, se empleó en un estudio jurídico. Nélide vivía por Caballito. Y había sido ella quien le había conseguido a Lía el departamento que alquilaría más tarde. Que Lía escribiera y que, dándole rienda a su vocación, renunciara al bufet para entrar de cronista en un diario, la fascinaba.

Nélide era una muchacha sedienta de emociones. Aburridísima, sus mejores aventuras le pasaban, sin que se diera cuenta, en los archivos de un juzgado siguiendo los pasos de un expediente. Pero Nélide nunca iba a advertir que los expedientes contienen, resumidas, historias en las que se alternan desde la lucha por una medianera hasta el crimen pasional, cuya lectura puede ser fascinante. Para Nélide, esos expedientes eran letra muerta, en las antípodas de esos novelones románticos que devoraba con fruición. Victoria presa le resultaba la encarnación de todas esas heroínas en una. Y en nosotros, Nélide creía haber encontrado un auditorio donde celebrarla.

Yo no tengo mano para las labores, le sollozó Victoria la primera tarde en que

Nélida la vio en el Buen Pastor. Victoria observaba desolada cómo sus compañeras de cuadro cosían y bordaban. Desgraciadamente nací para los afanes de la inteligencia, se le quejó Victoria.

Nélida, como se ha dicho, tenía una hermana socialista. Detenida por el régimen, la hermana estaba alojada en el mismo cuadro que Victoria.

No puede pegar ojo, la pobre, nos contaba Nélida al volver del Buen Pastor. Pero no se refería a su hermana. Hablaba de Victoria.

Unas cuerdas antes de llegar a la cárcel, Nélida se detenía en una confitería y compraba unos sándwiches. Los de jamón y queso eran para su hermana. Y los de pavita para Victoria, aclaraba.

Cada vez que Nélida visitaba el Buen Pastor volvía con un coraje y una solidaridad exagerados que, en verdad, poco ocultaban su deseo por figurar. Estoy seguro, cuenta el profesor Gómez, que Nélida se ilusionaba con una foto para la posteridad, la imagen de Victoria, y ella a su lado. Una de esas fotos que el tiempo se encarga de sepiar, con epígrafes en donde la gente como Nélida es mencionada como “rueda de amistades” o “entre otros”.

A los cuarenta y pico, no sólo no había descollado en su profesión. Tampoco lo haría con esos cuentos tristes que escribía, pródigos en desesperaciones y lluvias. Como tanta mente novelesca, Nélida pensaba que una angustia y un temporal eran componentes que elevaban la literatura. Sin distinguir qué diferenciaba a Chejov de Cronin, Nélida no leía hechos: leía suspiros. A mí me llegó mucho esa novela, afirmaba. Me identifiqué tanto, comentaba de otra. En esa confusión entre realidad y ficción, Nélida había perdido de vista con qué presa estaba más estrechamente unida.

Una tarde parece que su hermana se cansó:

Tu hermana soy yo, le dijo entre las rejas. Acá la socialista soy yo. Y a mí también me gusta la pavita.

Sí, pero la artista es ella, le contestó Nélida.

Por esa época, se acuerda el profesor Gómez, tuvo su repercusión escandalosa el filme *Deshonra*, con Fanny Navarro, una película de cárcel de mujeres. A Fanny, junto con otras presas, en pleno invierno, las arrancaban por la noche de las celdas para sacarlas al patio y las manguereaban. Había que ver los chorreros de las mangueras empapando a esas pobres cautivas. No voy a detenerme acá en obvias interpretaciones sobre el significado de esos chorreros de manguera en las presas, sus uniformes empapados, la tela adhiriéndose a sus formas como una segunda piel. Hacía frío en ese mayo. Y como no podía ser de otra manera, Nélida temía que en la cárcel les dieran este castigo.

Una noche, nos contó Nélida, Victoria vio que entre dos de las reclusas había nacido un aprecio que superaba la camaradería. Una de ellas era una chiquilina que

había sido cajera de Escassany, involucrada en un robo de alhajas, y la otra una sirvienta peronista que, si había ido a parar al Buen Pastor, no había sido por contrera sino por un asesinato. Había achurado al hijo de su patrona, que quiso propasarse.

En las sombras del cuadro, Victoria pudo atisbar cómo la sirvienta abandonaba su cama y se pasaba a la de la chiquilina. Era ya de madrugada y, aun cuando las dos procuraban no hacer escombros, los suspiros y jadeos podían oírse en la quietud. La luz lunar arrojaba una claridad grisácea dentro del cuadro.

Victoria, en puntas de pie, dejó también su cama y se acercó a las amantes. La chiquilina se asustó al ver esa silueta espectral, recortada por la luna, al pie de la cama. Pero la sirvienta, más veterana, la tranquilizó:

Es una mirona, dijo. Y después: La envidia que nos tiene.

No fue éste el incidente más grave que le tocó padecer a Victoria en el Buen Pastor.

Un atardecer las monjas trajeron una presa que apenas podía caminar. Ésa era la presa de quien nos había hablado Enriqueta. A pesar del dolor que le crispaba las facciones, no pedía compasión. Pelirroja, pálida, angulosa, la mujer no debía tener más de treinta años. Pero el castigo que se le había infligido la hacía parecer varios más.

La picana, comentó una. Se la pasaron.

Por su hermana Nérida supo que la nueva detenida era una militante trotskista, que intentaba sublevar a las fabriqueras de un taller de pantalones por la calle Canning.

Ahí tenés lo que significa el peronismo, me chicaneó Lía. El control que la burguesía necesita.

No tuve respuesta. Podía justificarle todo al régimen, menos eso. Ningún argumento podía legitimar la tortura. Y el régimen torturaba. No sólo a los militantes de izquierda. Lo que más temía todo opositor, cualquiera fuera su filiación política, era caer en la Sección Especial del Departamento Central de Policía. Pero también la comisaría 17, la de la avenida Las Heras, era célebre por la tortura. Algunos presos políticos que, dados por muertos, habían sido tirados en la quema, sobrevivieron para contar qué ocurría con los contreras cuando eran detenidos. Los nombres de los torturadores eran conocidos públicamente. Yo no podía mirar hacia otro lado cuando se hablaba de este asunto. Cada vez que nos trenzábamos con Lía, la tortura ponía punto final a toda defensa que yo pudiera hacer del peronismo.

Me doy cuenta de que al hablar de Victoria me enardezco, admite el profesor. Tengo que admitir que, bajo ningún punto de vista, su encarcelamiento me parecía justo. Pero no podía evitar que esas vacaciones forzadas de Victoria en el Buen Pastor me avivaran la misma contradicción que había experimentado aquella noche de los

incendios y la quema de libros en la Casa del Pueblo y el Jockey Club.

Victoria tiene a la picaneada en la cama de al lado, nos contó Nélide. Parece que Victoria se queda la noche entera con los ojos abiertos, tan incapaz de dormir como de mirar el cuerpo vecino en la oscuridad. La picaneada tampoco duerme. Está siempre boca arriba, inmóvil. Y en la quietud del cuadro puede oírse su respiración. Aun cuando Victoria se da vuelta hacia el otro lado, sabe que la picaneada, a su espalda, está despierta. El traqueteo de un tranvía corta el silencio. Tarda un rato en acercarse, frenar y arrancar de nuevo. Después, otra vez el silencio, la respiración de la picaneada. Ahora se oye, lejos, el silbato de un policía. Cada vez que un sonido del exterior corta el silencio, Victoria siente un nudo en la garganta. Alguna de las presas tose. Y el silencio, otra vez. Y la picaneada, tan cerca, boca arriba, los ojos abiertos.

Todas las noches igual. Y también todas las noches, en la oscuridad del cuadro, Victoria se pregunta:

Por qué no se queja.

La hermana de Nélide le contesta:

Avivate, che. El silencio es su relato.

Que esto le pase tan luego a Victoria, nos decía Nélide, que esto le pase a la gran dama de nuestras letras es una auténtica infamia.

Esa muchacha es una babieca, Lía, decía yo cuando Nélide se iba. Para qué nos sirve.

Toda revista, hasta una literaria, necesita asesoría legal, contestaba Lía. Nélide puedes sernos útil. Además, si no la tenemos a ella, quién va a mantenernos al tanto de lo que pasa en el Buen Pastor.

Fue Nélide la que nos contó las visitas que recibía Victoria. Le llevan bombones. Le llevan rosas. Pero no hay dulce ni fragancia que pueda reemplazar el sabor de la libertad, nos decía Nélide. Cuando le llevaban rosas rojas, Victoria se acordaba del moño punzó que habían usado sus tías abuelas por el lado materno.

Quizá este encarcelamiento sea la expiación de aquel colaboracionismo con la Mazorca, le decía.

Y cuando Nélide le contestaba, en ese susurro que se usa tanto en las prisiones como en los hospitales y las iglesias, que cada noche había luchadores democráticos cruzando el río hacia el exilio, Victoria suspiraba:

Igualito a los tiempos de Rosas, mon chérie.

Si se sigue el razonamiento de Adorno acerca de cómo escribir después de Auschwitz, el razonamiento es válido no sólo para un cuerpo martirizado en el fondo de una comisaría sino también para las inocentes víctimas cuyos restos saltan por el

aire por un bombazo después de un mitin de descamisados. Y ni hablar de lo que sucedió más tarde, las víctimas de junio en el bombardeo de la Plaza.

La burguesía, con su celebración permanente del individualismo, se erige en defensora de absolutos que piensa extensivos a la humanidad. Pero la libertad no es nunca un absoluto. Tampoco la democracia. Y lo que está en discusión en estas cuestiones es un proyecto emancipador. Las conquistas del proletariado significan, sin vueltas, el cuestionamiento del sistema burgués y sus custodios. No puede haber otra democracia que la de los trabajadores. La democracia que defiende Victoria, en cambio, es la democracia de los terratenientes y los intereses monopólicos para esclavizar a los cabecitas negras. Cuando Victoria se proclama defensora de nobles valores culturales, poniendo la libertad por encima de todo, hay que ver qué intereses emblemizan, no solamente ella sino sus beneméritos valores culturales y su tan preciada libertad.

Hay tanto chambón que confunde calma chicha con sabiduría, dice el profesor. Lo mío es la desesperación permanente, aunque con la vejez parezca sosiego y reflexión. Que nadie se engañe: con los años nadie aprende nada. Más bien se olvida lo poco aprendido. Y, cuando hurgamos en el pasado, lo hacemos no tanto para sacar alguna conclusión como para averiguar qué queda vivo, qué de nosotros conserva un resto de pureza, si es que alguna vez fuimos puros.

Estoy más a oscuras que esta sala, dice el profesor. Yo mismo soy una sombra. Mis días *fuleron*, como dice ahora el piberío.

Todo lo que me queda por delante es memoria.

Por eso la estupefacción que me causa cuando alguien se pone a escucharme. Vienen a escuchar el ayer y no se dan cuenta de que les estoy hablando del mañana. Un ejemplo que viene a colación es la visita que recibí no hace tanto. Debra, la becaria, esa muchacha del departamento de Spanish & Portuguese de la Universidad de Minneapolis.

Minnesota, sonreí. Las praderas.

Debra, nerviosa, también sonrió.

Era morochita, de pelo negrísimo, enrulado pero corto, a lo varón, veinteañera, sefaradí, cejijunta, algo miope, con unos anteojitos Lennon. Sus labios carnosos, cada vez que hablaba se entreabrían en un balbuceo. Puro gaspering de campus, lo suyo.

La mochila que cargaba, calculé, podía costar más que todo lo que llevaba adentro. Los borceguíes le combinaban con la camisa arena. Equipada como el hombre de Camel, se le notaba, además de una militancia feminista, cuál era su idea de nuestro país. Más regordeta que fortachona, sus modos pasaban de una gesticulación masculina a una fatiga melancólica. Tardé en reparar en que su gordura no era sólo de bagels.

You are pregnant, le dije.

Ella aceptó el comentario con otra sonrisita nerviosa. Le miré las uñas comidas. Ella cerró los puños. Más inquieta que antes, carraspeó de nuevo. Y me pareció que no sabía, como un mal actor, qué hacer con las manos.

Con orgullo, me contó que ella y su pareja habían decidido tener un hijo. Inseminación, me explicó.

Oh, dije, pronunciando con una u al final.

Quise saber a qué se dedicaba su pareja.

Se llamaba Farah, era una documentalista paquistaní que trabajaba en el *Sundance*.

Si fuera argentina, me dijo, sería piquetera.

Y se quedó mirándome por encima de sus anteojos.

Y si yo fuera piquetera, pensé, te expropiaría los travellers.

En cambio dije:

You are very typical.

Debra forzó otra sonrisa. Tenía todo el aspecto de la alumna aplicada, la *radical*, con acento en la primera a, con sus estudios culturales aprendidos de memoria. Bastaba verla desempacar su equipo para comprobar que no se detendría hasta conseguir lo que se había propuesto. Y lo que se había propuesto era, nada menos, que investigar sobre Victoria.

Why, le pregunté. Why Victoria.

En su español ortopédico me explicó que le interesaba Victoria como modelo de luchadora. Victoria, según Debra, representaba una pionera de las libertades individuales en las letras latinoamericanas. Mientras Debra disponía un grabadorcito y un block de notas, me dije que no iba a ser fácil hacerla trastabillar en sus creencias políticamente correctas.

Le ofrecí té.

Me preguntó si no tenía mate:

I love hierba mate, dijo.

No, no tenía. Ni hierba ni mate, me disculpé.

No hace falta aclarar cuánto abomino de esas fórmulas de cortesía donde los natives parece que ofreciéramos nuestras artesanías, vasijas y matras al mejor precio.

Debra ya se había instalado en ese sillón y esperaba. Empecé por preguntarle si había leído a Fanon.

Obviously, me contestó. *Les damnés de la terre*, dijo en un francés tan ortopédico como su español.

Dudé si habíamos leído el mismo texto. Y lo que es más patético, dudé si valía la pena gastar saliva remontándome a Fanon para explicarle el peronismo, las tensiones entre liberación y dependencia y la situación de los intelectuales.

El racismo de los intelectuales ligados a la burguesía nacional, empecé, es un racismo basado en el miedo.

Pero Fanon no le interesaba, me dijo. En todo caso, prefería que discutiéramos sobre Homi Bhabha.

Sai, pregunté.

Debra no pescó el chiste. Ahora me miraba seria.

Empezó a arponearme con preguntas sobre Victoria.

Y yo, como me pasa siempre, me iba del tema.

Le pregunté a Debra qué le parecía Buenos Aires. Esta no era únicamente la ciudad de Victoria.

Pero no pareció muy interesada en este desvío. De nuevo, me disparó:

Victoria, profesor, suspiró. Let's focus.

The monster, dije.

Y persistí:

Lo que te voy a proporcionar son balas de plata, le dije.

Profesor Gómez, me quiso frenar.

Van Helsing, corregí.

Dándole la espalda, hurgué en los estantes, entre revistas y carpetas, hasta dar con esas cartas que Virginia le había escrito a Victoria. En una de ellas, Virginia escribe: "Espero que esté usted haciendo nuevos amigos y encontrando nuevas cosas para provocar ruido y agitación en Sudamérica". En otra: "Sospecho que es usted una de esas personas, casi desconocidas en Inglaterra, capaces de hacer excitante una conferencia". Poco después, le agradece un regalo: "Sus mariposas están colgadas encima de la puerta en Tavistock Square, junto al retrato de mi antepasado puritano que no aprueba su regalo. Si está en Londres, venga en el blanco carruaje".

Cada línea, cada comentario de Virginia, aun los en superficie más afectuosos, destilan una mordacidad fina, ese sentimiento que provocaba Victoria: vergüenza ajena.

La becaria estaba paralizada. Se conmovió, como cualquiera, cuando Virginia alude a su propia escritura: "Esta mañana mi pluma es como un rastrillo".

En otra carta Virginia le informa a su amiga Vita, también escritora, sobre una visita inminente de Victoria. Hay que fijarse cómo le describe a la visitante que acecha por ahí: "Victoria quiere publicar algo tuyo en su revista trimestral", le escribe Virginia a Vita. "Victoria está en París y se ha enterado de que vas a dar conferencias. Supongo que quiere conocerte. Le he dicho que te escribiera y que yo luego te aclararía. Ella es inmensamente rica y amorosa. Ha sido amante de Cocteau, Mussolini y, por lo que sé, hasta del propio Hitler. La conocí a través de Aldous. Me regaló una caja de mariposas. Y de vez en cuando ella desciende sobre mí con ojos fosforescentes como huevas de bacalao. No sé qué hay debajo".

La becaria permanecía muda. Apagó el grabador. Chequeó el cassette. Volvió a rogarme, con una mirada sumisa, que siguiera.

“Querida Victoria”, escribía ahora Virginia. “Siento mucho que se molestara el otro día y pensara que no quería verla. Es verdad que estaba molesta. Me he negado una y otra vez a ser fotografiada. Ya me había excusado dos veces para no posar para su amiga que quiere retratar escritoras. Y entonces usted me la trae sin decírmelo y eso me convenció de que usted sabía que yo no quería posar y me estaba torciendo la mano. Como de hecho lo hizo. Es difícil ser grosera con la gente en la propia casa. De modo que fui fotografiada contra mi voluntad alrededor de cuarenta veces. Pero lo que me molestó más fue que perdí la oportunidad de hablar con usted. Estará de acuerdo en que es una prueba de que deseaba verla. Y no habrá otra oportunidad quién sabe hasta cuándo. Y quién sabe también cuál es el objeto de todas estas fotografías. Yo no lo veo. Y las detesto”.

Virginia termina así la carta:

“Perdone esta franqueza, pero si usted es honesta, yo también lo soy”.

Debra parecía dispuesta a seguir escuchando hasta el fin de los tiempos. Yo, en cambio, me estaba cansando.

What else, dije.

Y ahí nomás le planté a la becaria el testimonio de Victoria paseándose por la Nuremberg arrasada por los bombardeos. Victoria anotando con desagrado que en el hotel en que está alojada no se puede beber agua de la canilla. Victoria observando el porte de los soldaditos de la Policía Militar. Victoria, más preocupada por registrar en su testimonio cómo va vestida que por lo que sucedía en el tribunal: su traje sastre, su sombrero de fieltro, sus guantes de cuero de chancho.

Debra había enmudecido.

Pero ahora el cebado era yo:

Todo esto nos sirve de preámbulo perfecto para hablar de las coincidencias de Victoria con ese Bunge, conocido suyo, que planteaba en el ensayo *La Argentina moderna* la supremacía de la raza blanca.

Pero esto ya era demasiado para la becaria.

I'm exhausted, suspiró sin convicción.

Y más que despedirse, emprendió una retirada. Al colgarse la mochila, me pareció que le pesaba más que antes.

Con resignación, pensé:

Ser un paper. Lo único que me faltaba.

Tengo que contarte algo, me dijo Lía.

Esa noche, cuando la pasé a buscar por el diario, me arrastró hasta la Richmond. Se negaba a conversar en la calle, contármelo ahí mismo. Especuló con el suspenso

hasta que nos sentamos en el fondo de la confitería. Sobre dos claritos, me miró circunspecta:

Conocí a alguien. Anoche conocí a alguien.

Como siempre, le dije.

Lía era muy enamoradiza. Y cada romance suyo, como una golondrina, no hacía verano. Secretarias, costureras, liceístas, amas de casa. Lía no tenía ni prejuicios ni escrúpulos cuando el deseo le ordenaba ser derramado. Era capaz de todo y más, si alguna le tiraba. Y con todas mostraba la misma intrepidez que exhibía en nuestras caminatas arrabaleras.

Una vez que se había metejoneado con una carbonera, decía: Nací de nuevo, Gómez, cuando me abraza ardo como el carbón. Y me describía cómo lo hacían en la carbonería, tiznadas entre bolsas y cajones. Otra vez se levantó una enana. Y para convencerme de los dones benéficos de los enanos, me contó esa anécdota de Cocteau, cuando le presentaron uno, verdadero portento en miniatura. Porque Cocteau, con su picardía, considerando el priapismo del pequeño monstruo, lo definió como una tetera. Otra vez Lía se había enamorado de una ciega. Porque le gustaba hacerlo con los ojos vendados.

Ahora, en la Richmond, ya me la veía venir con esta nueva historia que la subyugaba: el cambio de miradas, el merodeo, el acercamiento y ese retumbe en el pecho que sólo puede calmarse con una chorreada volcánica.

Indulgente, me dispuse a escucharla.

Es casada, me dijo.

Desde cuándo ése es un problema para vos.

Con un capitán de la armada, siguió.

Eso sí era un problema, pensé.

Me pregunté si en esta nueva historia, como en tantas otras, aquello que encendía a mi amiga era la nueva mujer, algún rasgo suyo en particular que le resultaba irresistible, o la dificultad, los obstáculos que la aventura presentaba. No era ninguna novedad: en sus historias lo que más la cautivaba eran justamente los impedimentos. Cualquier valla aumentaba su pasión. Con la presencia de un capitán de la armada como cancerbero, el temperamento romántico de Lía iba a desplegarse como un vendaval. Noté que se avecinaba una racha de tribulaciones y tormentos, de sobresaltos y espasmos, tan previsibles si se pensaba en los ingredientes que la nueva historia ofrecía.

Dónde la conociste, quise saber.

Aunque no me hacía falta preguntar. Lía no sólo estaba dispuesta a contarme: Necesitaba hacerlo. Porque cuando se vive una historia amorosa, lo que se busca al contarla es rescatar de la ausencia al otro, corporizarlo.

En una reunión, empezó Lía.

Previsible, me dije. Estaban todos los componentes de la película que Lía soñaba protagonizar. Los nazis, la resistencia, el amor clandestino. Sólo había que agregarle lluvia y cuerdas. Y, cada tanto, un piano.

No me atreví a rajarle el espejismo de la cursilería.

Anoche, siguió Lía, cuando la vi irse con su capitán bajo la lluvia sentí que mi soledad tenía un nombre, Gómez. Y ese nombre empieza como delito. Se llama Delia.

Delia qué, le pregunté.

Delia Feijoó, me dijo.

Delia Feijoó de qué.

Delia Feijoó de Ulrich.

Te estás cruzando a la vereda de Victoria, nena.

Lía refunfuñó:

Mejor no te cuento nada. Siempre el mismo resentido vos. Resentido y, además, celoso.

Pero igual me lo contó. Con pelos y señales, me lo contó.

El flechazo había tenido lugar en una reunión de contreras en la casa de un dirigente radical. A Lía le llamó la atención que todos los participantes, hombres y mujeres, compartieran una informalidad que contrastaba con su atildamiento. Lía se fijó en el calzado. Ninguno, ninguna, llevaba zapatos deformados por el uso. El detalle marcaba la extracción de clase de los enemigos del régimen.

Por estas cosas Lía se negaba a ser definida como contrera. Simpatizante del socialismo, había disentido con los lineamientos del partido, demasiado prolijitos para ella. Lía había comenzado a recelar que pudiera implantarse el socialismo por la vía electoral. Puro reformismo, criticaba. Se había acercado entonces a los comunistas, pero también los comunistas tenían comportamientos burgueses. El pecé, para Lía, era un club de odontólogos y muebleros progresistas que Lía tildaba de revolucionarios de carnet. En su análisis de la tiranía y el rol del proletariado, Lía juzgaba fundamental luchar a la vez contra la demagogia populista y contra la burguesía. En su concepción, el justicialismo no era más que un freno retardatario de la revolución. Pero, a la vez, Lía se estaba dando cuenta de que los contreras eran, para el pueblo, enemigos tan peligrosos como el general demagogo en el poder. Decepcionada, sin encontrar una militancia que la convenciera, Lía iba a esas reuniones, como ella decía, buscando. La tiranía era cada día más oprobiosa. No obstante, yo veía esa búsqueda, dice ahora el profesor, como una distracción.

Porque Lía era una poeta exquisita. Con una sensibilidad propia, que se apartaba sin esfuerzo de los moldes dictados por los grupitos que la iban de vanguardia. Quizás a veces se pasara de elíptica con clichés del simbolismo. Pero como era muy

autocrítica, había empezado a limar esos tics y a adentrarse en una forma más confesional. Según ella, la experiencia era más trascendente que la palabra. Pero con ese verso de la experiencia despilfarraba su talento enredándose en esos amoríos furtivos y reuniones conspirativas.

Si yo le recriminaba su falta de dedicación a la poesía, ella me contestaba que la vida era más poética que cualquier verso.

Quiero decir: si Lía no hubiera ido a esas reuniones, seguramente habría dejado al menos el borrador de una obra poética. Pero, si no hubiera ido a esas reuniones, no habría conocido a Delia. Y, si no hubiera conocido a Delia, nada sabríamos de *La lengua del malón*.

Si uno se pone a conjeturar las infinitas posibilidades que el azar clausuró va a llegar a la raíz cuadrada de la frustración humana.

Y lo que me importa es *La lengua del malón*, subrayar la relación intrínseca que lo conecta con el bombardeo.

Pero no nos anticipemos.

Esa noche Lía les discutió a los contreras bienpensantes, y entre paréntesis otorguemoslé un sic a lo de bienpensantes. No pudo aguantarse. Empezó chicaneando al dueño de casa, el dirigente radical, un abogado que apostaba a la política para preservar sus campos en Chascomús con la derogación del estatuto del peón. Después provocó a unos demócratas cristianos preguntándoles cómo podía congeniarse la democracia con la religión. Se divirtió ironizando sobre el rol de la iglesia y el Estado.

Estuve brillante, Gómez, me contó.

En ese énfasis, se estaba luciendo ante Delia:

Le estaba dedicando mi intervención, Gómez. Puro histrionismo, agregó.

Cuando la discusión se hubo apaciguado y alguien propuso pasar a los bocaditos y los drinks, Lía vio que Delia salía al balcón. Era una de esas noches porteñas húmedas y pegajosas, en las que apenas corre una brisa. Estaba muerta de aburrimiento. Y lo ocultaba con una displicencia que formaba parte de su charme.

Me acuerdo cómo me la describió Lía. Ya sabemos que cuando alguien se enamora, al describir el objeto erótico suele patinar en la hipérbole. Según Lía, Delia tenía una belleza criolla y unos modales sutiles que revelaban buena cuna.

Lo de belleza criolla y buena cuna, Lía lo dijo imitando un acento bienudo que me hizo gracia.

Lía observó al capitán, saco azul cruzado con botones dorados, pantalón gris, el vaso de scotch con el hielo tintineando. Y reparó de inmediato en que ese marino con tics de cajetilla tenía, sin duda, que opiar a su mujer. Lía miró entonces hacia el balcón. Y vio a Delia, acodada en el balcón, ofreciéndole su perfil.

Vos tenés unas ganas de que te despeinen, chiquita, pensó.

Y también ella salió al balcón, a la noche perfumada de Coghlan.

Tenía que controlarse, pensó. No tenía que espantarla, pensó. Y, a la vez, con el corazón palpitante, supo que jamás había experimentado esa confusión que estaba afiebrándola.

Ya estaba mojada, Gómez, me confió Lía. Y aún no habíamos cambiado una palabra.

Sin saberlo, el capitán había contribuido a aumentar esa fiebre cuando contestó a uno de los dardos de Lía:

Con ustedes las mujeres no se puede discutir. No piensan con la cabeza.

Y con qué pensamos, lo desafió Delia.

Por favor, querida, la sobró el capitán como a una inferior. Estamos entre gente evolucionada. No rebajemos nuestro intercambio de ideas al nivel de la mersada.

Hubieras estado ahí, Gómez, se irritaba Lía al contarme. Hubieras escuchado con qué desprecio el cajetilla ése pronunció mersada. Vos que sos cabecita, Gómez, cómo te habrías sentido.

Mirá, nena, la interrumpí. Yo jamás habría ido a esa reunión. Además, te aclaro, tan cabecita no soy.

Sí, ya sé, lo tuyo es la ficción.

De haber sido mujer, yo habría estado perdido por Lía. Y si ella hubiera sido un muchacho, me pregunto qué no habría hecho para conquistarlo.

Pero volvamos a esa noche y el efecto que tuvo en todos nosotros.

Delia también es una cabecita, Gómez, me dijo Lía.

Pero en ese ambiente, a la belleza que cruza lo español con lo aborigen, la llaman belleza criolla. Cuando a los tilingos les gusta algo que puede socavar sus pretensiones de fineza lo elevan con un eufemismo, dijo Lía. Ni cabecita ni morocha, Gómez. Belleza criolla. Con una belleza criolla, pensé, se tienen relaciones o se hace el amor. Para mí, Delia era calentura. Me moría por pegarle una buena lamida a esa belleza criolla.

En esa época, si no era fácil para un hombre andar practicando el amor que no se puede nombrar, menos lo era para una mujer. Las lesbianas vivían cada historia con lluvia cruel, retorcimiento y parla sufriente. Que las había contentas y desenfadadas, las había, pero eran las menos. Y ninguna se animaba a declarar públicamente su tendencia. La elección sexual, como se le dice ahora. Las había en el cenáculo de Victoria y también entre las que iban de izquierdistas. Boquilla, mirada intensa, voz ronca, uno se daba cuenta y podía intuir quién era quién. Pero, en la gran aldea, yo no conocía otra como Lía en la forma de contar lo que sentía, lo que pensaba.

Nerviosa, hirviendo, mareada, porque el amor marea, Lía salió al balcón detrás de Delia. Ignoraba cómo abordarla, pero sabía que ésta era quizá su única chance.

Prendió un cigarrillo y se acercó a Delia, impostando una sonrisa desafiante:

Te gusté.

Logró irritarlos, si era eso lo que buscaba, contestó Delia.

El perfume de los árboles se condensaba en ese balcón que se abría sobre Coghlan. Soplaban un viento tibio y pegajoso. Y una tormenta iba encapotando el cielo. Lía sintió un ramalazo de frío, tenía las manos heladas y húmedas. Pensó que si tocaba a Delia con esas manos la iba a impresionar. Pero en la sonrisa de Delia leyó la expresión benévola y condescendiente de quien perdona la travesura de un chico. Una hendidura de esperanza para avanzar.

Tuteame, estaba por decirle Lía, cuando el capitán la interrumpió:

Vamos, querida, le dijo a Delia tomándola del brazo. Tenemos un trecho hasta Olivos. Y mañana tengo que estar temprano en la base.

Lía se arriesgó. En vez de estrechar la mano de Delia con su mano fría, se adelantó buscando un cambio de besos.

Cuando la vi marcharse se me estrujó el corazón, Gómez. Tuve que conformarme nomás con ese beso casto.

Poco después se inauguraba en Witcomb una muestra de Castel, ese truchimán expresionista. Había más arte en una página de *El Tony* que en todos los cuadros que Castel había colgado.

Lía tenía que cubrir la inauguración para el diario. En el evento participaban más damas que caballeros, niñas de la sociedad y jóvenes promisorios, como se denominaba a la cleresía tilinga que frecuenta esta clase de celebraciones. Lugares comunes: el tout Buenos Aires se dio cita en esta tradicional galería porteña, etcétera. A Lía le divertía escribir estas notas de sociales. Realismo de canapé, decía ella.

La tomó por sorpresa el saludo de Delia. Confundida, reprochándose no haberla visto primero ella, Lía aceptó la mano que le tendía. Delia seguía tratándola de usted, como olvidando aquel avance de Lía al despedirse en la reunión conspirativa.

Pensé que le interesaba la política y no el arte, le dijo Delia.

Lía balbuceó:

Se equivoca. Yo escribo. Poesía. Pero estoy acá como cronista.

Yo también escribo, le confió Delia. Cuentos. Pero no me animo a darlos a la imprenta.

Lía se dijo que ésa era su oportunidad:

Si se anima, de mujer a mujer, me gustaría leerlos. Con una gente amiga estamos por sacar una revista. Estamos preparando el número uno. Si quiere, la invito a tomar un café.

Como en una comedia, de nuevo su oportunidad se perdía. Dos mujeres se acercaron a saludar a Delia. Se disculpó con Lía y se apartó para conversar con las otras. En ese titubeo, me contó Lía, lo que importaba era no perder la determinación.

No le iba a ser sencillo encarar de nuevo a Delia. Antes de que la hicieran más a un lado, Lía se dedicó a recorrer la exposición tomando notas y después se marchó. Pero no del todo. Al salir de la galería, caminó hacia la esquina y se apostó, vigilante, esperando la aparición de Delia.

Tuvo suerte. Como respondiendo a su deseo, Delia también salió sola de Witcomb y caminó hacia Plaza San Martín. Lía la siguió en la noche, pensando cómo explicarle la persecución. Finalmente se atrevió a alcanzarla.

Necesito hablarle, la encaró Lía. Yo sé que puede parecerle un disparate, pero le juro que nunca me pasó esto. Si no quiere llevarme el apunte, si piensa que merezco un revés, démelo. Y no volveré a abordarla. Pero sepa que desde aquella reunión en Coghlan no he dejado de pensar en usted. Comprendo que es casada y que esto puede parecerle una locura.

Delia la observaba muda.

Creamé, suplicó Lía.

Delia miró ahora a los costados con temor de ser vista.

No sé qué hacer con esto que me pasa, musitó Lía.

Delia sonrió con tristeza:

Como si yo supiera, querida.

Lía le pidió:

Dame el brazo. Dos amigas pueden caminar del brazo.

Tomando la iniciativa, Lía la agarró del brazo y cruzaron hacia la plaza.

El profesor Gómez suspira.

Esa misma noche, tarde, Lía me contó por teléfono:

No sabés el beso de lengua que nos dimos.

2 / LA LENGUA DEL MALÓN

Aquí están, anuncia el profesor. Los originales de *La lengua del malón*.

Por supuesto, vuelvo a preguntarme a quién puede interesarle esta historia de homosexuales y bombardeo a mediados del siglo pasado. Una y otra vez me lo pregunto. A quién. Qué sentido tiene revolver toda esa ropa interior del ayer. Los fluidos del amor y la sangre ya se secaron en la tela. Tienen la misma vida que una flor marchita entre las páginas de un libro de versos olvidado. Y después de esta metáfora más bien cursilona, cosas concretas:

En ciertas madrugadas de mi insomnio siento que los sonidos de la noche, aun los más tenues son detonaciones, silbidos de proyectiles, voces que gritan, claman, jadean, lloran en el silencio de la negrura.

Doy vueltas entre estos libros, cuadernos, biblioratos. Y acá, entre todo el papelerío, esta carpeta celeste. Esta carpeta celeste que está viva. Dirán que lo mío es el delirio de un poseído. Pero aun ahora, cuando el celeste ha desteñido, y las páginas amarilleado, la tipografía de máquina de escribir, los tachados con la x, las anotaciones caligrafiadas por Delia, siguen latiendo.

Pero no quiero adelantarme a la lectura de la historia.

Se dirá que *La lengua del malón* representa una postrera justicia poética en la historia de nuestra literatura. Pero así como el garche nunca es sólo coreografía corporal, intercambio de líquidos, *La lengua del malón* es bastante más que una novela erótica, aun cuando la primera lectura que ofrece pueda ser escabrosa y húmeda. En cuanto a la parodia, como clasificación, se me ocurre precaria. Si bien el texto, escrito en la segunda mitad del siglo veinte, emula folletines de siglos pasados, su intención reside a menudo más en la estampa que en lo novelesco. Como en toda narración erótica, predominan las escenas de garche. Pero el detalle, las páginas de garche, hacen al sentido de la trama. Y acá se impone otra digresión.

Garche, especifica el profesor, tiene una musicalidad libertina de la que carece coger. Y cuando digo coger, escúchenlo con j. La argentinización lunfa del verbo remite a la violencia de la posesión. Garche, en cambio, con su sonoridad francófona, nos propone una reminiscencia cortesana, una cachondez gozosa que excluye, en principio, la noción de toma, de apropiación.

En cuanto a la parodia, se detecta menos en la imitación burlesca y compasiva de la ñoñería del folletín que en la reproducción de técnicas narrativas que le garantizaron perduración tanto a Pietro Aretino como a John Cleland. A quienes duden de que Delia tuvo en cuenta estas obras, basta subrayarles las zonas de coincidencia entre la manipulación de un pene en una celda religiosa, pienso en

Aretino, o la indagación de una vagina en una alcoba, pienso en Cleland, y comparar estos modelos con *La lengua del malón*. El cotejo apunta a resaltar la forma en que Delia adopta una poética y la utiliza para prismar el territorio devastado por el exterminio.

Admito que, al entrar en tema, dice el profesor, la tentación prologuista me domina. Es que son tantos los años de esta carpeta como los que llevo conservándola. Abomino, como ya dije, de toda variación del coleccionismo, especialmente de esa voluntad dictatorial de poseer la pieza única, pensando que el valor de la misma se trasladará a su propietario. Sin embargo, al revisar este original, no puedo evitar una mezcla de exaltación petulante y vanidad vergonzosa al afirmar que este texto, si esta noche está acá, virgen a su pesar, se debe a mi empeño en salvarlo.

Al divulgar esta historia se me formularán reproches, la polémica causará tal vez un revuelo transitorio, brisas flatulentas agitando la telaraña académica. No les temo. Pero sí me acobarda una pregunta que, inexorable, se me va a hacer. Y será, tarde o temprano, el dardo principal que se me arrojará: a qué se debió mi tenacidad en mantener oculto un texto que venía a soliviantar los ánimos del gallinero literario y no sólo. No le temo, insisto, a las segregaciones de ghetto literario ni al complot censor de los capitostes de aula magna. Pero esa pregunta, en cambio, sí me afecta. Por qué hice que *La lengua del malón* permaneciera medio siglo en su calidad de manuscrito secreto. Puedo decir justificaciones más o menos plausibles a esa pregunta que me lacera. Puedo decir que no era todavía el tiempo de su divulgación. Puedo decir que sospechaba, con razón, que el texto sería malinterpretado. Puedo decir con presunción doctoral que a veces una obra precisa del deshojamiento de varios almanaques para encontrar finalmente sus lectores. Habrá quienes se pregunten por qué, entonces, me animo a revelar la existencia del original después de medio siglo escondido entre mis papeles. El verbo revelar debe ser entendido también en el sentido fotográfico. Quizás esta noche no sea otra cosa que un sumirse en la oscuridad del laboratorio y descifrar el sentido de las estampas que Delia escribió impulsada por el motor de dos pasiones. La literaria y la otra, el estímulo que representó Lía en esos meses de escritura encendida.

Voy a referirme más tarde a la cobardía, mi cobardía, y soy consciente que asumirla no representa ningún coraje redentor. Asumir que se es un gallina no lo redime a uno.

Dejemos entonces para más adelante la motivación que me obligó a mantener en la clandestinidad estos originales. No soy yo el protagonista de esta historia. Es este original, son sus páginas, algunas manuscritas, otras mecanografiadas, con sus correcciones y enmiendas al margen, paréntesis, tachaduras, notas al pie, llaves y flechas que ordenan una lectura al dorso, donde una apostilla procura echar luz sobre un párrafo, la discusión de un adjetivo, como si en esto le fuera la vida a Delia. No es

para menos, me digo desde esta perspectiva que concede la edad: Delia era consciente de la fugacidad de todo adjetivo, tanto en la prosa como en la existencia.

Hay que fijarse en cómo estructura Delia sus capítulos, dice el profesor. Cada uno con un título alusivo al universo campero, se organizan alrededor del mismo y, a la vez, este elemento resulta significativo. “Yegua”, titula Delia, y alude al deseo copioso de su heroína. “Galope”, titula, y alude a una montada en cuatro patas. Después titula “Riendas”, y es el turno de explicar quién maneja la situación. En cada caso, Delia juega con la ambigüedad que otorga el elemento apostando al doble sentido. A diferencia de tanta novela erótica traducida en España, Delia no abusa de términos como grupa, néctar, garañón y ariete. Prefiere emplear una prosa que, con economía de recursos, dosifica los excesos deportivos de toda descripción amoratoria. Mientras avanza en esas escenas, Delia semeja una colegiala aplicada con esmero a una composición. Cada uno de esos títulos responde a la nomenclatura de un territorio que es más subjetivo que geografía de lo pampeano. La inclusión del desierto, salta a la vista, expresa sin vacilaciones su deseo reprimido, la urgencia de vastedad.

Una característica del texto es su hibridez. Como los libros fundacionales de nuestra literatura, se define por la dificultad de ceñirse a un género. *La lengua del malón* es, como dije, una novela libertina construida por acumulación de estampas. Pero cada estampa funciona como un relato que puede leerse independiente, aunque referido siempre, como una tentación a la cual la autora no puede resistirse, a la misma parábola. La fantasía de Delia se desboca, se ramifica, pero el texto converge, caprichoso, hacia una ontología de lo reprimido atravesando esa frontera que es también la línea de fortines que separa la civilización de la barbarie. Al atravesar esa frontera, la zanja que mandó cavar la cristiandad para separarse de lo otro, *La lengua del malón* resignifica la zanja, y no se me escapa la polivalencia del término, al cargarla con un erotismo desaforado. En este aspecto, la obra de Delia también participa del ensayo.

El relato abre con la travesía de D y el Varoncito, junto con otras mujeres, camino a Fortín Carancho. Unos pocos carretes vigilados por unos jinetes escasos cruzan la pampa, ese océano. La marcha se hace lenta, sufrida. Aunque las pasajeras viajan balanceándose como en un barco desvencijado, están acostumbradas a durezas más terribles. Sin embargo, este destino no se parece en nada a lo que tienen sufrido. Hay una mulata uruguaya que supo atender una pulpería en los pagos de Merlo. También, dos hermanas andaluzas que dicen haber sido artistas del cuplé. Una paraguaya que carajea en guaraní contra sus huesos doloridos. Ni aun después de que le pasara por encima un centenar de reclutas, casi descoyuntándola, los huesos la tuvieron tan a

maltraer. Hay también una mocita napolitana que viaja hundida en sus pensamientos. Más tarde las otras comprobarán que es muda. Tres o cuatro chinas, con sus crías adormiladas, también se han acomodado a los codazos en los carretes. Desgreñadas, hediondas, sirven de consuelo al orgullo de las otras, aunque ese vía crucis las iguale a todas como mujeres ya de frontera.

En un alto del camino, mientras se refrescan en una aguada, D se acerca a las chinas para ofrecerles ayuda con la prole. Como ella, las chinas se han enganchado en este viaje con terneros al pie. A las chinas les asombra el parecido entre D y el Varoncito, a quien toman por su hermano. Cuando ella explica que el Varoncito es su hijo, que viajan a encontrarse con su marido y padre, el Capitán, el asombro de las chinas se vuelve respeto.

D mira a su alrededor, respira, huele. El sudor de la caballada se alquimiza con el perfume tibio de los pastizales. Un viento caliente agita la lona de los carretes y despeina al Varoncito. Sin darse mucha cuenta, D se ha alejado de la caravana, ebria de inmensidad. El viento, ese viento caliente que ya es presagio, la atrae y la envuelve. Ella es el viento. Apartada de los carretes y la caballada, como olvidada de sí misma, murmura casi en un rezo:

“Las armonías del viento
dicen más al pensamiento
que todo cuanto a porfía
la vana filosofía
pretende altiva enseñar.
Qué pincel podrá pintarlas
sin deslucir su belleza.
Qué lengua humana alabarlas”.

Una voz la obliga a volver en sí. Es el Varoncito. La caravana se apresta a reanudar la marcha. Queda todavía una jornada por delante. El calor calcina durante el día y el frío congela por las noches.

No hay mujeres en Fortín Carancho. Ese contingente responde a una ocurrencia del Capitán para impedir que la soldadesca deserte. Ninguna se espera con la suerte que les aguarda. Aquellas que, como las cupleteras, fabularon con extraer alguna ganancia de esta aventura, pronto empiezan a desilusionarse. Más les habría valido probar suerte en otra parte. Viajan todas calladas. Pronto habrán de sacudirse la modorra.

Un jinete vigía que cabalga adelantado a la caravana divisa una gran polvareda en el horizonte. Tira de las riendas el soldado. Clava los talones. Y, con el aviso de malón, vuelve a todo galope, hacia los carretes.

Un teniente manda apearse y distribuir los carretones como defensa. Un sargento ordena a los hombres que presten su uniforme a las mujeres. De este modo, la indiada pensará que son más los efectivos que protegen la caravana. En menos de lo que canta un gallo, D se encuentra en paños menores, poniéndose una casaca. Sus encantos, aun frente al peligro, no se le escapan a esos hombres que cargan las carabinas. Un cabo le entrega un revólver. Las chinas son las que agarran las armas con más habilidad. Un alférez controla las posiciones de defensa. Que no malgasten munición hasta tener a tiro a la indiada, ordena.

Hay que ver la descripción que Delia compone con el avance de la indiada, un tornado que va creciendo desde el horizonte, observa el profesor. Y da vuelta una hoja de la carpeta.

Encogida tras la rueda de un carretón, D abraza al Varoncito y amartilla el revólver.

Los aullidos y el galope están cada vez más cerca. D mira paralizada esos salvajes fusionados con sus caballos. Y siente que su corazón también galopa con esa manada de centauros.

Pichimán, oye maldecir a un milico.

Al oír este nombre, D cree haber sido la destinataria de una contraseña.

Pichimán es el joven capitanejo que, a la cabeza del malón, cabalga desafiando los tiros. Pichimán es invulnerable. Pichimán no se detiene aun cuando a sus costados caen derribados sus guerreros. D ve venir a Pichimán y sostiene el revólver con las dos manos. Apunta. Unos metros separan al indio y su tacuara de la mujer que se afirma para hacer puntería. La acción refleja no los cuerpos, la tensión de nervios y músculos, sino la mirada de D encontrándose con la mirada del indio.

Más tarde D habrá de preguntarse por qué en ese instante, teniéndolo a tiro, no gatilló, anticipa el profesor.

Pero, una vez más, aunque la tentación me invade, no quiero adelantarme a los hechos.

Al principio, con una obsesión por la acuarela que abandonará más tarde en función de las acciones, Delia se insinúa más preocupada por la pintura del ambiente, inquietud típica de ese género que llamamos novela histórica, como si toda novela no lo fuera. La indiada, se da cuenta D, no andaría robando ni carneando huincas si los pulperos no les compraran los cueros. Corresponde ahora una nota al pie, dice el profesor. Si la indiada se volvió hostil, se debe a que aprendió los manejos de los conquistadores. Los almaceneros le contagiaron sus argucias, las tretas del comercio y la especulación. Los militares, a su vez, le enseñaron la ferocidad, la tortura.

D se va enterando de las penurias de esta vida en el desierto. Un pastizal quemado. Un robo de reses. Una patrulla emboscada. Cenizas en el viento. Las descripciones de la vida en el fortín, se advierte, provienen de una bibliografía sobre

la conquista del desierto que Delia consulta y emplea según la trama se lo pide. Delia se documenta en crónicas, testimonios, diarios de campaña, volúmenes diversos del Círculo de Oficiales. Al rato de entrar en su narración nos damos cuenta de que su interés narrativo se ha apoyado en lo documental simplemente como pivote para la imaginación. Pasadas las primeras páginas, abandona la fidelidad hacia el documento. Como a su heroína, al internarse en el desierto, la gana el atractivo de lo desconocido. Y al dejar atrás el documento, Delia experimenta el vértigo de la fantasía y su poder.

Es improbable que haya leído “El deseo de ser indio” de Kafka: “Ah, si se pudiera ser un indio, siempre alerta, cabalgando sobre un caballo veloz, a través del viento, constantemente sacudido sobre la tierra estremecida, hasta arrojar las espuelas, porque no hacen ya falta espuelas, hasta arrojar las riendas, porque no hacen falta ya las riendas, y no se ve más que el campo frente a sí, una pradera rasa, una extensión pelada, ya sin las crines ni la cabeza del caballo”.

Según Walter Benjamin, Kafka escribió ese deseo de ser indio hacia el año diez, en una época de gran tristeza. Kafka, sabemos, nombra a sus héroes, que son siempre el mismo, con una inicial, siempre la misma. Kafka se dirige a sí mismo con el susurro de esa inicial. Le basta una letra para conjugar toda la pena del mundo. Por qué no pensar entonces que, en otra geografía, en otro tiempo, Delia realiza un procedimiento similar.

Delia fija el fortín en una avanzada. Los recursos para la tropa hambrienta y mal entrazada tardan en arribar desde Buenos Aires, la ciudad puerto, hasta la frontera. Cuando, después de meses, un turco custodiado por unos pocos jinetes uniformados con harapos se arrima a Fortín Carancho con la paga, esos sueldos que de golpe parecen una fortuna apenas si le alcanzan al pobre milico para pagar lo que adeuda en la pulpería. Con unos patacones miserables deberá el milico aprovisionarse de un jabón, tabaco y aguardiente.

D se sabe extranjera y calcula que seguirá siéndolo por más que se esfuerce en acostumbrarse a las miserias cotidianas del fortín. Del mismo modo que Delia denomina al cónyuge de su heroína por su jerarquía militar, otorgándole una categoría emblemática, y al referirse al hijo lo llama siempre el Varoncito, voy ahora a detenerme un instante en el nombre del fortín.

El carancho es un ave de rapiña, de la familia de los falcónidos. Tiene el pico alargado y el torso alto. Se alimenta de insectos y pequeños roedores. Por otro lado, Caran D’Hache es el seudónimo de Emmanuel Poiré, un dibujante francés, precursor del comic, que murió a comienzos del siglo pasado. Sus ilustraciones circularon, muchas veces sin firma, en distintas revistas de nuestro país. Dos intenciones de Delia entonces: a) definir un espacio militar con el nombre de un pajarraco, y b) aludir a un género menor, periférico de la alta cultura.

No digo que Delia fuera consciente de su apuesta literaria. Digo, simple y llanamente que, si bien ella podía no tener en cuenta los elementos que empleaba en su creación literaria, éstos se distribuyen a lo largo y a lo ancho de estos originales expandiendo su polisemia.

Si de polisemia se trata, Delia tampoco pudo suponer que su escritura permanecería más de medio siglo cautiva. Y que, a su vez, sometería a alguien al cautiverio. Porque yo, que fui su guardián, también soy su cautivo.

La primera creación literaria de esta tierra, a comienzos del mil seiscientos, la historia de Lucía Miranda raptada por el cacique Siripo, es el relato de una cautiva escrito por un conquistador, Ruy Díaz de Guzmán. Un mito que lograría, siglos más tarde, su representación teatral convirtiendo a la heroína en una charlatana de feria con atributos románticos. Convengamos entonces, propone terminante el profesor, que nuestra historia literaria se inaugura con un secuestro. Y, a la vez, con un escamoteo de la verdad. El secuestro es, en realidad, la práctica de los conquistadores. Desde Hernán Cortes secuestrando a Moctezuma, esta práctica pareciera nuestra más pura y auténtica herencia cultural de la madre patria.

La Argentina manuscrita, así se llamó la crónica de Ruy Díaz de Guzmán. El texto deambula a través de copias y recién acredita valor para la imprenta dos siglos más tarde. El mito recobra vigor con el unitario Echeverría. Su cautiva es una mártir desgredada que, empuñando un cuchillo, se mueve agazapada entre las cortaderas, queriendo salvar a su enamorado prisionero. Además de improbable, difícil de creer la aventura de esta cautiva huidiza, desafiando tanto el peligro como las fuerzas de esa naturaleza salvaje con tal de salvar a su partenaire rubio.

Escrita a contrapelo del tópico de la cautiva, lo que sugiere *La lengua del malón* es una lectura distinta del mito. Minga de rescate rubio. No cabe duda de que, para Delia, la belleza criolla, escribir esto era un alboroto de sus sentimientos. Y Lía, al estimularla, tenía plena conciencia de aquello que Delia estaba viviendo. Porque Delia vivía cada una de las palabras que escribía. Delia es esa letra que se esfuerza, contenida, en una caligrafía prolija, temerosa de lo que experimenta cada vez que empuña la lapicera. Y lo mismo le ocurre cada vez que martilla la máquina de escribir. La lapicera es un arma blanca. La máquina es un arma de fuego.

A quiénes estoy matando, le preguntó Delia a Lía.

Lía le contestó:

Por qué no te preguntás a quién estás pariendo.

Todos estos años, guardián y cautivo de esta escritura, ahora me impongo liberarla, liberarme. Pero entonces qué.

Qué me queda, qué quedará de mí.

Hacerme cargo de que estas palabras que fueron, en un sueño, mías, ya nunca

volverán a serlo.

Comprobar que la letra, si una ventaja tiene sobre la sangre, es que no coagula. La letra no cicatriza.

Ay, Delia, se permite aflojar el profesor.

Ay, Delia.

Por qué yo.

Después de esta noche, cuando esta carpeta se divulgue, ya no seré el mismo.

Estoy dispuesto.

Se dice que para los suicidas no hay peor hora que la del atardecer, con esa melancolía que todo lo apaga, oscureciendo el cielo como para siempre. Sin embargo, el gauchaje no se inclina, por más que la melancolía oprima, a quitarse la vida. En parte porque el suicidio se reputa como una flaqueza indigna en quienes están acostumbrados a no retroceder frente al peligro. Y en parte también porque el gauchaje, supersticioso y creyente, califica el suicidio como un descarrío moral. En esa superstición criolla hay que considerar la luz mala. Al suicida le están vedados el responso de un cura y la tumba en el camposanto. Su destino es la vagancia en la soledad nocturna de la intemperie.

Para la milicada de los fortines, la angustia no viene con la caída de la tarde sino con el amanecer: la amenaza de malón. El cielo se ensangrenta y parece anunciar, en vez de un día nuevo, el último. Para D, en cambio, no hay infierno como la siesta, ese tiempo que se detiene y, amodorrándolo todo, se presta para los pensamientos inconfesables.

Si hubiera al menos un curita en Fortín Carancho, piensa D. Pero, de haber un curita cerca, quién sabe si D se animaría a contar las imágenes que se le cruzan por la cabeza, imágenes en las que ella se entrega a placeres que le avergonzaría nombrar, si es que tienen nombre.

En la siesta, apenas baja los párpados, D siente que esas imágenes estaban esperándola. El malón venciendo la resistencia de los soldados y alzándose con las mujeres. Todas ellas, después, desnudas, revolcándose en una tienda. Las cupleteras aplaudiendo a la mulata que se enreda lasciva con la mudita napolitana. La paraguaya, enredándola con sus caricias, no se queda atrás. Alguna de las chinas la empuja para integrarla en esa orgía.

En la civilización, D no se habría atrevido a sumarse a esta celebración del amor sáfico. Pero aquí se siente a gusto en este vértigo que le inaugura un goce animal. Cuanto más la incitan esos cuerpos femeninos sudorosos, más goza D el aquellarre, lanzando espuma caliente de las entrañas. Es en esta parte del sueño cuando entra en escena Pichimán, sonriendo lascivo, dispuesto a poseerla con el ímpetu de un fauno.

Cuando despierta, a su lado tiene al Varoncito, que duerme como un ángel.

Una buena esposa no debe soñar estas cosas, se persigna D.

Y menos una madre.

D quiere rezar, sus labios silabeaban el credo, pero sus pensamientos están desatados y no consigue alejarse de los remezones del sueño que parecen continuar en la atmósfera silenciosa de Fortín Carancho.

En qué lengua contar lo que imagino, se pregunta D. No en la lengua de los cristianos, se dice.

Uno y otro día, a la hora de la siesta, D intenta en vano un sueño vacío de esas imágenes. La carga del malón, los aullidos, el galope desaforado, las lanzas. Cuando D se acuerda del ataque de la indiada a los carretones, en su memoria no pesa tanto el temblor del Varoncito a su lado como esa energía fulminante que une, como una baba incandescente, sus pupilas con las del salvaje.

Por qué no le habré disparado, se pregunta D.

Y, en lugar del credo, suben a su boca estos versos:

“Dónde va. De dónde viene.

De qué gozo proviene.

Por qué grita, corre, vuela,
clavando al bruto la espuela,
sin mirar alrededor”.

D aparta al Varoncito de su lado. Tiene ganas de llorar, pero también de tocarse. Y con lágrimas, se toca murmurando:

Pichimán.

Siempre, al cerrar los ojos, vuelve el miedo. Por un instante, D se da cuenta de lo que ese miedo tiene de atroz. Sabe que, si cierra los ojos, las criaturas del sueño la vigilan. Para no sentirse vigilada debe permanecer despierta. Pero, después del placer, una flojera le gana el cuerpo y hace que sus párpados caigan pesados como telones. Después del éxtasis, se va hundiendo en un sueño que anega el deseo y su culpa. A su lado, el Varoncito duerme.

El Capitán le tiene prohibido subir al mangrullo.

Dónde se ha visto que una mujer suba, la increpó.

El cielo, le contestó ella. Quiero verlo de más cerca.

El desierto es el silencio. Y el silencio es el viento. El viento de la frontera. En el silencio D cree escuchar el grito del salvaje, pero también el suyo, alarido de orgasmo, de herida y de placer, que ensordece todo recato, que intimida y libera.

Pero el Capitán no la deja subir de nuevo al mangrullo.

No, no es un grito. Es el viento.

Tiene razón el Capitán, piensa D. Si volviera a subirme, gritaría ese nombre.

Delia narra una sola cópula entre D y el Capitán. Es de madrugada, cuenta el profesor mientras busca en la carpeta. El fortín está sumido en la quietud que precede la aurora.

En la cama matrimonial, apretando los párpados, D murmura:

Pichimán, como en un conjuro. Pichimán.

Cálmese, mujer, la palmea el Capitán, tratándola como a un tagarna. Es una pesadilla, joder.

D abre los ojos, cuenta el profesor. Hasta ahora, en el lecho conyugal, ha sido siempre el hombre quien toma la iniciativa. Pero esta madrugada es D la que avanza con la boca, las caricias. El Capitán no está acostumbrado a semejante vehemencia, más propia de una ramera que de una mujer decente. Pero la carne es débil.

D pretende dilatar el coito, extraer el máximo de goce.

Tenés la fiebre, le dice el Capitán.

Y, frustrándola, abandona el lecho.

Enconado, se calza las botas, la casaca y un poncho. Prefiere hacer una ronda antes que satisfacer a su mujer:

Que no se diga, masculla.

D, avergonzada, junta los muslos, se cobija. Da vueltas en la cama sin conciliar el sueño.

Entonces, desde afuera, le llegan las voces de alarma. Órdenes, carreras, el sonido metálico de las armas, chillidos de mujeres. El Varoncito corre a refugiarse en sus brazos.

Lo sabemos, dice el profesor. La fiebre que padece D no es la fiebre que le supone el Capitán. Su fiebre no es esa dolencia inventada por el machismo positivista. Su fiebre es otra. De lo que se deduce que el rapto, como veremos a continuación, no sólo es el secuestro que llevará a cabo Pichimán en el capítulo siguiente, durante un nuevo ataque del malón. El rapto es también el de la inspiración que ataca a Delia al escribir su texto. Y este rapto, el de la inspiración, también se inscribe dentro de un cautiverio: el que Lía ejerce sobre Delia.

El cautiverio, como leitmotiv, nos permite enfocar, además de la obra, a los personajes vivientes que conocimos a Delia. Lía, cautiva del deseo que le despierta su amada, la induce a esa escritura: despierta su inspiración. Y, a su vez, deviene cautiva por la ficción de Delia.

Por lo general, Delia escribe con una pluma fuente. Sólo después de revisar el

capítulo terminado emplea la máquina de escribir. A medida que avanza en su historia, Delia siente una compulsión cada vez mayor hacia la pluma fuente. Esta corriente que le exige escribir es la misma que el indio despierta en su heroína. Al respecto, Delia escribe todo un capítulo, titulado “La pluma del indio”. Como suele sucederle, una vez pasado a máquina, Delia vuelve sobre el texto y lo puebla de tachaduras, correcciones, notas laterales. El juego de palabras, acepta Delia, no es ningún juego.

A medida que esta fuerza ha ido ganándola, ya no respeta un horario fijo, las mañanas, para escribir. Cuando no puede contenerse, se sienta en una plaza, en una confitería, o busca el primer mostrador a su alcance, sea el de una lechería, de un correo o una sucursal de banco.

El lugar en que escribe también influye. Si Delia escribe en una plaza, el aire libre le inspira una ilusión de tierra adentro. Si el ambiente es el de una confitería, las cortinas y los manteles le sugieren un espejismo de alcoba. El mostrador de mármol de una lechería le irradia la frialdad para corregir, el de un correo le suministra la perspectiva para juzgar la distancia entre el paisaje civilizado y el destino remoto del último puesto de frontera. Cuando, un mediodía, entró a escribir en una sucursal del Banco Nación, después nos comentó:

Escribir es gratis.

Lía, queriendo atenuar el sarcasmo, le avisó:

Guarda, que todo contento se paga, querida mía. Y agregó: En especial, lo que más nos gusta.

Si cuando empezó a escribir su ficción, Delia pensaba que su escritura era una forma de consagrarse en silencio a su amor por Lía, cuando la escritura fue adquiriendo independencia, escribir ya no era escribirle a Lía. Ahora, escribir era escribirse.

Precisás un cuarto propio, le dije yo una vez. No podés andar por ahí como corresponsal de tu inspiración.

Mi cuarto propio soy yo, me contestó.

Los textos consagrados de nuestra historia, la política y la literaria, como si una y otra no fueran la misma, son textos machos. Textos milicos, digamos. Se me dirá: la nación se estaba forjando. Hacía falta cabalgar sable en mano y a degüello. Los grandes textos poronga. Lo que escribe Delia se opone a la tradición fundadora.

Se me dirá que el tono que adopto para referirme a la historia de estas pobrecitas tortis y de este texto es panfletario. Todo lo que tenía para perder, lo perdí o me fue arrancado. Lo que me queda y no resigno es este tono. Acaso hay otro tono posible para las víctimas.

Y ahora quiero referirme a la belleza de las víctimas. Que no se traduzca mi pensamiento como elogio del masoquismo. Lía y Delia son bellas en su modo de

arrojarse en brazos de un amor prohibido, una pasión que violenta el sexo reglamentado para las mujeres de la gran aldea. No se trata acá del cruce entre Montescos y Capuletos locales, unitarios y federales. El frenesí que arrolla a estas dos mujeres supera las convenciones del bolero. No se trata tampoco de belleza física: la dama criolla y la joven judía, dos paradigmas estéticos. Lo que realza la hermosura de su pasión no es la vestimenta, la prestancia de un calce, la caída de un escote, un rouge corrido, sino aquello que no se dice, lo que se calla.

Más tarde, como se diría en una novela, tiempo después, una tardecita en el Tigre, después de una siesta tórrida, las dos boca arriba en el colchón, desnudas y empapadas, refiriéndose a aquel primer beso de lengua en la plaza, Delia habría de confesarle a su amada:

Yo temblaba como una bendita.

Como una maldita, la corrigió Lía matando un mosquito. Porque desde ese beso, le dijo, estás maldita. Para siempre.

Delia lo sugiere todo el tiempo: la pampa es un concepto íntimo que excede, en su vastedad, la noción chica del mundo que tienen sus habitantes. Es más: lo que Delia dice es que hay que ser de afuera para comprender esta idea de vastedad.

Como ya dije, cada título en *La lengua del malón* tiene una connotación erótica: “Boleadoras”, “Lanza”, “Grito”, “Carne”, “Polvo”, “Aguardiente”, “Viento”, “Horizonte”, “Cimarrón”, “Petro”. Delia no es ajena a lo que hay de provocación en su texto. Y lo explota. En “Boleadoras”, por ejemplo, describe con una obsesión de entomóloga los testículos del indio comparándolos con los de su esposo, el Capitán.

Veamos. Delia establece un parangón entre los testículos del indio, a la intemperie, acostumbrados al contacto con el caballo, al montar en pelo, con los testículos abrigados en calzón y pantalones del uniformado. Los testículos del indio, apunta Delia, tienen una rudeza superior. Hay fuego en esos testículos, observa.

Delia desconfiaba de otra lectura que no fuera la de su amiga. Si recurrimos a la genética textual, como se le dice ahora, comprobaremos que, hasta encontrarse con Lía, su concepción de la literatura era bastante ingenua. A decir verdad, de no haber sido por Lía, ella no habría pasado de la publicación de algún soneto vagamente melancólico en un rotograbado y de unos cuentos en un volumen para sus amistades. Fue la irrupción de Lía en su vida lo que cambió su weltanschauung. El hallazgo imprevisto del amor sáfico, toda una diferencia a lo que estaba acostumbrada, fue trueno y relámpago. Lía, como digo, la alentaba a escribir ahora ese libro que, en trance, daba a luz.

Quién si no Lía podía comprenderla en esa búsqueda que no era sólo literaria. Con seguridad, ninguno de los que integraban el séquito de Victoria. Y mucho menos, la mandamás de high class. Además, a Victoria, una salvajada como *La lengua del malón* le habría causado urticaria. Porque Delia, al investigar la atracción de lo

salvaje, lo que plantea es la represión de la sexualidad civilizada, una barbarie encubierta.

Lía me contó por entonces lo que experimentaba Delia con la escritura. Le producía taquicardia y terror esa escritura fuera de sí. Muchas veces, me contó Lía, Delia pensó en consultar un psiquiatra.

Lo tuyo no se arregla ni con electroshocks ni con pastillas para dormir, le dijo Lía. No sos vos la enferma. Son los otros.

Pero le daba goce también, y lo explico ahora:

El goce de lo crudo. Porque Delia no elige las palabras. Son esas palabras crudas las que la eligen a ella. Esas palabras que, para los mandarines vernáculos, eran procaces, soeces, bastardas. Para comprobarlo alcanza una descripción, esa que Delia hace de su heroína, las ancas lllagadas de montar en pelo, el disfrute enajenante de ese dolor.

Debe haber sido por esa época. Un atardecer, veníamos caminando con Lía por Avenida de Mayo cuando divisamos a Delia, a lo lejos, viniendo en nuestra dirección.

Se había cortado el pelo a la garçon, traía un tapado marroncito oscuro y unos zapatos de taco bajo. Bajo el brazo llevaba una carpeta celeste, esta misma, todavía incompleta. Quizás hacía unas semanas que no nos veíamos. Me llamó la atención su flacura atormentada. Mientras Delia se nos acercaba, Lía comentó:

Mirá vos, una sombra doliente.

Entonces me reí.

Hoy me arrepiento.

El origen de Delia se remonta a la Patagonia, a Cañadón Huelche. La estancia, que va a ocupar otra de mis digresiones, estaba lejos del fortín, a tantas leguas del fortín como de la mano de Dios.

Estoy hablando de fines de otro siglo, antes del Centenario. Por esa época los estancieros aún ofrecían recompensa por cada indio muerto. Era frecuente que los cazadores de indios se aparecieran por las estancias trayendo una bolsa con los testículos de sus presas. Un par de huevos, un infiel menos.

Pero aun así la indiada se aventuraba cada tanto hasta el casco de la estancia. Cuando los patrones y la peonada maliciaban la venida de los indios, se encerraban en el sótano. Bajo tierra se reproducía la construcción. Al bajar, daba la impresión de que ese subsuelo se prolongaba más allá del perímetro de los cimientos. Había túneles, pasadizos. Podía oírse el eco de los propios movimientos perdiéndose en los confines de una oscuridad que aterraba.

No hacía tantos años que había terminado la conquista del desierto. Sin embargo, indios sobrevivientes de distintas tribus se habían juntado para asolar las estancias. Al advertir la cercanía de la indiada, y antes de encerrarse en el sótano, hombres, mujeres y chicos disponían fuera del casco pan, galleta, tabaco y aguardiente.

Después trababan puertas y ventanas, bajaban al subsuelo y esperaban, los hombres con rifles y revólveres cargados y listos para tirar, las mujeres abrazando sus crías, contando cada segundo. En la profundidad apenas iluminada por una vela, las siluetas alertas se confundían. Ya podía oírse el ruido de la indiada: galope, gritos y relinchos.

Esta escena se repetía un par de veces al año. Si los propietarios de la estancia no disparaban al acercarse la indiada, se debía a su inferioridad numérica. Una vez agotadas las municiones, cuando la lucha derivara en un cuerpo a cuerpo, no resistirían demasiado. La indiada tampoco se atrevía a malonear como antes, cargando con lanzas y boleadoras sobre los cristianos, arrasando cuanta vida humana encontrara bajo las patas de sus caballos. De atacar la estancia, los indios sabían que, tarde o temprano, el ejército cargaría otra vez sobre ellos en una expedición de exterminio. De modo que esta escena, la indiada acechante y el susto de los huincas, era para ambos la representación teatral de un pasado de épica recíproca.

La indiada sabía anunciar su llegada, dando tiempo a la estancia para dejar bajo la galería ese tributo tácito. Por lo general, la carga sobre la estancia tenía lugar antes del mediodía. Se marchaban como habían venido, en una nube de aullidos y corcoveos. Y después de cuatrerear algunas cabezas, se esfumaban por un tiempo largo.

Cuando el peligro había pasado, los cristianos subían con las armas amartilladas para acribillar a aquel indio que hubiera quedado, borracho y tambaleante, vagando por los alrededores. Las mujeres, todavía escondidas, sentían que el alma les titubeaba en volver al cuerpo.

Fue en una de estas excursiones de la indiada, la última, según le contó Delia a Lía, que en un rincón de la galería los cristianos encontraron, envuelta en un poncho, una criatura de meses. A las mujeres les llamó la atención que la criatura no llorase.

La llamaron Pichi, contaba Delia. Mientras estuvo a cargo de unos puesteros. Después, cuando los patrones la vieron crecer y decidieron adoptarla, fue Milagro.

Milagro mereció una institutriz inglesa, traída desde Southampton al fin del mundo. Aprendió perfectamente el francés, además de dominar el inglés. No le fueron ajenos ni el lujo ni los viajes. El patrón no tenía descendencia. Su mujer, una vasca enfermiza, se consumía entre fiebres y toses. Pudo haber un escándalo cuando el patrón, durante uno de sus viajes largos a París, embarazó a Milagro. Pero la moral y las buenas costumbres pudieron más. La parturienta murió después de dar a luz una nena.

Y ésa fue mi madre, dijo Delia.

Me parece oportuno aclararlo: Delia no provenía de un ambiente de intelectuales ricos donde ciertas transgresiones, si bien protegidas por el poder del dinero, son toleradas como divertimentos a la Bloomsbury. Provenía de una familia

terrateniente, sí, pero las ovejas de la estancia ya no daban para institutrices británicas. Apenas cumplidos los veinte, había contraído enlace con un marino que conoció en un ágape naval en la base de Puerto Belgrano. Cuando Delia se embarazó, el matrimonio residía en Olivos. Y el vástago, como correspondía, fue inscripto en un colegio inglés hasta que tuviera edad para entrar en el Liceo Naval. Si el qué dirán preocupaba a Delia, no era por las consecuencias que pudiera proyectar sobre la carrera de su marido. Por quien temía era por su hijo, ese hijo que tenía reservado un destino de fragatas.

Si bien es cierto que, más tarde, Delia se decidiría a escapar con Lía a París, no lo es menos que tomar esa determinación les costó a las dos conversaciones largas, hirientes las más de las veces. Según Lía, si Delia quería que Martín fuera distinto del padre, esa huida a París le señalaría otras alternativas de existencia. Por amor al nene, ahora debía renunciar a él.

Pero falta todavía para que Delia adopte esta determinación. Estamos recién en los preliminares del conocimiento entre ambas.

Vos vieras lo que es el pibito, me comentó Lía unas semanas después de iniciado el romance. Que Delia le hubiera presentado a su hijo cuando Lía aún no me había presentado a la madre, a mí me daba pica. Casi tanta pica como que mi amiga del alma estuviera viviendo ese apasionado romance mientras yo continuaba mortificado por los devaneos de ese preceptor del colegio que vacilaba entre su novia y el amor que no se puede nombrar. El muchacho, como ya dije antes, me sometía a un desplante tras otro y yo procuraba anestesiar las heridas con el fisicoculturista cincuentón de San Fernando. Cuando sufrimos por amor la dicha de los otros, aun incompleta, lo vuelve a uno escéptico y rencoroso.

Delia le presentó el nene en Harrod's. Las dos habían quedado en tomar el té. Lía nunca imaginó que Delia fuera capaz de semejante acto de arrojo, venirse con el hijo.

Te juro, Gómez, me contó después, que durante unos minutos tuve un estremecimiento. Me sentí impura. Me sentí impune. Delia se estaba jugando algo más que el honor de su marido capitán, algo más que su propia posición social.

Con una ternura inaudita, agregó:

Ese nene tan juicioso, tendiéndome la mano, un caballerito.

Le traje lo que estoy empezando a escribir, dijo Delia, con una sonrisa amable, apelando al usted para disimular frente al chico. Puso sobre la mesa una carpeta celeste. Espero que le agrade.

La presencia de ese chico era un mensaje, Gómez, me dijo Lía.

Delia le estaba demostrando que comprometía algo más que el mero deseo en esa historia. Pero yo me pregunté qué le pasaría al chico, cuando hombre, recordara que su madre lo llevaba como testigo al encuentro con su amante.

El chico vestía como un hombrecito, me contó Lía. Había en él un aire que

remitía a su padre, el marino, y esta impresión no provenía únicamente de su uniforme verde y gris de colegio inglés. Rubio, pecoso, con unos modales educadísimos, el chico llamaba la atención por su compostura. Si en los rasgos se parecía al padre, en la firmeza interior era la madre.

Y vos, le preguntó Lía. Qué leés.

Sir Walter Scott, le contestó Martín con una seriedad que le quedaba grande.

Lía se preguntó cómo sería esa voz cuando adulta. Pudo imaginarla profiriendo órdenes marciales, impertérrita, pero también desaforada, puteando contra el destino que le había sido trazado. Prefirió no dejarse llevar por vaticinios. En cambio, le dijo al chico:

Tendrías que leer *Hombrecitos*.

Delia la miró con un reproche:

Después conversamos de las lecturas de Martín, le dijo. Ahora hablemos de lo nuestro.

Cuando Delia narra al malón, el griterío se impone al galope.

Algún músico de vanguardia, uno de esos de laboratorio, podría pensar en componer una partitura trágica para gargantas y percusión. Pero aun cuando lograra reproducir en mucho el efecto del malón, esa partitura y su ejecución no alcanzarían a transmitir el sonido exacto de esa música que intimida y paraliza. Delia se pregunta por qué en esa tierra delimitada por los fortines no se oye esa voz sin letra que es también la de la cópula. Y atisba una respuesta: la conquista española, lo católico. El silencio del desierto es también un silencio de iglesia, un silencio de rezo. Los blancos copulan como si rogaran. El indio, en tanto, puede lanzar contra el infinito y la eternidad esa expresión que es a la vez insulto y éxtasis.

Es el amanecer. Bajo un cielo rojo, el malón ataca. Y D advierte que toda su vida estuvo aguardando este instante. Ya conoce las detonaciones de las armas de fuego, las voces de mando de los militares, el cotorreo asustado de las mujeres y el llanto de los chicos. El olor acre de la pólvora, el retumbe de un portón, la estampida de unos caballos, el estruendo del combate. Algunas mujeres ayudan a cargar las armas. La indiada traspasa la defensa. Están los que atacan a los hombres y también los que, aprovechando su distracción, ensartan con sus lanzas a los chicos, levantándolos para que mueran en el aire. Las viejas y las feas también son sacrificadas. D camina sonámbula por ese patio en el que se entreveran, a tiros y sablazos, los militares y las tacuaras del enemigo.

D se pregunta si es esto, finalmente, lo que ha soñado como huida de un destino de conyugalidad beata, facsímil de la obediencia debida. Un brazo la levanta de la tierra. D apenas se resiste.

El indio la encarama con destreza contra el cogote del caballo. En el tironeo, que

es rabioso y corto, a D se le desgarró el vestido. Delia describe los senos descubiertos, de un blanco lechoso, los pezones duros.

Pichimán aúlla. La cautiva no puede descifrar la lengua en que aúlla el indio. Se aferra a las crines del caballo. Siente contra sus brazos el cuello húmedo y lustroso del animal. Lo hace para no caer pero también aceptando ser ese grito que le surge de las entrañas, chorreándole entre las piernas. El caballo que montan indio y cautiva galopa contra el viento. Fortín Carancho y el pandemonium ensordecedor del combate quedan atrás.

Para siempre, escribe Delia.

La casita en el Tigre la alquilé en esos meses del verano del 54, se acuerda el profesor Gómez. Es cierto que el delta era una espesura propicia como tapadera de malandras, contrabandistas, trolos y perseguidos de variada índole. Al recluirme en el Tigre no me fugaba tanto de la metrópoli como de mí mismo. A menudo mi existencia era un dilapidar las horas y el pensamiento. Ya lo dije: me tenía a maltraer ese ingrato preceptor del colegio y los fines de semana terminaba refugiándome en la compañía del fisicoculturista de San Fernando. Un domingo a la noche, mientras hipaba de llanto mordiendo una almohada en compañía del cincuentón, me dije que no podía más. El cincuentón me hizo unas friegas, logró calmarme. Con más cansancio que hartazgo, masajeándome, me preguntó si no se me había ocurrido nunca afirmar mi carácter enfrentando algún obstáculo físico que exigiera todo mi ser.

Fue una temporada rústica, hundido en la naturaleza, valiéndome por mis propios recursos. Curtiría mi indolencia librando un combate privado contra la voluptuosidad. No digo que me las tirase de Quiroga, pensando que en la selva se me iba a descubrir una esencia mía que ignoraba. Pero había bastante de empacho naturista en mi búsqueda. Así que aproveché las vacaciones largas de la docencia para llevar a cabo mi plan.

La casita en el Tigre era una construcción de madera sobre unos pilotes a la orilla de un arroyo que se parecía a un zanjón. A unos cien metros el agua casi estancada desembocaba en el Carcarañá. La alquilé por unos pocos pesos. Si obtuve una rebaja se debió, por supuesto, a la precariedad de la vivienda. Tuve que darle una mano de pintura, poner alambre tejido en puertas y ventanas, arreglar el motor de la bomba de agua, asegurar las maderas del muelle, reparar un bote desfondado. Los arreglos me llevaban el día entero. Con las primeras sombras de la noche me derrumbaba sin fuerzas, las manos lastimadas. El silencio de la noche se iba fundiendo despacio con la respiración de la selva. Desde el zumbido de los insectos hasta el chistar de las lechuzas, la selva en que me había enterrado resucitaba con la oscuridad. Un golpe de brisa agitaba el ramaje y, si se avecinaba una tormenta, el murmullo de la vegetación

iba aumentando hasta convertirse en un matracar ensordecedor de chicharras. Permanecía con los ojos abiertos, abombado. Había también, las más, noches de una quietud soporífera en que recordaba mi vida entera, desde mi nacimiento hasta este presente alucinado en que estaba arriesgando la cordura.

Durante unas semanas interminables me fijé también no probar una gota de alcohol. Se me había ocurrido que, si apartaba la botella, también podría dominar el deseo. Estaba dispuesto a frenar todo reclamo genital. Debí pensar que no resistiría demasiado con ese programa de mortificación de la carne.

Una mañana me desperté y el silencio era compacto. Apenas se oía un rumor de agua, leve, casi imperceptible. Me habían advertido sobre las crecidas. Cuando salí al alero, el agua era un espejo que rodeaba la casita. Durante la noche, la corriente había arrancado el bote del muelle. Aquella mañana, desnudo, solo, me pareció que por fin había alcanzado un estado original del cual no se regresaba. De modo que esto era lo que había buscado: desnudez y soledad. Entré en la casa, prendí el primus y, al rato, allí estaba, en pelotas y reducido a mi pequeñez, cebándome unos mates en la galería con la parsimonia de quien tuvo, a pesar de los mosquitos, un satori.

Un sábado caluroso, Lía bajó de la lancha colectiva en el muelle. Traía un bolso y un entusiasmo de vacaciones. Inspeccionó la casa y después merodeó alrededor.

Lo tuyo es un disparate, dijo. Venirte a un escenario lujurioso para probarte que sos más fuerte que tu deseo. A vos, Gómez, lo que te hace falta es un amorcito.

Como les pasa a los enamorados, Lía me quería sacar conversación para hablar de sí misma. Y hablar de sí era hablar de Delia. No llevaba un mes instalado en la isla y, sin embargo, ese mundo urbano del que me hablaba Lía ya se me antojaba remoto.

Además, dijo ella, no sabés cómo escribe.

Además, dije escéptico.

Tenía derecho a dudar de las cualidades literarias de Delia. La literatura suele ser droga pesada en una historia de amor. Y deja secuelas, las peores. Ya bastante hay de fábula en toda historia de amor para, encima, sumarle más ficción. Empecé a discutirle a Lía su condición de crítica de aquello que escribía Delia.

Estábamos sentados bajo el alero. Fumábamos. Nuestra conversación era sosegada, íntima, en ese atardecer de calor agobiante y quietud. El río transcurría calmo. Y era esta atmósfera de tranquilidad lo que predisponía nuestro humor hacia una charla apacible.

Si no me creés, dijo Lía, pegale una leída a estas hojas.

Fue la primera vez que vi esta carpeta celeste. No le presté el interés que merecía. No la abrí siquiera. Me distrajo un bote que bajaba por el arroyo. Apenas oí el chapoteo de los remos en el agua levanté los ojos de la carpeta.

Estoy evocando la primera vez que tuve en mis manos este original y esa primera

vez está unida al recuerdo de Cirilo, un muchachito isleño.

Lía siguió mi mirada hacia el botero. El torso lampiño y sudoroso del muchacho, sus músculos endurecidos en el remar, la reverberancia del último sol en las olas, el chapoteo del bote avanzando lento.

No era la primera vez que yo campaneaba a Cirilo. Sabía que el muchacho, un efebo rústico, habitaba río arriba. Lo había visto pasar remando algunas veces. Cambiábamos uno de esos saludos típicos de vecinos. Al pasar, Cirilo me decía: Buenas. Yo levantaba un brazo, contestándole también: Buenas. Si en todas esas veces me había empecinado en no fijarme mucho en él, se debió a la modelación del carácter que me había propuesto.

Pero ahora que Lía observaba a Cirilo, se sonreía volviéndose hacia mí. Callada, decía más que con cualquier agudeza suya.

Después de pensar bastante en los peligros de mi flojedad, otra tarde me animé a llamar a Cirilo y arrimarlo a mi muelle. Resultó más sencillo de lo previsto. Bastó otra seña. El corazón me retumbó de contento. Me dije que el muchacho también había estado esperando.

Del Tigre se contaban historias terribles. Había oído unas cuantas que debían servirme de precaución. Pasiones desaforadas que concluían atroces. Que un cadáver flotara en el río entre camalotes y víboras no asombraba a nadie. Si yo había elegido el delta como espacio de confinamiento, era porque me proponía apaciguar, como dije, mis exigencias del bajo vientre. Pero, estaba visto, tal como lo había notado Lía al divisar a Cirilo, que no me iba a salir así nomás.

Vuelvo a ver a Cirilo, parado en el muelle, el pecho al aire, descalzo, cubierto sólo por un pantalón roto y mugriento. Vuelvo a verme rozando con la yema de mis dedos su cuello transpirado. Mis dedos descienden hacia su tetilla. Lo pellizco apenas. Cirilo no se inmuta. Gira la cara a un lado. Después toma la delantera, cruza el muelle y camina hacia la casa. Antes de entrar en la sombra, con una sonrisa que no alcanza a completar, me pregunta si tengo cigarrillos. Cuando se lo enciendo, fuma disfrutando. Tarda en expulsar el humo. Después se desprende el pantalón.

Unos pesos, patroncito, me aclara.

A menudo me he preguntado qué utilidad puede tener un diario. Por entonces cavilaba al anotar cada día en un cuaderno el debe y el haber de una personalidad que aspira a una supuesta perfección. En mi caso había más debe que haber. Cuando me parecía que avanzaba en mi purificación, creyendo de modo prematuro que ya estaba cerca de transformarme en un yogui criollo, irrumpía, con una fuerza contenida, ese islerito.

Yo idealizaba la naturaleza. Y en Cirilo había creído entrever su símbolo.

Le pagué.

A veces uno quiere sacarse de encima los recuerdos, dice el profesor, pero no se puede. Si uno pudiera vaciarse de memoria, arriesga, y se calla.

Quizá debamos admitirlo de una vez: las marcas del cuerpo son más profundas que las mentales. Con su hondura esas marcas condicionan nuestros pensamientos, burilan nuestras ideas, imprimiendo su reflejo en cada una de nuestras acciones, hasta en las que creemos más insignificantes. Cirilo, por ejemplo.

Y no es para volver a la lejanía de aquella tarde en el Tigre, la revolcada en el cotín áspero y sudado de la casita. Si a veces incurro, a mi pesar, en la digresión, esto es involuntario. Me propongo, sin éxito, eludir anécdotas laterales a la historia que me propongo contar. Pero no consigo mantener el rumbo, seguir la cronología. Como los riachos del Tigre, mis desvíos son mi debilidad. Es también cierto que, a veces, al apartarse uno del curso principal del río, piensa que se aleja perdiendo el rumbo por un canal, pero no. El recodo vuelve a orientarnos. Y desde ahí apreciamos distinto lo que perseguíamos, ese misterio al que le íbamos detrás. Porque además de la historia que uno se fija como eje, hay otra, compuesta por infinidad de momentos fugaces que, al proyectarse de improviso en primer plano, revelan un sentido de la historia que no es aquel que nosotros suponíamos protagónico.

Delia no se queda en la descripción del rapto. Tampoco en las impresiones tumultuosas del galope. Si bien ha leído novelones románticos, se cuida de arrojar a D al infortunio de esa literatura que se supo cultivar en los salones unitarios. Delia se las ingenia para que su heroína no cumpla con los atributos de la cautiva gimiente. D se mantiene aferrada a las crines del caballo, se muerde los labios hasta la sangre. Siente en la nuca el aliento del indio. Siente en la espalda la presión de ese torso desnudo. Siente en la cadera su empuje. Siente que ese cuerpo que la dobla viene de uno de sus sueños prohibidos. Siente que todo esto, el rapto, el galope, ya lo vivió antes. Es uno de sus sueños. Uno realizado.

Hay imágenes que le van a quedar grabadas a D: el griterío infernal, los caídos boqueando, un indio clavando con su lanza un milico. Su hijo, el Varoncito, haciéndose encima, a resguardo en la oscuridad de una tapera. Su marido, el Capitán, enarbolando el sable para batirse. Hay milicos rodando en la polvareda, sangre y tierra una misma sustancia. Entre esos milicos rodará el Capitán.

D, podría pensarse, ha enloquecido. Después de todo, la locura es el fin de toda culpa. A D le cuesta pensarse, en el rapto, abandonando dichosa esos cuerpos a los que tan poco antes dedicaba sus cuidados.

Estas imágenes no son distintas a las de sus sueños, como se ha dicho. Tampoco ese pavor confundiéndose con el deseo es nuevo. El indio, al galope, encara el horizonte. El resto del malón sigue al jinete y su cautiva. Su jeque es el que manda. Atrás vienen los demás, cargando cautivas y críos, arrastrando un carretón con el

botín.

Ese aliento animal contra ella, piensa D, la hace poca cosa. Y al sentirse poca cosa ya no le importa. Ahora ella también es animal. Sin rosario ni Biblia.

Están vadeando una aguada cuando D se arranca el crucifijo y lo tira a un costado.

Lo que me importa subrayar, acota el profesor, es que D está jugada. Al desprenderse del crucifijo no deja atrás solamente la fe. D siente que al fundirse con el viento es otra, más real. Si en la civilización era una víctima complaciente, paridora sumisa, su condición de cautiva no le inquieta. Ya no tiene nada que perder: la virtud, el buen nombre, una posición. Ahora se tiene sólo a sí misma. Y lo poca cosa que se siente, librada al capricho de la suerte y del indio, la transforma en una fuerza desafiante. Si D, esposa de militar conquistador del desierto, es una vagina civilizada, ahora cambiará de condición.

Es cierto: Delia adopta en estas páginas cierta grandilocuencia al escribir los pensamientos de su heroína. Es que, de pronto, parece descubrir, casi naïf, que ese relato que está escribiendo es una épica de garche. Llamemos a las cosas por su nombre.

Hay que hacer un relevamiento de toda la bibliografía sobre las cautivas para convenir en la ruptura que significa *La lengua del malón*. Fijémonos cómo participan las cautivas en esos documentos. Si se hace una revisión del asunto, veremos que la cuestión de las cautivas se reduce, según los cronistas carapálidas, al rol de mártires o heroínas de la pureza. Las que se resisten al apareo con el indio, cuando no son vejadas, se las sacrifica con castigos horribles. Las que aceptan su papel y consienten integrar el harén, dan a luz sus hijos y después, cuando son rescatadas, se resisten a la civilización por amor a esa progenie que quedó en la tolдерía. Mártires y heroínas son dos caras de la misma moneda.

No le quito dramatismo a la situación de esas pobres desgraciadas. Pero me pregunto cuánta de la información que hoy tenemos sobre el calvario de aquellas mujeres no fue prismada por los vencedores. Ya lo sabemos: los vencedores escriben la historia. Y a los vencedores, en este caso, no les convenía poner en tela de juicio su legislación erótica sobre sus mujeres que, en el cautiverio, pudieron descubrir otro deseo.

Lo que Delia indaga con su escritura es la combustión de su propia problemática: señora de un capitán de la marina, porfía en quebrar una censura que no es sólo de clase. Tengamos en cuenta que Delia escribe bajo el peronismo. Y que la mujer peronista no es muy distinta, en escala, de la mujer de un gorila. A la mujer del régimen también le está asignado ese rol de parturienta del progreso justicialista. Colaboradora indispensable del desarrollo industrial, su vientre es una fábrica de

obreritos.

Detengámonos un instante en el momento en que Delia escribe:

Soy quien monta y es montada, piensa D. Soy este viento que no tiene ni religión ni nombre.

Me llamo cuerpo.

Mi fe es el deseo.

Lía me había pedido permiso para traer a Delia a la isla.

Estaba visto que el intento de ascetismo que yo me había prometido cumplir, alejado del mundanal ruido, empezaba a resquebrajarse. Mi voluntad, puesta a prueba, exhibía una flojera notable.

No pude, no supe decir que no.

Un viernes por la mañana desembarcaron las dos de la lancha colectiva. Me gustó el estilo de Delia. Tenía, en efecto, esa belleza criolla, una hermosura que se expresaba en sus ojos ligeramente achinados, oscuros, brillantes, y en su modo, en el que una educación refinada no había logrado diluir el temple de lo indómito agazapado. El suyo era un atractivo como de muchachito, una combinación de fragilidad femenina y dureza viril. Además, estaba su forma de vestir, esa elegancia que compartía lo negligée con lo deportivo. Traía un vestido blanco de hilo, un sombrero de paja y unas sandalias de cuero claro. Los lentes ahumados contribuían a darle un aire de estrella cinematográfica de incógnito. Pensé que esos lentes no sólo protegían sus ojos de la resolana. Evitaban que los demás leyeran en su mirada.

En ese momento comprendí a Lía. Si yo hubiera sido mujer, con seguridad también habría sucumbido.

No quise preguntar dónde había dejado el nene para hacerse esta escapada al Tigre. Más me preocupaba su marido.

El delta era en esa época también un refugio de conspiradores. No pocos contreras adoptaban el río como vía de fuga hacia el exilio uruguayo. Cada tanto pasaba frente al muelle una lancha de prefectura. Y el marido de Delia era marino. Si se le daba por sospechar de su esposa, contaría con influencia suficiente para abordar una lancha y seguirla. Me tranquilicé pensando, tal como Lía me había contado, que el capitán subestimaba las relaciones y salidas culturales de su esposa. Calificaba esas inquietudes literarias de poco menos que labores. Muchas veces Delia justificaba sus tardanzas o ausencias con una conferencia o cóctel de homenaje a algún figurón de la literatura. Cualquiera fuera el boleto que le había vendido al capitán para venirse a la isla, a mí no me tranquilizaba.

Qué le dijo a su marido, le pregunté a Lía.

La verdad, contestó Delia. Que me habían invitado a una isla unos amigos literatos. Un invertido y una lesbiana.

Imposible que esto lo ponga celoso, completó Lía.

Mientras ellas preparaban unas ensaladas y yo asaba un surubí, me di cuenta del motivo de mi intranquilidad: contemplar a Lía y Delia entregadas una a la otra, escuchar sus risas desde la parrillita del fondo, me devolvía la conciencia de mi soledad.

Durante el almuerzo con vino blanco, bajo la galería, brindamos una y otra vez. Brindamos por los amores prohibidos, por los encuentros secretos y también por el libro que Delia había empezado a escribir alentada por Lía.

El río centelleaba con el sol. La sombra apenas nos libraba del calor sofocante. Los pájaros susurraban en las copas de los sauces. Había tonos impresionistas en ese paisaje que nos envolvía sumiéndonos en la modorra de la siesta. Tal vez todos estos detalles son resultado de la frustración del tiempo, la historia. Si nuestro destino hubiera sido otro, me pregunto. La pregunta no tiene sentido. Me reprocho no haber vivido aquel momento en toda su intensidad. Atormentado por lo que me faltaba, no fui capaz de celebrar la plenitud que tenía ahí, a mi alcance, dejándome envolver en la alegría que irradiaban esas dos.

La felicidad consiste en las ganas de ser feliz. Ellas transmitían esas ganas. Yo las contemplaba con un sentimiento entre distante y pesimista, que no era más que esa coraza que me había armado para endurecer mi carácter aislándome en la espesura selvática de ese delta.

Me levanté. Yo estaba de más ahí. Mientras abandonaba la mesa, bajaba por la escalera de la galería y me perdía entre los árboles y el cañaveral, oí el susurro de sus voces, el eco de un suspiro que no llegaba a ser jadeo. Me di vuelta apenas. Lía estaba lamiendo un pecho de Delia. Seguí mi camino.

Sí, ésa fue la primera vez que oí mencionar *La lengua del malón*.

D fue virgen al casarse y, en cierto modo, perpetuó la castidad después de la boda, al entregarse sólo en ciertas ocasiones en que el Capitán se había libado con ginebra. El suyo fue un matrimonio utilitario. Abrirse de piernas, ser penetrada, albergar la esperma fecundadora. Apenas si consumó alguna vez el coito bajo la luz mortecina de un candil. El Capitán no le solicitaba ciertos goces por considerarlos impropios de una madre. Una buena esposa no se comporta como una francesa, opinaba.

A ella no se le pasaba que, en algunas noches, con motivo de una ronda por el fortín, el Capitán entraba en una tapera penumbrosa donde desfogaba sus instintos más bajos. Para practicar otros deleites tenía una china solícita.

Pero ahora, en la tolдерía, D ya no es la esclava procreadora. Ahora es la protagonista de esos sueños inquietos que la removían en la cama matrimonial junto a

los ronquidos del Capitán. La toltería, los fuegos en la noche, el carneo de una yegua, las risas de los indios que blanden sus cuchillos al discutir por una botella de aguardiente. Las indias permanecen recelosas, considerando con ojos de rabia y envidia a las recién llegadas. Las cautivas antiguas no interceden por la suerte de las nuevas. Los indios que no se alzaron con ninguna blanca andan sin rumbo, borrachos y pendencieros. Hay dos que se trenzan, facón en mano. Unos perros se suman a la riña. Los cuerpos ruedan. La hoguera emite un resplandor en la lucha. Hay un facón salpicando sangre en el aire. El vencedor se levanta tambaleante y enarbola, con un grito agudo, la cabeza del vencido. Después la arroja al fuego. Al contemplar la cabeza de ese salvaje ardiendo en la hoguera, D tiene una intuición: así arde su cabeza en esta noche de la toltería. Sus pensamientos crepitan, como esa cabeza cortada, en una hoguera de sensaciones turbulentas que buscan la forma de una idea.

Quién es yo, se pregunta D.

Siente que su cabeza se incendia. Y no sólo. Pichimán la arrastra de un brazo hacia su tienda. D experimenta un temblor. No se resiste. Le parece ver una sonrisa en el rostro del indio. El otro le habla, le dice unas pocas frases que todavía ella no puede traducir. Sin embargo, no hace falta conocer ese idioma para comprender qué significa esa mano del indio en sus nalgas. En la tienda hay una profusión sorprendente de telas coloridas y adornos. Sobre la tierra, unas matras acolchonan la caída.

Hay un instante en que a D se le cruza el recuerdo del Varoncito. Estará vivo, se pregunta. De estarlo, se dice, con seguridad seguirá la carrera de su padre: de Varoncito a Capitán. Acordarse en este instante del Varoncito, advierte D, es un vestigio de los pensamientos de esa otra que fue hasta hace unas horas. Esa otra que era una impostora. Con sus escrúpulos y remilgos, una farsante.

Pichimán levanta un porrón de aguardiente, bebe unos tragos largos y después le ofrece. D lo mira a los ojos. Pichimán tiene una edad indefinida entre los veinte y los treinta. A ella la estremece ese olor del otro, pasto, tierra, cuero, una ácida pestilencia equina. Además están las emanaciones del aguardiente. Se pregunta si la falta de prisa de Pichimán se debe a que ya da por descontado que ella es de su propiedad. Si bien D se siente sacudida por el deseo, experimenta también una curiosidad morbosa: probar hasta dónde se anima a extraviarse en su nueva condición.

Las dos siluetas apenas contorneadas por unos rescoldos se proyectan sobre el cuero de la tienda. Pichimán se recuesta. Estirando un brazo, atrapa a D del pelo, obligándola a bajar la cabeza. No es mucha la presión de esos dedos masculinos en su cuello, encerrándole la nuca, pero es suficiente para que D entienda lo que se espera de ella. Dócil, empieza a arrimar sus labios al vientre del indio. Pichimán sigue bebiendo del porrón. D precisa entonarse. Hace unos buchecillos con el aguardiente y babea unas gotas entre los muslos del indio. Hay placeres que ningún hombre de bien

se atreve a pedirle a su legítima esposa. Menos que menos, los placeres que provienen de los labios con que, al día siguiente, besará a sus hijos. No es de madre lamer como una perra.

D aprecia la verga enhiesta del indio.

No te voy a dar el gusto así nomás, maula, susurra.

Me alejé de la casa. Caminé por la espesura. El silencio de la selva es un silencio falso. Su quietud, engañosa. Oía el chasquido del cañaveral que se abría a mi paso, el chirriar de una cotorra y un golpe de viento en el ramaje. El sudor me goteaba por la cara. Al rato había perdido la orientación. Busqué el sol en lo alto. Hilos de resplandor se colaban entre lo alto de los sauces. Perdidó en el follaje, oí no muy lejos el motor de una lancha y fui en esa dirección. Si llegaba al río, me dije, podía volver por la orilla.

Acá estaba la naturaleza reduciéndome a mi auténtica dimensión, mi carnadura real, un cuerpo electrizado por el temor, en cuanto se encontraba perdido en la selva. La naturaleza parecía haberme dado una lección sobre los peligros ilusorios y los reales. Solté una carcajada y me eché a correr hacia el río. Me saqué la camisa, el pantalón, las zapatillas. Más que desnudarme, me despojé. Me zambullí, riendo.

Cuando volví a la orilla, al aproximarme a la ropa que había dejado tirada, vi la yarará. Paralizado, ahogué un grito. La víbora se deslizó sobre el pantalón. Toda mi desnudez, que poco antes era una fiesta de los sentidos, ahora era una indefensión vergonzosa. Respondiendo al instinto, me llevé las manos a los genitales. El terror me dominaba. Siabría la garganta, el grito sería como uno de esos gritos mudos del sueño. Temblando, humillado, sentí que me era tan imposible gritar como huir. En cambio, lloraba. Así como gritaba sin voz, estaba llorando sin lágrimas.

La aparición de la yarará tenía un significado. Era una señal bíblica. Cuando creía que mi ánimo se había fortalecido, la naturaleza me revelaba lo ilusorio de toda tentativa de vencer lo animal. Tener cerca a esas locas de amor arrancaba a mi instinto de su modorra. Había sido ingenuo al sobreestimar ingenuamente mi voluntad. El deseo volvía ahora con su ímpetu errático. Un deseo que me desbordaba más allá del recuerdo particular de un cuerpo, de todos los cuerpos, conocidos e imaginados. Ya no me conformaba con la satisfacción solitaria. Aun sabiendo que la culpa me perseguiría, la Biblia me amonestaba: lo punible no consistía en satisfacer la tentación, su mordedura. Ya desde el segundo en que la tentación lo había inficionado a uno, se era culpable.

Extraviado en estos pensamientos, me pregunté cuál sería el destino de las enamoradas. No era poco de lo que ambas renegaban. Y bastaba verlas para advertir que eran la belleza. Olvidándome de mis propias tribulaciones, rogué al cielo, si es que existía una justicia divina, para que se les concediera la gracia y no el castigo.

Toda una paradoja: el castigo provino del cielo. Pero no quiero anticiparme nuevamente a los hechos.

Detengámonos ahora en esta parte que da título a la obra de Delia: “Lengua”. Pichimán recostado, anhelante, espera una felación. D toma entre sus dedos esa verga, la mide. Su tamaño es menor al que le adjudicaba su imaginación, aunque el grueso es importante. D vuelve a enjuagarse la boca con aguardiente. Cuando D parece dispuesta a lamer, sin embargo, se echa a ladrar y, aprovechando el asombro del indio, se apodera de un facón olvidado sobre la matra.

A Pichimán se le endurece el estómago. D está a horcajadas sobre él. Con una mano le agarra fuerte la verga y con la otra esgrime el facón. El indio jadea aterrorizado. El filo del facón roza con sutileza el glande. Inmovilizado, la respiración entrecortada, el indio balbucea una súplica.

Me pide clemencia, traduce D para su adentro.

Sin perder la sonrisa, D le apoya el facón en el cuello. Pichimán la mira entre azorado y rencoroso. La cautiva lo ha disminuido, y ahora, tirándole de la pelambre, lo obliga a bajar hasta los muslos.

D cierra los ojos y abre las piernas. La lengua del indio, que había sospechado áspera y tosca, tiene una sorprendente tersura.

Soy la cautiva de mis ganas.

Dame tu lengua, Pichimán.

Tal como referí anteriormente, Lía me contó una y otra vez que Delia sentía lo vivido por su heroína en todo el cuerpo. Los estremecimientos que se apoderaban de ella al escribir eran intensos.

Una noche, en la Richmond, Delia nos abrumaba con los interrogantes que se le formulaban después de estos trances de la escritura.

Qué van a pensar de mí, se preguntaba, como si nosotros pudiéramos ofrecerle un antídoto, más que una respuesta.

Qué se va a pensar de mí.

Con su mano en la mano de Lía, se contestó:

Tengo la sensación de estar escribiendo en otra lengua. Que me es dictada.

Lía y yo procuramos tranquilizarla. No lo conseguimos.

Esa noche, cuando salí de la confitería, me dije que el sosiego que precisaba Delia no lo encontraría siquiera en los brazos de mi amiga. Ese amor, como cualquier clase de amor, podía ofrecerle a Delia un recreo transitorio. Pero nunca la paz que

vanamente perseguía. Yo también precisaba algún consuelo esa noche. Me fui caminando hacia el Bajo. A lo lejos las luces del Parque Japonés, titilantes en la bruma del puerto, sugerían jóvenes cabecitas negras y pecado.

El profesor abre la carpeta, lee callado y, después, mirando hacia la ventana abierta a la noche, murmura:

El castigo provino del cielo. Y el instrumento del destino fue Victoria. Victoria, con su odio a los grasitas.

Déjenme contar cómo era ese odio.

Hay una anécdota poco difundida que la pinta íntegra en su desprecio. Cuando Victoria viajó por primera vez a Nueva York se deslumbró con los spirituals en una iglesia de Harlem. Al volver a Buenos Aires dio una conferencia y puso grabaciones de esa música. La muy tilinga podía encantarse con los negros norteamericanos, pero no con nuestros cabecitas negras: el aluvión zoológico que le empañaba la vista cuando soñaba que Buenos Aires era la París del Nuevo Mundo. Claro, a los negros norteamericanos podía aplaudirlos porque estaban lejos. Pero de haber sido norteamericana, habría sido una dama confederada.

Había que verla con sus ínfulas de señora de la cultura: el saco sobre los hombros, los sempiternos anteojos oscuros con marco blanco, la insolencia pituca en sus gestos, la brusquedad que indicaba un humor arrogante, el enjambre de pusilánimes que necesitaba para destacarse, como toda personalidad mediocre. Se ha dicho que se comportaba así sabiéndose no sólo una belleza de su tiempo sino una mujer independiente, evolucionada, por encima de sus contemporáneas. En verdad era una consentida y una maleducada. Le gustaba alternar palabras en inglés y francés con alguna criollada guaranga. Con estos tics, lo que hacía era demostrar a la vez el poder terrateniente, la vacuidad de su cosmopolitismo, el país que quería.

En la memoria, en las escenas de dulce juventud, somos siempre excelsos e inmortales. En cambio, al recordar a quienes nos castraron la alegría de vivir, aquel dolor vuelve a la carga.

Hay quienes sostienen, con hipocresía: Yo perdono, pero no olvido.

Yo no olvido ni perdono. Yo soy la rabia.

Pero me resisto a este sentimiento. Para no ser como ellos, es necesario superar la rabia y convertirla en justicia. Pero, si no hay justicia, se pregunta el profesor. Y deja colgando la pregunta.

Si no hay justicia.

Entonces qué.

Mientras en el delta, en la isla, Lía y Delia se embriagan con su pasión secreta, no muy lejos Victoria abre las puertas de su mansión sobre el río a los militares golpistas que más tarde bombardearán al pueblo en la Plaza de Mayo.

Que conste: no es lo mismo hacer literatura de la historia que hacer historia de la literatura. A menudo puede comprobarse que en la historia de la literatura hay más aproximaciones a los hechos reales, concretos, que en la literatura de la historia. Y mientras Victoria le abre las puertas de su mansión a los conspiradores, se abren las puertas de un hangar en la base de la marina de Río Santiago. Como tantas otras veces, el capitán Ulrich comanda un avión, un cazabombardero, en una de sus habituales prácticas de vuelo, anticipándose con la imaginación a ese jueves lluvioso, al mediodía, cuando deje caer la primera bomba del gloster meteor sobre la Plaza de Mayo, esa que destruirá un trolley cargado de civiles.

De ninguna manera puede encajar *La lengua del malón* en los clichés literarios de la época. En el rotograbado del diario de los Gainza, expropiado y en manos de los sindicalistas, conviven como en un cambalache talentos heterogéneos de origen diverso: Kordon, Manzi, Portogalo, Wernicke, Marechal, Rega Molina, Juanele, Discépolo, De Lellis, Soiza Reilly. Entre los extranjeros colaboran Neruda, Cela y Pratolini.

En la vereda de enfrente, no sólo el séquito de Victoria conforma la intelectualidad opositora al régimen justicialista. También los acérrimos militantes de una cultura de izquierda desprecian a los nuevos proletarios por su raíz indígena. De leer *La lengua del malón*, estos comunistas de salón habrían de despreciar su planteo. Lía, lectora de *Propósitos*, no puede menos que renegar contra el realismo socialista, además de ver a los intelectuales del pecé como aliados de la oligarquía, de esos metafísicos trajeados que publica Victoria. Los gacetilleros soviéticos no son menos xenófobos que sus tilingos compañeros de ruta.

A su vez, la cultura oficial es chauvinista, cristianucha y deudora de un platonismo entalcado. Fijémonos en la banda sumisa de los intelectuales peronistas, los ortivas genuflexos de una estética de ombú, que precisan del poder para difundir sus cuartetos. Por un lado, respaldando al régimen desde la universidad, está la derecha nacionalista y chupacirios. Por el otro, hay tangueros populistas, con los timbos sucios de fango arrabalero, disputándole espacio a los monaguillos de gomina entronizados en los pasillos del poder.

Hace más de diez años que murió Arlt. Hay una foto de su velorio en el Círculo de la Prensa, el ataúd sostenido por cuerdas y roldanas bajando a la calle lluviosa. Las cenizas, siguiendo la voluntad del escritor, fueron arrojadas en el Tigre. Para muchos, más importante que la muerte de Arlt es que a Georgie, en esos días, se le entregue un premio nacional de literatura. La obra de Arlt entra en un túnel de olvido. Su escritura, en los años siguientes, sigue la suerte de las cenizas. Oficialistas y opositores al régimen la ignoran por igual. El sexo frustrante y desesperado de Arlt, su bronca contra los ideales de almaceneros cagatintas, las turraditas de clase media,

el resentimiento como motor de la historia, deberán todavía permanecer silenciados un rato largo. Y si Arlt permanece olvidado más de diez años, quién entonces podrá comprender eso que Delia, traicionando su clase, está inventando en su escritura.

Estamos ante una obra maldita, Gómez, afirmaba con razón Lía. *La lengua del malón* no responde al ideario de la costurerita tísica que da el mal paso, ni al de la niña platónica, ni al de la saludable compañera justicialista.

Convengamos, hay una escritura que falta en la producción literaria de la época: de un lado, en el bando opositor, el realismo zdhanovista y el afrancesamiento oligarcón; del otro, el oficialista, la estética clerical y los tangueros. Hay una escritura que falta, y esa ausencia es lo que denuncia *La lengua del malón*, el texto que viene a decir eso que nadie quiere escuchar.

Otra interpretación del texto de Delia alude a Evita. Porque, subyacente, en esa cautiva llamada D respira la abanderada de los humildes. Y acá se pone guasa la interpretación. En los tiempos de D, la administración porteña precisa el exterminio de los indios, en nombre del progreso. Las motivaciones literarias de Delia pueden no ser transparentes, pero su personaje es, como Evita, cautiva de un militar. Y pone en discusión la virilidad del ejército. Y luego, en la toldería, se recorta tanto de las demás cautivas como de las indias. Al doblegar la voluntad del capitanejo, D se apropia de su destino y revierte su rol de víctima.

La parodia, digo citando uno de nuestros vates mayores, es nuestra gran tragedia. Evita, la provincianita teñida, se junta con un descendiente de indios: ya por entonces circulaba ese chisme, más tarde comprobado, sobre el origen indio del General. Evita, al juntarse con un descendiente de los malones, se libera de los designios pasivos que le imprime una sociedad blanca y machista. Belleza andrógina, seduce por su osadía en la que se articulan el maniquí rubio y el resentimiento de arrabal. En ella lo rubio es tintura. Y se nota. Porque en ese gesto del teñido, prevalece la guarangada como deschave del simulacro huinca. Se vuelve caricatura del modelo estético de la aristocracia.

Ahora leamos de nuevo la escena en que D, en esa primera noche de bacanal en la toldería, convierte el sexo oral en lingüístico duelo criollo. En los días en que Delia escribe su relato, circulaba entre los contreras un rumor que aludía a la escasa dimensión del pene presidencial y su dificultad para una erección. Todos los que vivimos aquel período recordamos esos chismes que, a fuerza de repetición, adquirían categoría de reales. Con Evita, se decía, el líder recibía goce manual. Después del fallecimiento de su cautiva, le fue difícil obtenerlo. Se decía, por entonces, que el General visitaba centros de educación física, que se guardaba un billete en un bolsillo y jugaba con alguna púber a que lo encontrara. Al rebajar la potencia masculina del líder, esos chismes contribuían involuntariamente a exaltar el erotismo de la difunta,

su endiosamiento.

Las mujeres de la toltería no tardan en tenerle rencor a D: lo ha engualichado a Pichimán. A D no le inquieta que las machis murmuren y escupan pestes a su espalda. Porque, en su rencor, profesan una envidia sorda a la malona, como han empezado a llamarla.

Es muy jugosa esa parte donde Delia refiere su poder sobre el capitanejo. Frente a su enojo o su aburrimiento, ese tedio en que el indio se abisma en la inmensidad pampeana, D le dirige una especie de mohín. Basta un mohín para que el indio se alce. Y, cómplice, le responda mostrando la punta de la lengua, listo para satisfacerla.

Lo que nos divertimos con Lía aquella tarde en la Richmond, cuando Delia nos leyó esa parte. Lía le pidió a Delia que nos mostrase ese mohín de su protagonista. Tuvimos que insistirle. Finalmente, como una nena traviesa, Delia se animó. El público y los mozos nos clavaron miradas reprobatorias. A la esposa de un capitán y a una poeta judía les convenía disimular lo que eran. Y a mí también me convenía, en ese Buenos Aires, ocultar mi inclinación. Sin embargo, a pesar de las miradas, no nos sentíamos tan débiles. Teníamos la literatura.

Ya conté que a la gran dama de las letras argentinas la encanaron. Pero no conté que numerosos escritores extranjeros mandaron telegramas al gobierno pidiendo su libertad. La noticia de su detención aparece en el *New York Times*. Camus, Huxley, Callois, la Mistral, no son pocas las firmas que le caen al gobierno en defensa de esa mujer.

Ya dije que, en la cárcel del Buen Pastor, extraña los libros. Que, con la colaboración de un capellán, consigue San Agustín y Santa Teresa. Las presas son su público. Las presas le demuestran una solidaridad que Victoria nunca manifestó hacia ellas. Como suele ocurrir, el poverío, siempre víctima, es solidario hasta con quienes se jactan de alcurnia y fortuna. Lo dice otro biógrafo: la cautiva respira, entre siervas y mecheras, militantes y yirantas, una solidaridad y un apoyo mutuo que hasta entonces no había experimentado con nadie.

Cuando es liberada, debido a la presión internacional, con ella sale el rencor que, pretextando la libertad y la democracia como absolutos, la llevará a prestar su residencia en las barrancas de San Isidro al complot de los asesinos de la Plaza de Mayo.

Trabajás vos, me confesó Delia una de esas tardes que tomábamos unos copetines en la Richmond. Me inspiro en vos para escribirlo al indio. Pichimán es como vos,

pero más joven, más zafio, más muchas cosas.

Más cabecita, le dije con sarcasmo. Y más macho.

Vos fijate el nombre con que lo bauticé, dijo ella. Pichimán. Lo saqué de un diccionario mapuche. Quiere decir cachorro, pero en nuestro idioma suena como una picardía. Cuando escribo a Pichimán, pienso en vos.

Me acordé de la descripción que Delia había hecho de la verga del indio. Me iba a ser difícil leer su relato sin sentirme desnudo, le dije.

Lía me señaló entonces una veta del relato que se me había escapado. Habló de la importancia de esa puesta en escena de la verga del indio como alegoría reivindicatoria. Y me recordó lo que Delia ya nos había contado: que en el sur los estancieros pagaban a los cazadores de indios por par de testículos. Por qué no pensar, argumentaba, que ésa puede ser también una clave simbólica de la historia capada.

Sin duda, Lía estaba dispuesta a dar lata esa tarde. Pensé que su fervor estaba filtrado por su pasión hacia la autora. Si me callé esta percepción fue porque en ese fervor cabía la posibilidad de alguna lucidez. Pero se me antojó también que los claritos se nos habían subido a la cabeza.

Todavía falta que alguien se atreva a escribir el gran texto fundacional de nuestra literatura, cargó de nuevo Lía. Necesitamos un texto inspirado en esa historia negada: la dimensión real de un pene autóctono y los testículos amputados. Quien escriba eso se ganará la proscripción en vida. Pero su venganza, temible, se la cobrarán las generaciones venideras.

Exagerás, Lía, la interrumpió Delia.

Además vos no me la viste, comenté yo.

Lía no se la iba a perder:

Acompañala al baño y se la mostrás, Gómez.

Delia se sonrojó.

Acompañalo, amorcito. No seas beata, se encendió Lía.

Fuimos hacia los baños. Dudamos entre el de damas y el de caballeros. Entramos en el de damas. El corazón me daba tumbos. Sonreímos como chicos al ocupar un retrete. Me desabroché la bragueta y le mostré a Delia.

Te la puedo tocar, me preguntó.

Me dije que el juego estaba yendo lejos. Sin embargo, asentí.

Todavía me acuerdo de la mano caliente y húmeda de Delia.

Nunca me la agarró una mujer, le confesé.

No te aflijas, me contestó Delia. Yo nunca toqué otra que la de mi marido.

Si a Lía le preocupaba que el capitán pudiera enterarse del amor sáfico de su mujer, no era tanto por el riesgo que corría ella sino por las influencias que el marino

podía mover, por la ejecución de una venganza que repercutiría, tarde o temprano, sobre Martín. Cada vez que surgía el tema, Delia cambiaba rápido de conversación.

Una tarde en que las dos se encontraron para ir al cine, Delia volvió a llevar a su hijo. Martín, según Delia, era toda una coartada: disipaba toda presunción sobre sus idas cada vez más frecuentes al centro. En la penumbra de la sala, el chico, sentado entre ambas, hacía ruido al abrir un paquete de caramelos. El celofán brillaba sonoro en la oscuridad. El brazo de Delia se estiró por sobre el respaldo de la butaca y, con la yema de los dedos, alcanzó la nuca de Lía.

A vos te gusta jugar con fuego, le dijo Lía más tarde.

Y la espeluznó la frialdad con que Delia le habló de su hijo:

No se me parece en nada. Es igual al padre, dijo.

Ese trato entre madre e hijo que hasta entonces Lía había creído distintivo de clase alta era, en realidad, cortesía gélida, disgusto contenido, pura obligación. Lía le preguntó si había querido tenerlo al chico.

Me tomó por sorpresa, confesó Delia. Cuando supe que estaba embarazada me dije que era un trámite más que debía cumplir como mujer y esposa. Al capitán, en cambio, lo llenó de orgullo el embarazo. Para él era la continuación del apellido. A medida que pasaban los meses, yo pensaba: Ojalá sea una nena. Pero fue varón. Y el capitán tuvo así lo que más quería: la prolongación de la estirpe.

Aquella tarde, a la salida del cine, un viento fresco, que presagiaba tormenta, barría las calles del centro. La gente que salía de sus trabajos se apuraba por alcanzar las bocas del subte y tomar sus colectivos. El cielo se había oscurecido. Lía tuvo la certeza de que esa presencia de Martín y esa tormenta inminente conformaban una misma señal.

No soy supersticiosa, me dijo después Lía. Pero tengo miedo, Gómez.

Por qué no se rajan, le pregunté.

Y Martín.

Están ustedes antes. El nene tiene toda la vida por delante.

Delia no va a querer, me contestó Lía.

El profesor se detiene y chasquea los labios. Después, saliendo de la penumbra, se acerca a la lámpara y levanta su vaso de té.

Yo les di la idea, dice. Si no las hubiera alentado a irse, esa mañana no se habrían reunido en el City Hotel.

Creo haberlo dicho: Delia contaba los minutos que le faltaban para el próximo encuentro como si fueran horas. Y en el encuentro, contaba cuánto faltaba para el adiós. Para reducir la ansiedad, escribía. Sin confiar mucho en el valor de su literatura, escribía. Si al siguiente encuentro no llevaba unas páginas escritas, el reproche de Lía se le anticipaba mentalmente. Además, si no escribía, la asaltaban

temores, pensamientos tenebrosos de todo tipo, sensaciones de catástrofe.

Desde la entrada de Lía en su vida apenas toleraba las cuestiones hogareñas que, hasta entonces, sobrellevaba con displicencia. Ocuparse de la casa, impartir órdenes a la mucama, atender las tareas escolares de Martín habían sido siempre rutinas que Delia entendía como cláusulas inevitables del contrato matrimonial, en el que practicidad y cópula se complementaban.

Delia había previsto que, en algún momento, el capitán le buscaría el cuerpo. Cuando se presentara ese momento, accedería al requerimiento como una forma de ocultar lo que le estaba sucediendo. Y cuando ese momento temido llegó, una madrugada en que el capitán regresaba de la base, como siempre, al amanecer, Delia comprobó que su cuerpo se rehusaba a la costumbre de la entrega. Fue castigo y respiro a la vez. Castigo porque, cuando el capitán empezó a tocarla, Delia sintió repulsión. Respiro porque el momento había por fin llegado y faltaba menos para que acabara, como faltaba también menos para el próximo encuentro con Lía y, de ese modo, en brazos de su amante, iba a exorcizar la cópula mecánica del capitán.

El capitán ni se percataba de lo que podía estar sintiendo su mujer.

Me vino, se disculpó Delia.

Me hubieras dicho, che, dijo él dándole la espalda en la cama.

Te odio, sintió Delia. Pero se calló.

Porque se recriminaba que esos sentimientos de repulsa hacia el capitán abarcaran también la vida surgida de sus entrañas.

Al menos es varón: no va a sufrir tanto, le dijo una vez a Lía, cuando hablaban de París.

Quién te dijo, retrucó Lía. Hay hombres que sienten como mujeres.

Te referís a Gómez.

No necesariamente, dijo Lía. Todo hombre que sufre, en su dolor se feminiza. El dolor amaricono, querida. Y hay que ser muy macho para aguantarlo.

De qué me hablás.

Tu marido, por ejemplo, es menos hombre que nuestro querido Gómez.

A las mujeres, como a los chicos, había que tenerlas ocupadas para que no zumbonearan, pensaba el capitán. Que su esposa participara de actividades culturales le permitía disponer de tiempo para sus propias distracciones sin que perturbaran la rutina conyugal. Cuanto más entretenida estuviera Delia, mejor.

El capitán llamaba entusiasmos a sus aventuras. Apuros que le pedía el cuerpo, se justificaba a sí mismo. Descargas que después, cuando ya se había vaciado, los nervios aletargados en un remanso de whisky y cigarrillo, le permitían apreciar su matrimonio desde una perspectiva reposada.

Por lo general eran muchachas de la diplomacia. O esposas insatisfechas. Las

casadas, se decía, eran las más viciosas. Por supuesto, las casadas podían ser un trastorno pero, al fin de cuentas, el riesgo era la pimienta de estas relaciones secretas.

El capitán tenía una garçonnière en Ayacucho y Cangallo. Barrio respetable, como su esposa. Además, el capitán debía admitir que Delia era todo un anzuelo. Más de una de sus trampas se le arrimaba por rivalidad con Delia. Y el capitán usufructuaba esta contienda. Además le gustaba pensar que había otro factor que atraía a sus amantes: en este país, un uniforme siempre sería un valor. Y más, un marino. Ser marino, pensaba el capitán, hacía fabular a las mujeres un temperamento viril que conservaba la calma en medio de una tormenta. Las mujeres, reflexionaba el capitán, eran como las tormentas. Pero si se sabía timonearlas, eran tan pasajeras como esas tormentas.

Fue por entonces que Lía le propuso a Delia un desafío:

Animate a mostrarle algo de tu novela. Sería interesante ver cómo reacciona el Casanova fluvial.

Ésta era también una forma de chucear a Delia para averiguar hasta dónde era capaz de jugarse. Aunque a mí me pareció una locura, comenta el profesor.

Contra lo que yo esperaba, Delia, si bien seleccionó partes del libro, preparando una versión suavizada, se animó nomás.

Absorto en la conspiración como estaba en esos días, el capitán no le prestó atención al pedido de Delia, que quería una opinión masculina sobre lo que estaba escribiendo.

Es sobre un indio y una cautiva, le dijo. Una historia de amor.

Prometo leerla a fondo, apenas me saque de encima unos asuntos, dijo el capitán, y dejó la carpeta sobre una mesa ratona.

En el fondo, se dijo, siempre son las mismas románticas: El sheik, la prisionera del árabe. Acá no hay árabes: hay bárbaros. Hay que tener pajaritos en la cabeza para escribir estas pamplinas, pensó, sin abrir siquiera la carpeta que Delia le había entregado.

Los días pasaban y el capitán postergaba la lectura de la carpeta haciéndole sentir que, mientras él se concentraba en el destino de la patria, ella se dedicaba a escribir novelines.

Vos ya sabés en qué estamos, le dijo por teléfono una madrugada, justificando su ausencia.

En las ausencias del capitán Delia aprovechaba para escribir y encontrarse con Lía. Si el capitán, en vez de estar conspirando, tenía algunas aventuras por ahí, Delia prefería no enterarse.

Un amanecer, con la primera claridad, el capitán volvió taciturno. Se dejó caer en un sillón y, descubriendo la carpeta, se dispuso a leer junto al ventanal que daba al jardín. Solícita, Delia le preparó un café amargo y fuerte, como a él le gustaba. El capitán leía con rapidez, pasando las hojas sin pausa. Cada tanto, chasqueaba los labios. Mientras lo contemplaba leer, Delia se preguntaba qué podía estar sintiendo.

Parecés un chico esperando el boletín, le dijo el capitán cuando alzó los ojos.

Qué tiene de malo que parezca un chico.

No te hagás la rarita, querés, contestó él. Así que estás escribiendo sobre una ninfómana. Porque no me vas a negar que tu heroína tiene la fiebre.

El capitán le hizo un gesto para que se acercara:

A lo mejor le das cuerda a la fantasía porque no estás a gusto con lo que te doy.

Como otras veces, Delia accedió.

Despacio, meticoloso, el capitán le desabrochó el vestido, le quitó la enagua, el soutien, le bajó la bombacha y, una vez que la acomodó abriéndola en el sillón, se arrodilló y empezó a besarla entre los muslos. Esa lengua torpe y ese sonido de aletazos húmedos eran los de un perro. Delia cerró los ojos. No quería pensar en Lía, pero las instantáneas que acudían a su mente eran poderosas.

Si lo miraba al capitán, pensó, iba a distraerse. Pero cuando entreabrió los ojos vio que él tenía una marca violácea en la base del cuello y apretó de nuevo los párpados. Lo mejor que podía hacer era dejarse llevar por esa temperatura que subía por su estómago. Entonces se le ocurrió que una buena escena para su historia sería la comparación entre la lamida ruda del milico y la mineta deleitante del indio. Porque el indio, se dijo, la chupaba tan bien como Lía.

Quizá necesitás esto más seguido, le dijo el capitán.

3 / FLOR DE PIBA

Propongo ahora que caminemos por Florida hasta llegar a Harrod's. Y que entremos por la puerta giratoria de la gran tienda inglesa que atrae a las damas que la van de elegantes y distinguidas. Ustedes pensarán que me dirijo hacia la confitería, donde pueden estar Lía y Delia. Pero no. Lía y Delia puedan estar perfectamente en la confitería, pero nosotros vamos ahora en otra dirección. Como en todo desvío, en éste también llegaremos a esa historia de amor. Pero la que importa ahora es otra, que, si bien está relacionada con la pasión de mis amigas, no se queda atrás en gravedad. Así que crucemos el vastísimo salón de la planta baja, doblemos hacia la izquierda y vayamos hacia los ascensores.

Acompáñenme, pide el profesor a las sombras de la noche. Esperemos que el muchachito ascensorista, uniformado como un botones del Plaza, baje la palanca y detenga la caja metálica para anunciar el piso de la sección lencería. Siempre por las alfombras mullidas del salón, acerquémonos discretamente hacia una de las empleadas de la sección, la más joven.

La señorita Azucena.

Ahí la tienen. Rubia, más bien menuda, espigada, aunque de cadera generosa, Azucena empezó a trabajar en Harrod's a los dieciocho recién cumplidos. Aunque tiene veinticuatro, sigue pareciendo menor. Tiene rostro de madonna y unos arrobadores ojos celestes. El uniforme se ocupa de disimular sus formas, los pechos erguidos, chicos y firmes, la cintura estrecha y la cadera amplia. A Azucena le avergüenza un poco la exuberancia de sus nalgas en esa silueta que pretende mantener delicada. Sin embargo, esa desmesura que la turba frente a un espejo se compensa, al bajar uno la mirada, con las piernas estilizadas y esos tobillos delgados que la complacen tanto como el busto.

Cruza de sangre española con alemana, oriunda de Villa Ballester, Azucena es, como casi todos en el país del crisol de razas, hija de inmigrantes. Sus padres son un tendero gallego y una repostera tirolésa. El padre, dueño de un negocio de saldos y retazos, se opuso a que la hija, además de estudiar Letras en el profesorado nocturno, prefiriera independizarse de su negocio y buscara empleo de Harrod's. Si bien le daba cierto orgullo que su hija trabajara en la tienda inglesa, le costaba resignarse a que rehusara quedarse tras su mostrador. La madre, en cambio, mientras se deslomaba horneando strudels, estimuló las inquietudes de la hija, lectora devota del Werther, que confundía el romanticismo desbocado con la creación literaria.

Un buen partido, Azucena, pensaban los padres. Empleada en la importante casa inglesa, futura profesora, lo menos que merecía aspirar era a un marido con título: médico, abogado, ingeniero. Pero, para escándalo familiar, Azucena se enamoró de un divorciado.

Y es acá, dice el profesor, en este aparente desvío, donde surge una historia lateral que, a su modo, no lo es tanto. El obstáculo que, como en toda trama, deberá salvarse para llegar al final, el desenlace.

Azucena es un primor, me confesaría una noche el profesor De Franco. La amo con locura.

Cincuentón, De Franco había sido flechado por su alumna en el profesorado nocturno. Separado, padre de un varón y una mujer, De Franco estaba dispuesto a mandar al diablo la soltería que tanto le había costado obtener luego de veinte años de matrimonio. A sacrificar la libertad misógina duramente recobrada, por esa flor de piba.

Flor de piba, así definía a Azucena.

Por primera vez en mi existencia alguien me arrancó de mí mismo, iba a confiarme De Franco, cuenta el profesor Gómez.

Si un mérito le reconocía De Franco al peronismo era que implantara la ley de divorcio. Por fin iba a ser libre. Por fin puedo ofrecerle mi libertad a Azucena, me dijo, entusiasmado, por esa época. Porque qué es la libertad, Gómez, sino el albedrío para elegir un cautiverio.

Hombre mayor y poeta menor, Gabriel De Franco se había puesto el “De” como signo de presunta alcurnia para firmar sus libros de versos. El prestigio que pudiera concederle no contribuyó, como esperaba, a la difusión de su obra. Como tantos intelectuales, De Franco la había ido de izquierdista en su juventud y, más tarde, declinó hacia una visión escéptica de las grandes causas que, según algunos de sus antiguos camaradas de Boedo, se había vuelto puro conformismo. Otros, en cambio, atendiendo su celebración de lo cotidiano, lo reclamaban para el movimiento nacional. Debía admitirse que, en su perseverancia por poetizar lo cotidiano, además de enfocar sutilmente lo social, De Franco había manifestado una coherencia, siempre fiel a su lema, que daba en llamar “una poética de la restricción”. Caminante incansable de la ciudad, De Franco solía escribir, cuando lo derrumbaba el agotamiento físico, en los bares.

Hay que escribir cuando el cuerpo no da más y, sin embargo, lo pide, me dijo una vez.

Silencioso, parco, a menudo cáustico, De Franco cultivaba una figura entre la moda y el descuido. En ese desaliño suyo había algo de negligencia estudiada. Como en la simpleza elemental de sus poemas.

En las cosas, me dijo una tarde, ahí están las ideas.

De Franco parecía siempre absorto en un problema metafísico que no cualquiera podía comprender. Deliberadamente, se había vuelto un tipo cuyo encanto era el desencanto. Cuando emitía una opinión, apelaba a una anécdota mínima. Y se notaba,

a su pesar, que en esa voluntad de ejemplificar con lo chico había una elaboración que, previamente, le había devanado los sesos. En más de una oportunidad me pregunté hasta dónde no era un impostor. En ese “De” podía haber una explicación. Del mismo modo en que, para ennoblecer su apellido, el hombre había recurrido a esa presunción de aristocracia, más tarde, para nombrar a su amada, reemplazaría el apellido gallego por el tirolés. En una de éstas, corresponde pensar, lo suyo no era tanto una pretensión de clase como ese mal inexorable que ataca a tantos: la confusión entre literatura y realidad.

Las verdades simples, decía De Franco, se encuentran en la sombra de un patio, en el eco de pasos en una vereda, en el gorjeo de un canario, en el perfume de una arboleda llovida, Gómez. Uno se deja embelesar por la gloria de un parnaso futuro y no se da cuenta de que no hay lauro comparable a la quietud de la siesta. Mire, Gómez, se lo digo con toda sinceridad.

Soñamos con las estrellas del cinematógrafo pero la auténtica belleza está en una chiquilina de la otra cuadra, no sólo más próxima sino también más lozana. Le cambio las muñecas de figurín y toda la perfumería de París por la fragancia jardinera de una jovencita de Villa Ballester.

Aunque me llevaba veinte años, De Franco creía ver en mí un joven galán que, en el ámbito docente, se comportaba con mesura. Esta suposición suya, que yo me esmeraba en no desmentir, fue volviéndome, con el tiempo, un amigazo, como le gustaba considerarme.

Estas conversaciones nuestras, Gómez, son entre hombres. No es menos hombre quien duele por una mujer. Usted me entiende. Permítame que le confíe un último poemita, me decía.

Entonces sacaba una libreta de almacén en la que escribía a lápiz sus versos. Porque De Franco pensaba que su poesía serena y vecinal merecía escribirse a lápiz en esas páginas modestas.

Necesito hablar con alguien, Gómez, me decía. Usted, que es un caballero, sabrá comprender la circunstancia que estoy atravesando.

Azucena, decía De Franco. Mi pequeña Azucena, decía.

En la narración conviene aplicar los secretos del arte de la lencería. Una historia seduce siempre más por lo que oculta. Lo que se sugiere siempre es más revelador que aquello que se exhibe. Ningún secreto: la narración y la lencería aplican toda su seducción cuando prefieren insinuar. Así como una narración no es un diario de la tarde con fotografías sensacionalistas, la lencería es la antítesis de la exposición de ganado en la Sociedad Rural.

De Franco conoció a Azucena en una de sus clases. Desde la primera mirada que cruzaron, el poeta sufrió un desajuste en todo el cuerpo. Le costó concentrarse en el

análisis de las églogas de Garcilaso.

Salid sin duelo lágrimas corriendo, repetí manteniéndole la mirada a la rubiecita. Y ahora, al contarlo, me parece que fue así, Gómez: ella me sostuvo la mirada. Sonó el timbre. Hubo ese revuelo del alumnado parándose, juntando sus carpetas y sus libros, la estampida hacia la puerta. En esa marea de muchachos y chicas, seguí con la mirada a la rubiecita. Me pareció que se retrasaba. Entonces giró apenas, y otra vez su mirada y la mía se encontraron. Después, los que iban detrás la empujaron y la perdí de vista en ese último grupo que ya se apuraba en ganar el pasillo. Solo en el aula, empecé a guardar en el portafolios el Garcilaso, el ensayo de un hispanista y mis anotaciones. Aunque en las calles se había instalado un marzo lluvioso y fresco, en el aula perduraba esa tibieza que dejan los cuerpos en un lugar cerrado. Me pareció que sentía por primera vez el olor de los pupitres y la tiza. La soledad abrupta del aula era también la mía.

Esa noche, al volver a su refugio de solitario, como él lo llamaba, De Franco se sintió raro. El refugio era un departamento en el cuarto piso de un edificio art nouveau en Chacabuco al setecientos, frente al teatro Margarita Xirgu. A De Franco le gustaba, por las noches, acodarse en el balcón de esa sala que daba a la calle y, desde ahí, con un vaso de sello verde, contemplar cúpulas, terrazas y techos imaginando que vivía en otra ciudad y que él era otro.

La poesía es un ejercicio de nostalgia, Gómez, me dijo De Franco. Nadie, cuando está contento, escribe un verso decente. Hay que sentir nostalgia, la impresión de que lo vivido con amor se pierde definitivamente. O trate de citarme, querido Gómez, un poeta optimista que valga la pena.

Whitman, contesté sin vacilar. Y al citar a Whitman temí, por un segundo, que De Franco pudiera atisbar mi inclinación.

No se confunda, Gómez, me dijo De Franco, paternal. Lo de Whitman no es poesía. Más bien el himno norteamericano.

Y después:

No se moleste porque disintamos, colega. De la discrepancia, del debate de ideas, surge siempre alguna luz. Hágame un favor. Esta noche, cuando arribe a su domicilio, escarbe en su corazón. Y verá que, en las dichas extraviadas del pasado, se encuentra el material más rico para la inspiración.

No soy un poeta, De Franco, le aclaré, como si hiciera falta. Puedo traducir con gusto, pero soy incapaz de versificar algo personal.

Para que la lira suene es necesario tocarla todas las noches, Gómez. Todas.

Pero volvamos a esa noche en que De Franco cruzó su mirada con la de esa alumna rubiecita sobre el fin de la clase. Al regresar a su balcón, notaba una exaltación que lo asustaba. El ritual de nostalgia se le había arruinado. La noche húmeda, de pronto fría, le ocultaba la vista de la ciudad con una bruma casi llovizna.

La sello verde, en vez de motivarlo, lo sumía en un estado desolador. Volvió a su escritorio y abrió, al azar, un libro de Fernández Moreno. Encontró un poema y lo copió en su libreta de hule negro:

“Ordéneme el pensamiento,
—lo único que te pido—
para eso me lo has revuelto”.

Fue De Franco quien acometió el primer gesto de acercamiento al llamarla por teléfono a Harrod's, aunque la alumna no vaciló en reconocer más tarde que, aquella noche en el aula, esa miradita que le había enviado al profesor era una correspondencia. De Franco pasó a buscar a su alumna a la salida de Harrod's. Mientras la esperaba, desde la esquina de San Martín y Paraguay, esforzándose por distinguirla entre las siluetas de empleados y vendedoras que salían, De Franco pensó que le llevaba más de treinta años.

El miedo al ridículo le estaba jugando en contra, pero pudo más el impulso que lo había llevado hasta esa esquina y, controlando el nerviosismo, identificó a Azucena, separándose del personal, un grupo de hombres y mujeres jóvenes. Azucena caminó resuelta a su encuentro.

Cómo podía ser que un poeta que había hecho un culto de lo simple limando su lenguaje hasta reducirlo al hueso de las cosas, ahora no diera con las palabras adecuadas, se reprochó De Franco.

Quizá le deba una disculpa, Azucena, arrancó. Creamé que no me fue fácil decidir llamarla. Quisiera que mis sentimientos le quedaran claros a pesar de la torpeza con que me expreso. Espero que no le parezca una impertinencia que nos tuteemos.

En absoluto, le contestó Azucena. Invíteme a tomar un té.

Fuimos hacia la Gran Vía del Norte, me contó más tarde De Franco. Mire qué petulancia, Gómez, denominar así esa avenida.

Si a De Franco le costaba contarme, más lo inquietaba guardar solo esta historia. Pretendía ser objetivo, describir simplemente, como en uno de sus versos, lo sucedido en ese primer acercamiento a su alumna. Y a la vez se proponía, en la precisión de las palabras, esquivar el ridículo.

Apenas nos pusimos a caminar por la avenida hacia Callao, reparé que tal vez podíamos cruzarnos con alguien conocido. El profesor y la alumna, pensé. El viejo libidinoso y la doncellita, pensé. Me di cuenta de que estaba apurando el paso y Azucena, a mi par, caminaba agitada con un aire entre confiado y altivo. Se me ocurrió rozarla apenas, tomarle el brazo al cruzar una calle, pero me contuve, Gómez. Usted comprende de qué le hablo.

Cómo no iba a comprenderlo. La confesión de De Franco me devolvía a mis

escarceos nerviosos con ese preceptor que me encendía. Que yo experimentase una pasión similar me ubicaba en una posición privilegiada para comprender lo que se padece y se goza en una pasión vedada, esa mezcla de goce desatado y bloqueo. Si lo que De Franco había buscado era un interlocutor para compartir en secreto su caída en lo prohibido, había dado con la persona indicada. Le dije:

Lo prohibido, De Franco. Sé de qué me habla.

Es usted un caballero, me agradeció De Franco.

Llegaron por fin hasta la confitería El Águila. La muchacha parecía más segura que él. Fue ella quien eligió una mesa apartada. También supo adelantarse, cuando el mozo se acercó a la mesa, y pidió anís para los dos.

Te juro, Azucena, que esto no me pasó antes, dijo De Franco. Y, que conste, soy un hombre que ha vivido. Pero, la verdad, no sé cómo explicarte lo que siento.

No hace falta, dijo Azucena. Tomó un sorbo de anís, se pasó la punta de la lengua por los labios, se echó hacia atrás mirándolo a los ojos. No hay que explicar nada.

Tuteame, insistió De Franco.

Me gustaste desde que te vi. A la salida de clase, cuando te veía perderte solo en la noche, pensaba que lo nuestro era imposible. Cómo ibas a llevarle el apunte a una mocosa.

Pero no soy una mocosa, profesor. Soy una mujer.

El poeta debe caer como un halcón sobre su presa, aconsejaba Fernández Moreno. Azucena tenía la mano helada y húmeda. La de De Franco ardía.

La presa soy yo, pensó.

Azucena le contó que leía a Alfonsina y le preguntó si él la había conocido. De Franco asintió. Y también a Baldomero, dijo. Es mi maestro, dijo. Azucena, conmovida, le preguntó si habían sido amigos. De Franco dijo que no. La admiración le había impedido una aproximación. Se lo habían presentado en una reunión de académicos. Pero como él evitaba frecuentar esos ámbitos, no había vuelto a encontrarlo, se lamentó De Franco. Mientras conversaban, la confitería fue vaciándose. Cuando quisieron darse cuenta, habían pasado lista a la literatura, el cine y la música. A Azucena le gustaban los escritores realistas franceses. Novelas fuertes, dijo. No obstante esta inclinación hacia la novela realista, había en ella también un temperamento romántico: su cinta predilecta era *Lo que el viento se llevó*. En cuanto a la música, le gustaba toda:

Depende del estado de ánimo con que estoy, dijo. Se me puede dar por los impromptu como por el foxtrot.

Y en pintura le gustaban los impresionistas.

Soy una cotorra, se cortó entonces la muchacha. No paro de hablarle de mí.

Es que yo no tengo mucho que contar, Azucena. Vivo solo. Apenas se implante el

divorcio legalizo mi situación.

Te deben querer tus hijos.

No creas. La madre me los tiró en contra.

Permanecieron hasta tarde en la confitería. Al salir, la avenida, poco transitada, era barrida por una brisa húmeda fresca. Se aproximaba el momento de la despedida. De Franco quería postergarlo, pero no se le ocurría cómo. En la vereda, Azucena consultó su reloj pulsera y se sobresaltó.

Voy a perder el tren, se asustó.

No te preocupés, le dije. Y paré un taxi.

Aunque ya era tarde, igual me asustó el papelón que me parecía estar haciendo al tomar del brazo a la muchacha. Creía saber cómo seducir a una dama, pero con la chiquilina me había ganado el desconcierto. A pesar de mis años, ignoraba cómo robarle el primer beso a esa piba en flor.

Subimos a un mercedes negro, siguió De Franco. El taxista me oteaba por el retrovisor, esperando mi señal para dirigirse a una amueblada. Mis peores presunciones se cumplían. A Villa Ballester, dije, cortante.

Y le voy a confesar algo terrible, Gómez, me dijo entonces De Franco. Y, abismándose, respiró hondo antes de confesar:

Andar con Azucena por la calle era como andar desnudo.

En Villa Ballester, no muy lejos de la estación de ferrocarril, el asfalto se volvía tierra, y el barrio, aún poblado, se impregnaba de campo. A De Franco le había parecido que la muchacha entraba en su casa. Pero no. Azucena entró con sigilo por el jardín delantero y volvió corriendo al taxi, con un ramito de azucenas recién cortadas.

Para que no te sientas tan solo, le dijo.

Al volver a su departamento, después de poner en un jarrón con agua las flores y de aspirar ese aroma silvestre, abrió la doble puerta del balcón de la sala y lo mismo hizo en su dormitorio. De Franco hervía y también sus pensamientos. Si la noche anterior no había casi dormido, ahora veía avanzar despacio hacia él, en cámara lenta, otra noche en vela. Sacó el diccionario de su estante y leyó: “Planta perenne de la familia de las liliáceas, con un bulbo del que nacen varias hojas largas, estrechas, lustrosas. Tallo alto y flores terminales grandes. Blancas y muy olorosas. Sus especies y variedades se diferencian en el color de las flores, que se cultiva en el adorno de los jardines”. A De Franco se le antojó que no podía haber definición más completa y certera de su amante. Su éxtasis poético alcanzó el cénit cuando leyó que, entre las variedades de dicha planta, había una llamada “Azucena de Buenos Aires”. Ésta, sin duda, era una señal que el destino le arrojaba como un guante en la cara. De Franco aceptaba el reto.

Y en ese mismo instante se abocó a la creación del primer poema, que, aprovechando el embale, transcribiría en verso libre la definición que le había proporcionado el diccionario. No usaría puntuación tampoco, porque si Azucena había irrumpido en su existencia como una brisa campera, esa misma brisa barrería, además de la métrica, también los puntos y las comas. Esos poemas tendrían, en su estilo sencillo, un carácter elegíaco. Cada uno concentrado en un instante, un detalle, reflejando en lo mínimo el todo, lo universal. Porque, ahora, el universo tendría la medida de Azucena.

Azucena de Buenos Aires, recita el profesor Gómez.

Así decidió De Franco que titularía el conjunto, el libro, porque no iba a limitarse a escribir unos pocos versos. Y se pasó en vela el resto de la noche.

En el encuentro siguiente, después de la salida de clase, cuando por fin se encontraron en la puerta de un café, De Franco temía que una iniciativa torpe de su parte desbaratara el idilio y decidió frenar su precipitación. Salieron a caminar por la ciudad desierta y al rato le dijo:

Mirá, Azucena, es tarde. Y vos sos una piba. No quiero que tengas problemas en tu familia.

No te preocupés tanto, contestó ella. Llévame a algún lado.

Podemos cenar, propuso De Franco.

Quiero conocer tu refugio, pidió ella.

En la oscuridad del taxi estuve por abrazarla, me contó después De Franco. Estábamos tan cerca del beso. Pero me contuve, Gómez. Entonces ella giró de improviso y me dijo:

Avisé en casa que esta noche me quedo en el centro. A dormir en casa de una prima.

Y sonrió con picardía:

Mi prima no tiene teléfono.

De Franco por fin se atrevió a tomar la cara de Azucena entre sus manos y la besó con suavidad. Azucena le devolvió el beso con fuerza. De Franco persistió en otro beso suave y la abrazó. Con la cabeza apoyada en su hombro, ella le dijo:

Parecés mi papá.

Así son las cosas, Gómez.

Los mozos ya empezaban a levantar las mesas. Se había hecho tarde. Como regresando a la madrugada que yacía en el fondo de nuestras sillas verdes, De Franco continuó:

No lo voy a aburrir con el detalle de mis conquistas, dijo. Que las he tenido, y son cuantiosas. Cuando un hombre se pone a hacer el inventario amoroso es que se declara vencido, no por el recuerdo de lo que fue sino de aquello que ya no será. A

pesar de la consumación de mis ganas, con Azucena me sentía un poco así, esa noche.

Si mi reserva me convertía en un caballerazo a los ojos de De Franco, él también lo era. Otro hombre se habría regodeado con la hazaña erótica. Y digo hazaña desde la perspectiva del vulgo machista: desvirgar una doncellita. De Franco, en cambio, no se solazaba con la conquista. Podría suponerse que la experiencia no había sido tan singular porque, como supo por una confidencia de la muchacha, Azucena no era virgen. Ya había tenido un novio. Un operario de la Osram, dijo. De Franco intuyó un desprecio en el tono de la muchacha. Azucena no valoraba ese noviazgo como un romance sino más bien como un accidente fruto de la imposición materna.

Voluptuosísima la pequeña, dijo. Y miró añorante a través de la vidriera del bar, la noche, la calle mojada. Pero convengamos, Gómez, que un viejo, en estos casos, avergonzado por su cuerpo añoso, lo oculta en la penumbra.

Viejos son los trapos, le dije, alentándolo. No era exactamente compasión lo que me causaba De Franco. Más bien, una solidaridad en la que yo, por entonces más joven que el profesor, me anticipaba a mi propia vetustez.

Nunca antes me sentí como con vos, le susurró después Azucena, acurrucada contra su pecho. Creo que hasta ahora no supe lo que era un hombre, dijo ella. Ni tampoco qué significa ser mujer.

Hubo entonces un rebote como de cartones agitados en el balcón, me contó De Franco. Tardamos en sentir con claridad que se trataba de un aleteo. Una paloma, pensé primero. O un gorrión perdido. Pero ese revoloteo ahora penetrando por la banderola, esa sombra más negra que todas las sombras, era un murciélago que, de pronto, entró en el dormitorio y nos sobrevoló lanzando un chillido. Azucena lanzó un grito de asco y horror. El murciélago volaba chocando contra las paredes. Aterrada, Azucena se tapó con la sábana y yo, desnudo como estaba, levanté un zapato y fui a su encuentro. Alcancé a golpearlo con la suela, sentí repugnancia en ese contacto brevísimo. Conseguí espantarlo. En su vuelo, el murciélago se alejó hacia el escritorio, rebotó contra la biblioteca, rodeó la lámpara y después de sobrevolar mis papeles huyó por la puerta entreabierta del balcón. Aun cuando había abandonado el departamento a mí me pareció, apenas un segundo, en una visión fugaz, que mi propia sombra en la pared era la del murciélago. No la sombrita parpadeante a que nos tienen acostumbrados las películas de Bela Lugosi. Mi visión fue la de un sino premonitorio. Mi autorretrato. Eso vi entonces. Porque, mientras volvía hacia Azucena, a su cuerpo dulce y tibio estremecido por el miedo, me pregunté si acaso no era yo un vampiro que nutría mi existencia con la juventud de esa menor.

Al contar, De Franco siempre evitaba el detalle anatómico. Pude entender este

pudor que no era fingido, y no sólo debido a su estilo poético, parco y contenido. A medida que pasaba el tiempo, porque ya hacía más de un año largo que se había enredado con Azucena, sus confesiones, como su metejón, se habían tornado más graves. Como vate era consciente de que la mención de unas pocas cosas bastaba para referir el clima de un encuentro. Pero en esos breves detalles era visible que la relación con Azucena estaba arrinconando a De Franco. Buscando resistirse, quiso averiguar si era capaz de librarse del deseo probando otros cuerpos, me confió una noche. Pero no hubo caso:

No habrá ninguna igual, Gómez. Ese verso me machaca.

Azucena se percataba de que él no tenía paz:

Deberías ser más vos mismo, me dijo una madrugada, Gómez, mientras nuestros cuerpos yacían en un después. Una lluvia helada baldeaba las calles. Y era reconfortante quedarse exhaustos, abrazados en ese nido con nuestros olores y el susurro asmático de la estufa de kerosene, con sus llamas violáceas por toda iluminación en el ambiente. Y cómo sería eso, le pregunté. Azucena se me acurrucó contra la axila:

Podrías tenerme así todas las noches de tu vida si lo quisieras, Gabriel.

Te referís al matrimonio, le dije. No era una pregunta.

Llamalo como quieras. Acaso un matrimonio no puede quererse como nosotros nos queremos.

Ya estuve en el infierno, Azucena. No me lo hagas recordar.

Yo sé que con el tiempo vamos a querernos más.

Es al revés. Con el tiempo se quiere menos.

No digas esas cosas. Casémonos, Gabriel.

De Franco podía vaticinar que, en unos años más, Azucena lo plantaría por un joven, practicando con éste todo lo que aquél le había enseñado. Era preferible apurar el final que postergarlo, se dijo.

Mirá, piba. El día que yo afloje me mandás el colacionado, ¿estamos?

Vos te hacés el gallito porque tenés otras por ahí, dijo Azucena. Te creés que soy una pánfila. A ver cómo reaccionás el día que te diga que conocí un muchacho.

Y para qué querés que nos casemos, si se puede saber.

Quiero un hijo tuyo, Gabriel.

Me sonreí, Gómez, dijo De Franco. Al relatarme aquella conversación con Azucena era un perro apaleado. Era tan perfecta esa noche, la tibieza de estar acurrucados, uno junto al otro. De Franco supo que ese instante iba a ser eterno. Más eterno que un matrimonio. Como un poema, pensó.

Casate vos, Azucena, le dijo entonces. Casate, tené un hijo y volvamos a ser amantes.

Azucena empezó a manejar la situación, poco a poco. Sabedora de los espasmos de fuga de De Franco, y los amargores que les seguían, cuando lo veía volver, rendido, a buscarla, en sus ojos celestes asomaba la picardía:

Dónde estuviste, Gabrielito.

Y no es una pregunta, Gómez. Cuando le da por llamarme Gabrielito me revienta, me confesaba un De Franco cada vez más hundido, horas después, frente a una sello verde, en algún café de Avenida de Mayo.

Una noche, sin avisarle, fue a esperarla a la salida de Harrod's. Desde la esquina De Franco vio el alboroto de empleados despidiéndose, los rostros de cansancio y alegría después de la jornada.

Hasta que las últimas jóvenes se dispersaron me quedé esperando, Gómez. Algunos empleados se saludaban con una camaradería confianzuda con las muchachas. Entre las muchachas había las que se daban un beso, quienes se palmeaban y quienes, separándose, iban al encuentro de un novio o un amigo. Había algo en esas relaciones que me estaba vedado, algo que me era inaccesible. Cuando el personal ya empezaba a dispersarse, vi a Azucena conversando con un joven delgado, morocho, de traje cruzado, con entradas de calvicie prematura, más bien bajo, que le sonreía almibarado. Debo confesarle, Gómez, que los trajes cruzados siempre se me antojaron de un gusto chabacano. Además, el joven no paraba de gesticular como un actor italiano, reteniéndola con un entusiasmo que no lograba contagiarle a Azucena. No había que ser zorro viejo para darse cuenta de que estaba entregado. Bastaba ver sus manos ahuyentando insectos invisibles en torno a mi muchachita.

De Franco pensó que Azucena no lo había visto. Pensó en pegar media vuelta y marcharse a paso firme. Pero ella lo vio. Saludó levantando un brazo, como diciendo ya voy.

Durante unos minutos que a mí me parecieron interminables, pareció compartir de golpe el entusiasmo del joven demorando la partida. Finalmente, se despidió. Le dio un beso y cruzó la calle hacia mí. El joven permaneció un instante en la puerta de la tienda, observándome. Pude apreciar la rivalidad en su mirada.

Pedrito es un admirador, me dijo Azucena. Está empleado en compras, haciendo carrera. Es músico también. Toca el acordeón. Estás celoso, se divirtió Azucena. Me extrañaste mucho, sonrió tomándome del brazo. Ves que no podés estar sin mí.

Para Azucena era toda una aventura caminar esas calles prostibularias del Bajo. Pasamos por un piringundín. De adentro emergía en sordina un mambo. En la puerta, una puta se miraba las uñas carmín. Al pasar, la mujer comentó algo que preferí ignorar. Cerca, un matón vigilaba. La noche húmeda y pegajosa del Bajo hedía a perfumes baratos, alcohol y petróleo. Esquivamos unos marineros que avanzaban tambaleándose y, sin soltarle el brazo, le pregunté:

No te parece más apropiado mi departamento.

Me encanta este ambiente, dijo Azucena.

A vos te conviene Pedrito, le dije. Él nunca te traería acá. Te llevaría al altar.

Azucena se apretó contra mí:

Pero yo quiero ser tu putita, me susurró.

De Franco hizo una pausa. Se preguntaba si estaba yendo demasiado lejos con la revelación de sus secretos, me di cuenta. Haberme contado ese pedido de Azucena, más que un regocijo en la memoria, era hurgar en una lastimadura:

Así entramos en una amueblada de la calle Bouchard, siguió. Había unos farolitos carmín en la entrada. En la salita de recepción, detrás del mostrador, una cincuentona gorda, teñida, escotada, con pinta de madama, nos sonrió con concupiscencia.

La menor, preguntó la gorda, tiene documentos.

Soy la hija, contestó Azucena, desafiante.

La mujer quedó muda.

Azucena contraatacó:

Tiene espejos la habitación.

Yo puse un billete sobre el mostrador. La gorda no vaciló en atraparlo. Giró hacia el casillero de las llaves y haciendo tintinear unas, me las tendió. Subimos por una escalera alfombrada de rojo.

A cuántas trajiste acá, preguntó Azucena.

A ninguna, le mentí. Sos la primera.

En el pasillo había olor a desinfectante y un jorobadito uniformado con chaleco, moño y botines sentado en un banco. Al lado tenía una mesa baja con toallas, jabones y papel higiénico. Vino hacia nosotros, nos entregó dos toallas, un jabón y un rollo. Yo le di unas monedas de propina. De un cuarto del fondo nos alcanzaron unos gemidos de mujer y un jadeo ronco de hombre.

Apenas entramos a la pieza, Azucena contuvo la risa:

Lo que habrá de escuchar el jorobadito, dijo. Y después:

Dale, confesá. A cuántas trajiste acá.

Por qué te preocupan tanto las otras, le pregunté. No será que querés saber cómo es hacerlo con una mujer.

Por qué no, contestó Azucena mientras inspeccionaba el cuarto.

Debí ver algo más que desenfado seductor en esa respuesta de Azucena, Gómez. Debí ver el peligro. Pero me negué a aceptarlo. En efecto, había espejos en ese cuarto. En el techo, a los costados de la cama, en la cabecera. La única pared sin espejo era la que daba a la calle, al puerto, los mástiles borrosos en la niebla. La media luz de esa pieza, nuestros cuerpos reflejados en los espejos, reproduciéndonos en cada posición. Fue entonces que pensé: y si la preño. Si la preño esta noche.

Casarse, un chalecito de barrio suburbano, enanos de jardín, pensé mientras la penetraba. Las noches de verano, sacar una silla a la vereda mientras los chicos cazan

luciérnagas, pensé. Dejarme crecer las uñas de los pies, usar chancletas y matear. Los sábados por la tarde ir al café de la esquina a distraer el tedio conyugal con unas partidas de billar. Un pijama rayado como uniforme de presidiario. Enterrarme, de una vez y para siempre, en una vida mediocre, pensé. Una forma excelsa de llevar mi poética sencillista hasta sus últimas consecuencias.

Por atrás, me pidió Azucena. Era una orden: Hacemeló.

Del otro lado de los docks, en una dársena del puerto, sonó como un mugido la sirena de un remolcador.

Fue por aquellos días que De Franco me lo pidió: quería que yo conociera a Azucena.

Necesitaba una opinión. Una opinión neutral, objetiva, dijo.

Pero si la tengo vista, le recordé. Usted me la señaló hace tiempo en el profesorado.

No me refiero a una opinión visual, Gómez, dijo De Franco. Necesito el juicio técnico de un conocedor del alma femenina como usted. Si hasta ahora ha sido un caballero, no me va a fallar ahora.

Lo acompañé nomás. Sin demasiada gana. Y también ignorando que de ese encuentro decisivo surgirían toda clase de complicaciones. No quiero perderme en otra digresión ni adelantar los sucesos que empezarían a complicarse a partir de esa noche, cargándome de culpa, ya que en más de un sentido había sido yo el catalizador al conducir a De Franco y Azucena a la Richmond, donde nos aguardaban Lía y Delia.

Las dos escriben, informé a De Franco. Lía es periodista y poeta. Delia, en cambio, es más narradora.

Azucena estaba hechizada. Para la muchacha, caminar por Florida a esa hora de la noche, entre el poeta maduro que emulaba a Fernández Moreno y el profesor de literatura inglesa significaba pasear por alguna peatonal del Parnaso. Pude advertir los nervios que tenía. Como suelen hacer los jóvenes, al encontrarse entre mayores que respetaba, Azucena calló todo comentario que pudiera sonar atropellado y prematuro. Por momentos, el suyo era un silencio más avergonzado que introvertido. Me acuerdo de la actitud paternal de De Franco, un chiste suspicaz que hizo sobre la diferencia de edad entre él y nosotros. Después de todo, como ya dije, el joven Gómez era apenas mayor que Azucena. De Franco, en un segundo en que Azucena se nos adelantó, hizo otro comentario, indigno de un poeta y de un hombre medido. Al mirarla de atrás, llamaba la atención su resolución al caminar. Imposible no fijarse en ella, en su contoneo. El comentario que hizo De Franco, si bien elogioso de las formas de la muchacha, no lo dejaba bien parado:

A mí me gusta cuando se aleja, dijo. Comprenderá a qué me refiero, Gómez.

Todavía esta noche me recrimino haber festejado esa ocurrencia revisteril. Al incurrir en ese humor procaz, De Franco había mostrado una faceta que le ignoraba, demasiado parecida al miedo.

Azucena se volvió. No le fue necesario decir nada para transmitir su molestia.

De Franco quiso arreglarla:

Me refiero a que la poesía viene cuando tu encanto se aleja, Azucena, dijo. No hay como el alejamiento para alimentar la inspiración.

Si querés que me vaya, contestó Azucena, no tenés más que decirlo.

No quise ofenderte, muchacha, quiso conciliar De Franco. Yo hablaba de poesía.

Yo también, le retrucó ella, altanera.

Y no se quedó ahí:

Cuando se hace ironía con un sentimiento es porque no puede soportárselo.

Y aclaró, por si hacía falta:

Alfonsina Storni.

Brava la muchacha, pensé.

Para aflojar el disgusto de Azucena, De Franco la tomó de un brazo, le susurró un piropo que no alcancé a oír. Pero no hubo caso. Ella se había puesto esquiva. Y así seguimos, hasta la Richmond.

Lía esperaba en una mesa del fondo. Tenía el pelo recogido, unos lentes modernos que nunca le había visto y fumaba en boquilla. Estaba sumergida en la lectura de un libro, subrayándolo. Vi que era una novela de Stefan Zweig. Hice las presentaciones y nos sentamos a la mesa. Azucena observó el libro, le pidió permiso a Lía y lo hojeó, deteniéndose en un subrayado:

El que no es apasionado, leyó, llega a ser, cuanto más, un pedagogo.

Y miró a De Franco antes de seguir:

Hay que llegar siempre a las cosas desde adentro, partiendo siempre, siempre de la pasión.

Pude pescar la mirada de Lía a Azucena. Había visto antes esa mirada suya. Vi también cómo Azucena le devolvía una sonrisa. De Franco no captó lo que había en esa mirada de Lía. Ni tampoco el brillo encandilado en los ojos de Azucena.

Y Delia, pregunté. Supuse que estaría con vos.

Ya no creo que venga, contestó Lía. No es la primera vez que me planta. Anda medio perdida.

No conocía este libro, dijo Azucena. Me gustaría leerlo.

Te lo presto, si querés, le dijo Lía. Pero cuando leas a Proust te va a parecer más agudo en el análisis de los celos.

Proust, intervino De Franco. La poesía de los pequeños detalles.

Proust es más que eso, De Franco, dijo Lía. Los celos bien pueden ser un método de conocimiento. Del otro y de uno mismo. No se conoce al ser amado en lo que se

comprende por entrega tanto como en los celos.

Azucena estaba deslumbrada. Lía se volvió hacia ella:

Tenés que leer a Proust, le dijo.

Miré la hora:

Delia debe haber tenido algún problema, dije.

Lía me ignoró:

Por qué no pedimos unos claritos, dijo. Y hacia Azucena:

Vos también escribís.

Estudio, contestó Azucena. Y lo miró a De Franco.

Lía siguió su mirada:

Entiendo, dijo.

Lía empezó a evitarme en los días siguientes. Hubo una semana de tormenta, una sudestada se apoderó de la ciudad. Pero ni un temporal, por implacable que fuere, solía ser impedimento para que Lía y yo no nos encontráramos. Habíamos pasado tempestades más tremendas. Pensé que algo había sucedido entre Delia y ella. Que Lía no diera la menor señal, que incluso se hiciera negar en el teléfono de la redacción del diario, indicaba que algo grave ocurría.

Una noche de esa semana borrascosa, a pesar de que era tarde y seguía lloviendo, no aguanté más y me tomé en Once el tren del oeste. Bajé en Floresta y caminé hasta su departamento.

Lía se asustó al abrirme:

Qué pasa, me preguntó.

Tenía una marca en la mejilla.

Eso mismo pregunto yo, dije, y le toqué apenas la marca en la cara.

Un accidente, murmuró ella. Nada grave. Unos chorritos. Me atracaron cuando estaba viniendo de la estación para acá. Era de noche, caminaba por Yermal, estaba oscuro, me tomaron por sorpresa. Como me resistí, me felpearon. Nada grave. Por suerte no fueron más que unos pesos.

No te creo, le dije.

En su mesa de trabajo, al lado de la máquina de escribir, entre dos pilas de libros, había un ramo de azucenas en un florero de porcelana.

Y Delia, pregunté.

Qué te pasa, Gómez.

Pensé que éramos amigos.

Vos tenés muchos amigos últimamente, dijo Lía.

De Franco es un compañero del profesorado. Más que amigo, soy su confesor.

El padre Gómez, se burló ella.

Estás muy rara, Lía. No te veo bien.

Por qué te metés en lo que no te importa.

Es que vos me importás, nena. Ahora, si querés que me haga el otario, me hago. Pero a mí no me engrupís.

Le toqué de nuevo, con la punta de un dedo, la marca en la mejilla.

Delia, dijo ella.

Y sonrió triste. Me preguntó si quería un coñac. Acepté. Lo necesitaba.

Fue después de esa noche en que nos vimos en la Richmond, arrancó Lía. Me prometés guardar el secreto.

Palabra de honor, dije.

Qué honor ni que ocho cuartos, Gómez. Ni aunque te picanen en el Departamento Central. Jurame.

No te basta mi palabra.

Estoy cansada de las palabras, dijo ella. Por el preceptor ese que te tiene a maltraer, por él jurameló.

Te lo juro, asentí.

Después de aquella noche en la Richmond, arrancó Lía, la llamé a Delia, le dije que teníamos que conversar. Había muchas cosas pendientes. No sólo si nos rajábamos a París, y cómo lo haríamos. Pero la conchuda se frunció. Antes tenía que definir otra cosa, me dijo. Qué tenés que definir, le pregunté. Dame tiempo, me pidió. No me podés tener como me tenés, Delia, siempre clavada. Lo nuestro quiero definir, me dijo ella. No es para hablarlo por teléfono, entonces, dije yo. Quiero que me lo digas en la cara. Te espero en Plaza San Martín, hoy mismo, la conminé. No me importó el diluvio. Si en ese lugar nos dimos el primer beso, ahí nos íbamos a dar también el último. Quizá no hace falta que nos encontremos, reuló Delia. A mí sí me hace falta, le dije. Llovió tanto el jueves. Acordate, Gómez. Estuve a punto de llamarla de nuevo y cancelar. Pero no lo hice. Cómo habrá sido mi voz en el teléfono que Delia, que siempre llega tarde a todas partes, esa noche ya estaba protegiéndose de la lluvia bajo los árboles cuando llegué yo. Estás loca, me dijo. Estoy empapada. También yo estaba empapada. Intenté besarla pero se apartó. Nos vamos a morir de una pulmonía, dijo. No estaría mal, le contesté. Morir juntas. De fiebre. Cada una con un termómetro en la concha. No le causó gracia. Crucemos al Plaza, me dijo. Qué, tenés miedo de estar a solas conmigo. Y si fuera así qué, me enfrentó ella. Si fuera así, sería parte de la definición: me temés, Delia. A mí tampoco me causaba gracia la situación. Pero ella no tenía ovarios para mandar todo al carajo, y se lo iba a decir, cuando ella me dijo que ya no podía más. Que tenía un hijo. Que me lo había presentado para que yo comprendiera. Tu hijo es una coartada, dije yo. Ella me pidió tiempo, que le diera tiempo. Que estaba confundida. Que quizá lo nuestro no había sido más que un desvarío suyo en una crisis conyugal. Quizá lo que le había ocurrido era que precisaba alguien que la escuchara. Alguien, repetí. Alguien no es un

pronombre tan neutro, Delia, le dije. Si yo soy alguien, soy alguien con un sexo. Tal vez no sentíamos lo mismo, balbuceó ella. Quería probar si era posible salvar su matrimonio. La que se quiere salvar sos vos, le dije. Y sabés qué me contestó, Gómez: No estoy segura de si me gustan las mujeres, eso me contestó. El asunto no es si te gustan las mujeres. El asunto es si te gusto yo. Necesito pensar, dijo ella. Dame tiempo, por favor, suplicaba llorando. Hasta cuándo iba a esperar, Gómez. Sabés qué sos, le dije. Una como tantas que vende la vagina por seguridad. En el fondo sos una burguesita a la que le asusta jugarse. Quizá no seas mejor que tu marido. Y la que se equivocó fui yo.

Podía imaginarme la escena, cuenta el profesor. Las dos en la noche, bajo la lluvia, sacudidas por el viento, la conversación crispada, Lía encendiendo con dificultad un cigarrillo tras otro, Delia temblando de frío, subiéndose las solapas del impermeable. Lía podía ser más que incisiva cuando le surgía la bronca.

Te conozco, mi amor. Y disculpá que te diga mi amor. Porque ahora parece que mi amor te ofende. Ahora no te querés acordar de las cosas que me dijiste, de las que me hiciste. Y qué vas a hacer con todo lo que yo siento. Lo mismo que con lo que escribís. Vas a esconderlo como te escondés vos. *La lengua del malón* es tu lengua. Es la mía. Es lo prohibido. Es la violencia de una pasión. De este puto país. Pero lo que escribiste, aunque lo quemes, está escrito. No lo vas a borrar así nomás. Te va a condenar mientras vivas. Mirá, no sé para qué me gasto. Si ni sabés de qué estoy hablando. Me usaste. Pero de amor, haceme la gauchada, no le hablés más a nadie, porque no tenés derecho. Ni sabés de qué se trata.

Por favor, le rogó Delia.

Rajá, turrita, contestó Lía.

El cachetazo de Delia la asombró más de lo que le dolió. Lía trastabilló, estuvo a punto de perder el equilibrio. Delia tiritaba. Le castañeteaban los dientes:

Perdoname, dijo. No quise hacerte daño.

Lía le sonrió con furia:

Ya me dañaste.

Y cerró el puño y le acertó una trompada en la boca. Delia cayó hacia atrás, sentada. Con el impacto se había mordido la lengua.

Perdoname, volvió a rogar Delia, con sangre en la boca. Dame tiempo. Por favor.

Sos una cagona, le dijo Lía.

La ayudó a incorporarse. Pero, al hacerlo, la agarró de la nuca, la atrajo hacia sí y le dio un beso de lengua, lamiéndole la sangre. Después se pasó la lengua por los labios y dijo:

No te quiero ver más.

En el reloj de la Torre de los Ingleses eran casi las diez.

Paladeé el coñac en silencio. Lía suspiró fatigada. Manoteó un paquete de

cigarrillos. Había vuelto a fumar negros, y ya no usaba boquilla. Era más la Lía que solía acompañarme en aquellas expediciones extramuros.

Lo que me contás explica muchas cosas, dije.

Ya no duele tanto, dijo Lía tocándose la cara.

Entiendo, dije yo. Y volví a mirar el ramo de azucenas.

De eso no voy a hablar, Gómez.

Ni falta que hace, dije.

Seguía debiéndole a De Franco mi opinión sobre Azucena. Pero yo también necesitaba tiempo y logré esquivarlo unos cuantos días.

Tiene su carácter la muchacha, le dije por fin, cuando me interceptó una noche en un pasillo del profesorado. Eso era lo que me parecía: audaz, intrépida, para su edad. Quién diría, le dije a De Franco, con ese aspecto angelical y púber, piensa como una mujer de ideas. No cabe duda, en ella se percibe su impronta.

De Franco no pareció conforme con mi comentario. Pero el timbre nos envió a cada uno a un aula.

A la salida de clases, como tantas veces, caminamos juntos una punta de cuadras. Íbamos en silencio, pero yo no podía olvidar el ramo que había visto en el departamento de Lía.

Qué quiso decirme con intrépida, Gómez, me tanteó De Franco.

Que la muchacha no retrocede ante los tabúes, dije.

Habíamos llegado, por Avenida de Mayo, hasta la 9 de Julio. De Franco tenía ganas de contarme algo:

Lo invito con una sello verde, dijo.

Esperó a que nos sentáramos en un bar y el mozo nos sirviera las dos copitas desbordantes de cubana. Entonces, después de un sorbo, como tomando envión, dijo:

Si Azucena no fuera valiente no me habría dicho lo que me dijo anoche, después del amor: que conoció a alguien. Pedrito, supuse yo, pero me equivocaba.

Y dale con Pedrito. No me esgunfies, dijo ella.

Entonces quién, pregunté.

Una persona, dijo Azucena. No importa quién.

Más joven, preguntó De Franco.

Es todo lo que te preocupa, dijo Azucena. La edad.

Tenés razón, piba, dijo De Franco impostando reciedumbre. Es que todo en la vida ya es más joven que yo.

Yo te quiero, Gabriel. Porque te quiero no puedo mentirte.

Esto tenía que pasar alguna vez, dijo De Franco que pensó en aquel momento. Y se impuso contemplar a Azucena, retener en el fondo de las pupilas su desnudez, su mirada, su voz. Porque supo que era la última vez que estarían así. Que, a partir de

esa noche, el departamento sería inmenso. Y la cama, una antártida. En un último intento repitió su cantinela:

Casate, Azucena. Casate, tené un hijo y volvamos a ser amantes.

No me puedo casar con esta persona, contestó ella. Ni tener hijos.

De Franco no estaba preparado para lo que ella le dijo:

Es una mujer.

El profesor Gómez se toma unos segundos para recapacitar:

Cuando encontramos por azar la prenda de un ser amado que nos abandonó, dice, el hallazgo puede ser venenoso. Si se trata, por ejemplo, de una prenda íntima. Hay que imaginarse en los pozos en que se desbarrancaba De Franco luego de la partida de Azucena cuando, al abrir un cajón del ropero, era sorprendido por un soutien o una liga que irrumpía a traición, ponzoñosa, conservando todavía esa fragancia que, al aspirarla, De Franco creía emanación de su ser más íntimo.

Azucena, estaba visto, había ingresado simultáneamente en nuestras vidas causando estragos. Mientras De Franco padecía al descubrirse oliendo una enagua olvidada, del mismo modo Delia, a su manera, hacía esfuerzos para no pensar en Lía, pero ahí, en esa caja protegida por papel celofán y atada con un moño celeste había guardado las cartas que le había escrito hasta no hacía tanto, cuando se apagaban el verano y el amor.

Delia se había propuesto afianzar su matrimonio confiando que el tiempo serenaría los recuerdos de esa aventura que no dejaba de quemarle. Pero no tardó mucho en decepcionarse. Una de esas madrugadas en que el capitán regresaba de conspirar, le sorprendió que su esposa estuviera despierta, esperándolo. Delia acudió a su encuentro con los labios incendiados de rouge, el camisón entreabierto y precedida por perfume francés.

Cuando una esposa actúa como vos hay dos posibilidades, dijo el capitán. La primera, que después de años de matrimonio le estén arrastrando el ala. Y, para satisfacer esas ganas que se le despertaron, se aferra a su marido para no ceder a la tentación. La segunda, no menos improbable, es que la esposa ya tenga un amante. Y, para cubrir cualquier posible sospecha, empieza a tomar ella la iniciativa. Vos dirás, querida, si me equivoco. A qué se debe esta fiebre.

Delia se enfrió:

El matrimonio no es un juego de guerra, le dijo desde el baño, quitándose el rouge. Y yo no soy una cualquiera.

Si te ponés así es porque algo de razón debo tener, Delia.

Ninguna razón, le contestó ella.

El capitán esperó a que se abriera la puerta.

Vení, la abrazó, tomándola por la espalda. No te me hagas la ofendida.

Era en esos momentos cuando Delia más añoraba a Lía. La congoja se le atragantaba. Se dejaba maniobrar por el capitán, fingía que era suya, emitía unos quejidos complacientes y, finalmente, esperaba a que él se durmiera para tocarse pensando en Lía.

Hay quienes, encendidos por la pasión, tienen la capacidad de protagonizarla. Y otros, como yo, que sólo pueden ser testigos, dice el profesor en la alta noche. Que accediera a estas voces me concede un papel a la vez secundario y privilegiado en el transcurso de los hechos. Fui elegido para escuchar, podría decirse. Pero hasta dónde, me pregunto en noches como ésta, tenía conciencia del rol que me asignaban, y la aparente pasividad mía para ser depositario de tanto secreto no era sino una forma de participar, a posteriori, arrogándome el sentido de esta trama que cuento cincuenta años más tarde, esta noche.

Una mañana, al pasar por la sala de profesores, encontré un mensaje que alguien me había anotado en un papel. Llamar a la Sra. de Ulrich, decía la notita, escueta. Y más abajo: Llamó dos veces. Tardé en encajarle a Delia el apellido de casada. Hasta entonces, debo aclararlo, mi relación con ella había sido a través de Lía. Si fuerzo la memoria me cuesta recordar alguna vez que hubiéramos estado los dos a solas. Que Delia me telefonara, que lo hiciera con insistencia, me alarmó. No vacilé en responder el llamado. Delia atendió al instante.

Me bastó escuchar su voz para darme cuenta de cómo estaba. Necesitaba conversar conmigo, me dijo. Estaba preocupada por Lía, me dijo. Habían tenido una discusión horrible. No daba para hablarlo por teléfono, me dijo. Nos citamos en la Ideal.

Cuando entré en la confitería la vi en un rincón contra la pared, ensimismada en un libro, poemas de Verlaine. Me dije que el libro era una excusa para mantener la cabeza gacha, ocultar el moretón que tenía. Yo ya sabía el origen de esa marca. Me limité a preguntarle qué le había dicho al respecto a su marido.

Su cara de velorio me enterneció.

Estarás al tanto, dijo.

No podía hacerme el desentendido:

Qué puedo decirte.

Y era verdad: qué iba a decirle. Que Lía, después de todo, se las había ingeniado para sobrellevar la ruptura. No quería usar esa palabra. Pero, en el fondo, me parecía el término más adecuado, además de saludable. Quizá la gresca que habían tenido era auspiciosa. Yo siempre había temido lo que podría suceder si el capitán llegaba a enterarse. En una de éstas había sucedido lo mejor.

Estoy asustada, Gómez.

Te escucho, le dije.

La extraño.

Me estás pidiendo que interceda, Delia. No sé si sirvo como celestino.

Te pido que la ayudes, me dijo.

Lía sabe cuidarse. Me parece que la que precisa ayuda sos vos.

La extraño, repitió ella. Pero no sé qué hacer.

Qué sentís.

No sé, dijo Delia. Un vacío inmenso.

Estás escribiendo, le pregunté. A veces ayuda.

Cartas, me contestó Delia. Cartas que después no me atrevo a enviarle.

Delia quiso aguantar las lágrimas, pero no pudo.

Disculpame, dijo. Pero yo no tengo su coraje. Sin un marido, sin un hijo, tal vez todo sería distinto. Este sentimiento no me deja vivir. Me propuse olvidarla, Gómez. Pero no puedo. Cuando miro a Martín, cuando él me cuenta del colegio, cuando lo veo jugar solo, cuando se me acerca buscando un mimo y a mí no me surge, me digo que no tengo derecho a estar ausente. Mi marido no importa. Pero mi chiquito, aunque sea el fiel reflejo del padre, no tengo derecho a sentir lo que siento. No sé cuánto voy a resistir en esta situación, Gómez. Te juro que pensé en.

No la dejé terminar:

Ni me lo digas.

También para hacer eso soy cobarde, dijo Delia.

Le tomé la mano. Estaba helada.

Pensé en llamarla. Pero no me atrevo después de lo que pasó.

Por qué no, dije.

Y mientras lo decía, contra lo que había pensado unos minutos antes, supe que iba a arrepentirme. Ver a Delia en ese estado me rompía el corazón. Siempre tuve poca resistencia al dolor, tanto al ajeno como al propio. Teniendo en cuenta los peligros de la relación entre esas dos, que yo ahora la instigara era una auténtica gallinada de mi parte. Por no soportar el dolor de Delia, en lugar de aconsejarle que se esforzara, que persistiera en retomar su vida de esposa y madre y, de este modo, protegerla no sólo a ella sino también a Lía, yo le estaba diciendo lo que ella quería escuchar.

Pero cómo no entenderla. La espera, yo sabía lo que eran las horas pendiente de un llamado. Dando vueltas en torno al teléfono. Mirando la hora. Uno se inventa una actividad cualquiera. Pero la cabeza está en otro lado, en la espera. Y si no se aguanta, si se decide salir, poner distancia entre el teléfono y la ansiedad, aterra pensar que el llamado puede producirse mientras uno no esté. Y si, igual, armándose de valor, uno sale, en la calle le parece ver a quien tendría que llamar, pero no es. Uno se dice que, cuando vuelva, se animará a llamar. Tendrá una excusa: había salido, va a decir. Pensé que quizá me habías llamado. El que espera, desespera. Por supuesto que la entendía a Delia.

Pero también quería librarme de una buena vez de esas lágrimas que, además de incomodarme, me obligaban a pensar avergonzado en las tantas noches que también yo, llorando a moco suelto, babeándome inconsolable en la almohada de mi soledad, añoraba a mi preceptor ingrato.

Tenés una cara, me apiadé.

Hace tiempo que no duermo, dijo Delia. Si no es con pastillas, no puedo pegar un ojo. Igual, apenas me hacen efecto. Me despierto al rato, siempre por la misma pesadilla: estoy por cruzar una frontera pero no tengo pasaporte, me van a retener, me van a meter presa, busco el pasaporte, lo busco y lo busco, pero no lo tengo. Entonces me despierto en un grito.

Llamala, le dije.

Sólo así pareció calmarse.

Desde su última confesión, De Franco había empezado a evitarme. Había que verlo, enflaquecido, como volviéndose un faquir. Azucena, me comentó una noche, estaba faltando a sus clases. Me pregunté cómo se las arreglaba para dictar su materia. Otra noche en que nos cruzamos a la salida del profesorado me anunció que ahora estaba dictando poesía mística. San Juan de la Cruz. La noche oscura del alma. Las visiones en la prisión en Toledo formaban parte de una búsqueda de la perfección. Desde su celda, San Juan oyó la voz de un joven cantando un villancico: Muérome de amores. El místico tuvo una visión. En el calor asfixiante de la celda se le apareció la Virgen en toda su belleza y esplendor.

La poesía y la oración comparten más de lo que parece, Gómez, me dijo De Franco. Ahora que he dado por perdida a la muchacha, mis versos se han vuelto más simbólicos y, a la vez, más realistas. Digamos que estoy llegando al hueso.

Preferí no hacer una alusión a su flacura.

De Franco me inquietó al pasarme un brazo por el hombro, atraerme, confidente, para recitarme por lo bajo:

“Para venir a gustarlo todo,
no quieras tener gusto en nada.
Para venir a saberlo todo,
no quieras saber algo en nada.
Para venir a poseerlo todo,
no quieras poseer algo en nada.
Para venir a serlo todo,
no quieras ser algo en nada”.

Y a modo de apostilla, De Franco me pasó una mano por el hombro, confidente:

Ése es para San Juan el modo de subir por la senda al monte de la perfección. Y nos informa cómo esquivar los caminos torcidos. Estoy en eso, Gómez. Porque después de vivir lo que viví con Azucena, qué me queda. Para venir a poseer lo que no posees, has de ir por donde no posees. Estoy ingresando en la gran noche del sentido, Gómez. Quizá no deba guardar hacia ella más que gratitud.

Siéntase dichoso, De Franco, le dije. Piense en el calvario de aquellos que, como yo, no tienen el arte para salir de un pozo y seguir adelante.

No, Gómez. Piense que, a veces, los artistas creamos para mitigar el pánico. Si fracaso con la lira, me marchó al Chaco. Me pierdo en la selva. Si el hombre viene del mono, por qué, dígame, no volver al origen.

Cuando me acuerdo de esa época, no me olvido del clima político, espesándose día a día, noche a noche. Quizás es en tiempos sombríos, de persecución y complot, que los sentimientos, aprisionados, se hacen también espesos y el deseo se vuelve oscuro. Muchas veces sentí que la historia nos arrastraba, que yo era como quien se aterra al sumergirse en la correntada de un río barroso y, envuelto en un remolino, trata con desesperación de bracear hasta la orilla, hacer pie en ese fango que ofrece una esperanza precaria.

La historia nos arrastraba, pero no nos dábamos cuenta de que, aun cuando le esquiváramos el cuerpo, estábamos condenados a sus exigencias. Porque la calentura, aunque no sea visible como una manifestación o una bomba, suele también hacer, con menos aspaviento, la historia.

No fui un testigo imparcial. Ni en la historia colectiva ni en la privada. Estuve en esas manifestaciones arrolladoras, caudalosas, fui testigo tanto del atentado de ese abril en la Plaza como integrante de la masa que avanzó hacia la Casa del Pueblo, quemó su biblioteca y después, en un grito, marchó hacia el Jockey Club y lo incendió. Que no haya echado leña al fuego no significa que no participé. Así como estuve más tarde en ese junio que se nos venía encima con el rugir de los cazabombarderos volando hacia el centro de la ciudad, sobre la Plaza, estuve también, mientras el odio se agazapaba, prestándole atención a lo que me confesaban esos seres estremecidos por sus destinos cruzados.

Siempre tendemos a considerar nuestras virtudes y miserias como una ficción supina. En su pasión, también Lía, Delia, De Franco y Azucena deben haberse creído protagonizando una. No se me olvidaba, al escucharlos, que se pensaban actuando roles estelares cuando, en verdad, cada uno era un actor secundario en la existencia de los otros. Destinos cruzados. Nos damos importancia. Y después los años, que nada remedian, nos develan la chiquitez de nuestras presunciones. Porque, a mi modo, al ser elegido como testigo, yo también elegía, imaginando que con mi intervención, iba a conseguir que esos cuerpos encajaran en la medida de su deseo.

Un enviado especial del destino participando en la historia que se armaba. Eso pensé que era yo en esa época: capaz de reparar los desencuentros, de ofrecerle a esas almas a la deriva un rumbo que las apaciguara. Saber es poder, se dice. Con esa omnipotencia que me daba saber lo que todos no le contaban a nadie excepto a mí, tuve en oportunidades la certeza de estar moviendo los hilos, manejándolos como a títeres. El teatro de la vida, dirigía.

Delia la llamó a Lía.

Y yo me sentí Shakespeare.

Un gilito fui.

Lía no pudo con su genio. Y la citó a Delia en Harrod's. Cuando me llamó para contármelo creí notar alegría en su voz, pero cuando me dijo dónde la había citado advertí en ese tono más de perfidia que de contento.

Por favor, Lía, le pedí, no le hagas daño.

Si vos tuvieras la chance de darle un escarmiento a tu preceptor, qué harías.

Delia te ama, dije.

Ahora la que necesita tiempo para pensar soy yo, me contestó. Qué te creés, que la paqueta se la va a sacar de arriba.

En más de un aspecto, comprendía el estallido de Lía esa noche, el puñetazo y esa despedida con el gusto de la sangre de Delia en la boca. El tinte de pathos que había tenido la escena le otorgaba, si no justicia, al menos la legitimación de una venganza. Pero cuando pensaba en Delia, en su pánico, no podía menos que comprender su pedido, aun cuando el tiempo contribuyera apenas a la anestesia del dolor amoroso.

En todo caso, no le hagas mucho daño, dije.

Y, para disimular, agregué:

Mirá que te vas a aburrir pronto de tu chiche nuevo.

La mañana de ese martes en que tenía que encontrarse con Lía, la pobre Delia se despertó con jaqueca y mareos. Tenía chuchos, arcadas. Probó con genioles, paratropina, pero el malestar no la dejaba en paz. Estuvo todo el día contando los minutos, preparándose para la cita, previendo la conversación. Sabía que todo cálculo era inútil. Sin embargo pensó cómo vestirse, ensayó qué decir. Pero tanto la ropa como las frases elegidas se le hacían afectadas. Finalmente, cuando se acercaba la hora del encuentro, decidió arreglarse con sencillez, sin otro maquillaje que una nota de rouge.

No pudo llegar tarde a la confitería, demostrando que podía controlar su estado. Antes de entrar en Harrod's, para hacer tiempo, fue a una galería de arte y después a curiosear novedades en Galatea, donde compró una edición de *Les liaisons dangereuses* de Choderlos de Laclos. Pensó en regalarle la novela a Lía. Después se arrepintió: esperarla, y con un regalo, era demasiado. Y tan luego con ese libro. Pensó

en las cartas que le había escrito a Lía en todo el último tiempo y sintió, además de un retortijón, vergüenza. Lo que le faltaba ahora era descomponerse, se dijo. Se impuso entretenerse con la lectura si la otra se retrasaba, como efectivamente ocurrió. Para sobreponerse al malestar fue al toilette y sacó de su cartera la paratropina. Las arcadas eran más fuertes que ella. Vertió unas gotas en su boca y se miró en el espejo. Estaba palidísima. Buscó el rouge en la cartera y volvió a pintarse los labios. Estás fatal, se dijo. Convenciéndose de que iba a reponerse, se mojó las muñecas con agua fría, se secó y volvió al salón. Pero, de nuevo en la mesa, no logró fijar la atención en la lectura. Pasaba las páginas y miraba la hora.

Al ver venir a Lía se dijo que era más fácil, aunque se humillara, asumir que iba al pie y ceder a las palpitaciones.

Hola, la saludó con frialdad Lía. Cómo estás.

Que se saludaran con un beso amable, pensó Delia, no quería decir nada. Para ella, ese beso era una limosna. La perdí, pensó. Tenía que medirse en lo que expresara, pensó. No podía darse el lujo de un paso en falso, pensó. Cada palabra, se daba cuenta, adquiriría ahora un valor que excedía su significado. No mucho tiempo atrás esos mismos gestos eran espontáneos, pero ahora tenían una trascendencia atroz. Y Lía, con astucia, aprovechaba su ventaja.

Contame, le dijo.

Cómo estás, le preguntó Delia.

Bien, sonrió Lía. Muy bien.

Se miraron en silencio.

Lía miró el libro:

No cambiás más vos.

Y vos qué, le repuso Delia. Si no fueras la que sos, no sabrías de este libro.

Touché, se sonrió Lía.

Delia empujó el libro sobre el mantel:

Te lo regalo, dijo.

Tenés miedo de que tu marido descubra tus relaciones peligrosas.

Por favor, Lía. No vine a seguir peleando.

Si cuando se conocieron había sido Lía la que tomó la iniciativa, pensó Delia, ahora le correspondía a ella, a pesar del nudo en el estómago, arremeter, lanzarse:

Perdoname.

No tengo nada que perdonarte. La que se equivocó fui yo.

No te equivocaste.

Lo siento, pichona, dijo Lía. Pero los metejones son así. Se logra una altura y después caés en picada. Igual que un aeroplano, en tirabuzón. Cuando querés enderezar el aparato y levantar vuelo, es tarde, te estrellaste. Por suerte ya me estoy curando del accidente.

Perdoname, Lía.

No podemos volver a lo de antes.

Cómo sabés.

Porque lo sé. Yo sé lo que siento. Siempre.

Dame una oportunidad.

La que precisa tiempo ahora soy yo.

Delia hubiera deseado no hacer esta pregunta:

Te enamoraste de nuevo.

No estoy sola, si es lo que te interesa saber.

Es más joven que yo, preguntó Delia.

Qué, sonrió Lía. Querés que te la muestre.

Por qué no, la desafió Delia.

Lía se sonrió enigmática, midiéndola:

Seguro que estás bien, la tanteó. Estás pálida.

No soy una cagona, dijo Delia.

Acompañame, entonces, dijo Lía. Quiero ver si hay una liquidación en lencería. Necesito un deshabillé.

Desde cuándo usás deshabillé.

La gente cambia, mi amor.

Azucena atendía a una madre con su hija quinceañera cuando vio avanzar por el alfombrado mullido a Lía con Delia. Estaba desplegando ante las clientas un camisón rosa pálido adornado de encaje y los celos la punzaron. Quién podía ser esa mujer, se preguntó. Además, Lía la traía del brazo.

Disimulando frente a las clientas, se mordió el labio inferior y siguió relojeándolas. Delia le pareció elegante y distinguida, pero bastante estirada con ese aire de pituca. En cuanto a Delia, la muchacha le resultó bonita, no tanto quizá por su belleza rubia como por su juventud. Las rubias siempre son algo vulgares, se dijo. Los celos la aguijonearon tanto como a Azucena, pero ninguna de las dos, en el paso de comedia perversa que Lía había montado, mostró la hilacha.

Sos una degenerada, dijo Delia por lo bajo. Es una mocosita.

Lo que cuenta no es la edad, le dijo Lía. Son sus pétalos.

No sé qué hubiera hecho yo en ese momento, acota el profesor Gómez. Cabe preguntarse qué buscaba Lía al reunir las sin que la escena se le fuera de las manos. Más tarde, Azucena habría de preguntarle a gritos qué tenía en común con esa paquete. Pero eso fue más tarde. En la sección lencería, mientras Delia, con una diplomacia cargada de sutileza, se ofrecía a ayudar a Lía en la elección de un deshabillé, a Azucena no le quedó más remedio que asisitir muda a la escena mientras esperaba librarse de las clientas.

Me encanta cómo te queda, decía Delia. Y hacia Azucena y las clientas:

No le queda regio.

Azucena asintió, furiosa por dentro, amabilísima por fuera.

Dejame que te lo regale, se adelantó Delia.

Pero ya me regalaste el libro, dijo Lía.

Qué libro, se puede saber, preguntó Azucena, ya liberada de la madre y la hija que no habían comprado nada.

Les liaisons dangereuses, dijo Lía.

Lo leíste, se intrigó Delia.

Me aburrí, dijo Azucena. Las cartas me aburren.

Lo leíste en francés, insistió Delia. Porque la lengua es fundamental.

No habría de saber de ese encuentro en Harrod's sólo por Lía. También Delia me dio su propia versión de los hechos. Tenía que reconocer que la chiquilina se había mantenido a la altura de las circunstancias: ninguna de las dos le había dado a Lía el gusto de un escandalete.

Todavía querés volver, le pregunté.

Delia vaciló:

Esa vendedora, dijo. Lía no pudo caer más bajo.

Desde ese segundo llamado, Delia empezó a buscarme con frecuencia, dice el profesor. Una vez más yo era ungido confesor. Y una vez más me daba cuenta, al deslizar un comentario, del poder que se me adjudicaba. No era sólo el tipo en quien se podía confiar. Era también el que se consultaba, y mi laconismo, la economía de mis opiniones, adquiriría el poder de una sentencia. No era tanto un voyeur como un demiurgo que, enmascarado en la timidez, orientaba impunemente lo que había dado en llamar el teatro de la vida.

Ahora, a casi cincuenta años de los hechos que narro, mi perspectiva de lo sucedido se ha vuelto culpa. Podría calificar mi participación en lo ocurrido como cobarde. Me considero, sin omnipotencia, responsable de lo que los otros hicieron con su destino. Pero la responsabilidad no es una categoría que lo exime a uno de culpa. Esta noche compruebo una vez más que la amnesia es un beneficio que me está vedado. Yo sabía: Si la chingás con lo que decís, Gómez, la vas a pagar cara. Yo sabía: sólo la muerte o la amnesia me librarían del castigo de la memoria. Pero sabía también mis limitaciones. Me faltaron agallas para el suicidio y, acostumbrado a la autocompasión, la memoria fue mi castigo.

Tengo un atraso, Gómez, me dijo Delia.

Apenas me senté a la mesa de la Ideal, ese sábado por la tarde, me lo dijo.

Lo único que faltaba, pensé. Mis ideas se disparaban una tras otra. Quizás un embarazo era la respuesta que pondría fin a los interrogantes acerca de cómo podía concluir todo. Debí pensar que un embarazo no es nunca una respuesta. Más bien,

una nueva pregunta.

Por los nervios, hice un comentario ingenioso:

Al menos sabemos que no es de Lía, dije.

Es suyo, Gómez.

El razonamiento de Delia era temible: el hecho había ocurrido al intentar esa reparación confusa de su matrimonio. Después de esa pelea en Plaza San Martín. Es decir, bajo el signo de Lía.

En la Ideal no quedaba bien que me pidiera una ginebra doble. Ordené un clarito. Delia balbuceó:

Mi nombre, Gómez. Si lo acentuás, está la clave de todo.

Pensé que alucinaba.

Ponele el acento: de Lía. Delia es de Lía. Este cuerpo le pertenece. Y lo que tengo adentro también.

No es momento para juegos de palabras, Delia. Tu marido lo sabe, pregunté.

Todavía no.

Y Lía.

Tampoco. Sos el primero en saberlo, Gómez.

Qué vas a hacer.

Nunca Delia me había parecido tan suave. Me pregunté cómo podía adoptar una expresión de placidez semejante en esta circunstancia. Y me di cuenta de que no era que adoptara esa expresión. Le surgía natural. Y de pronto, como en una visión, pensé en mi madre. Pensé en su vientre detrás del mostrador de ese negocito de mala muerte en un paraje de la costa. Pensé en su vientre y en las sudestadas. Pensé en su vientre y en sus miradas a través de la vidriera, contemplando ese paisaje donde la pampa se hacía acantilado. La pensé también pensando en mí. De pronto no podía escuchar lo que me estaba diciendo Delia, como tampoco el rumor del ambiente, el sonido de la confitería. Pensé en mi madre, en su vientre y en las sudestadas.

Qué te pasa, Gómez, preguntó Delia.

Disculpame.

Me levanté. Y me fui al baño a llorar.

4 / BOMBARDEO

La cantidad exacta de muertos en la batalla de Borodino no modifica en nada la estupidez humana. En todo caso, es el telón de fondo que a Tolstoi le importa para contar la imbecilidad, el absurdo. Caminemos una plaza cubierta de heridos y cadáveres: se comprenderá lo que significan imbecilidad y absurdo. Invierno del 55, jueves 16 de junio: qué importancia puede tener esa fecha concreta, el puntillismo de una memoria perito mercantil, más preocupada por números que por vidas. Cuántos años pasaron desde aquella mañana del bombardeo. No se supo entonces ni después la cantidad exacta de víctimas. La estadística no devuelve la vida de tanto pobre descuartizado. Cuando el crimen se vuelve numérico se suele burocratizar también la pasión de la historia. Hay que devolverle la pasión a la historia. Y, de paso, también les devolvemos el cuerpo a las víctimas.

El General no toleraba oposición, dice el profesor Gómez. Solo, empachado de poder, no escuchaba sino a los alcahuetes del régimen. Y aquel año se enfrentó con la iglesia. En Córdoba, en la primavera anterior, el Día del Estudiante y de la Primavera, los chupacirios habían organizado una manifestación con más de doscientas carrozas frente a una multitud de cuatrocientas mil personas. De esta forma empezaron a fundar su partido, el demócrata cristiano.

El General se dedicó a camorrear a los curas, avivados políticos, por usar el sindicalismo. La religión debe practicarse fuera de las organizaciones gremiales, exigía. En un discurso fue nombrando a todos los curas que conspiraban. Ordenó investigar la fortuna y el patrimonio de la iglesia, que no era moco de pavo. Además, denunciaba el General, nunca se había visto en el país que tan pocos sotanudos se acostaran con tal sinfín de feligresas. Los colegios religiosos, las propiedades y los fondos que normalmente estaban libres de impuestos eran un objetivo del régimen. En poco tiempo se le pusieron trabas al diario de los chupacirios y dejó de circular.

No vamos a respetar ninguna sotana que no lleve dentro un verdadero cura, proclamó una fanática a cargo de la rama femenina.

En verdad, lo que más le embromaba a la iglesia era que el Estado, con sus avances sociales, cuestionaba la beneficencia. Y el régimen, a su vez, no soportaba la intrusión del clero en la política.

La oligarquía se esconde detrás de las sotanas, aseguró un sindicalista. Son mercaderes y no curas, se denunciaba.

Por más que los obispos suplicaran, el General hacía oídos sordos. En un documental gorila, acá empezaría a sonar la marcha peronista. En menos de lo que canta un gallo, se acuerda el profesor Gómez, se derogó la enseñanza religiosa, se

aprobó la ley de divorcio y volvieron a abrirse los lupanares. Sube el off de la marchita. Hubo una serie de razzias donde fueron detenidos varios amoraes, como se denominaba eufemísticamente a los de mi condición, dice el profesor. Sube más el audio de la marchita. Todos, aseguraba la prensa oficial, habían estudiado en colegios religiosos.

Al separar la iglesia del Estado, hasta entonces socios, el General hizo un pésimo negocio. Los contreras radicales, socialistas y comunistas festejaron entusiasmados la incorporación de los cristianuchos a sus filas. Sus nuevos aliados, tan inmaculados como ellos. Que un descendiente de indios vistiera el uniforme del ejército conquistador del desierto, era un aviso de su poder demoníaco para infiltrarse y corromper una sociedad que, hasta entonces, era occidental y cristiana. No le había bastado al tirano sublevar a la indiada, arrastrarla hasta enfrentar la mismísima catedral metropolitana. Ahora también el enviado luciferino se abocaba a la persecución de los devotos. No cabían dudas, era el Anticristo.

Una prueba más de su degradación eran sus visitas frecuentes a la UES, el centro de educación física donde concurrían innumerables jovencitas. El General, además de aplaudir partidos de sóftbol y botar yates, organizaba en la UES, con una frecuencia alarmante, espectáculos folklóricos donde daba más de un discurso celebrando el espíritu deportivo de las chicas, que le dieron el título de “maestro ejemplar de la juventud”. Los cristianuchos estaban escandalizados. Por esos días vino al país la Lollobrigida, recuerda el profesor Gómez, estrella de cine italiana, curvilínea por donde se la mirase, con una opulencia que desnudaba insinuante en sus películas escabrosas. Mientras el General la llevó a recorrer el centro de educación física, en las casas de familias devotas se prendían velas y se rezaba.

Una mañana veníamos con Lía caminando por el Bajo cuando oímos un rumor.

Son motonetas, Gómez, me dijo Lía.

El General, con su gorrita de beisbolista, cabalgando una siambretta, presidía una caravana interminable de chicas, todas montadas en motoneta. Había que verlo al General, con esa gorra que se había dado en llamar pochito, con su típica sonrisa gardeliana, los dientes brillantes, manejando la primera motoneta. Había que ver ese serrallo innumerable de jovencitas, las melenas al viento, encolumnadas detrás. Sus blusas, las polleras-pantalón que se usaban entonces, sus nalgas, glúteos, muslos, vibrando con el motor. Había que verlas como las vimos nosotros, Lía y yo, envueltas en un sol caliente. Las había morenas, rubias y pelirrojas. Musculosas y espigadas. Santiagueñas, tucumanas y tanitas, cuando no una alemanita con ancestros del Volga. Altas y bajas. Corpulentas y menudas. Atléticoas y rozagantes, sonriendo a los fotógrafos. Todo un ejército de vaginitas briosas.

Se te hace agua la boca, le dije a Lía.

No le causó gracia:

No seas tarado, Gómez. Hacéme el favor.

Es una fiesta, le retruqué. O sos tan contrera.

Es una venganza, nene, se indignó. A ver si te avivás.

Lía estaba furiosa:

Son cautivas, dijo.

A propósito, le pregunté. Qué vas a hacer con la tuya.

Liberarla, me contestó.

Ya te aburriste, le dije.

Azucena no es como nosotros, Gómez.

De qué hablás.

Si querés, te cuento, me dijo Lía. La otra madrugada había conseguido un champagne. Date una idea, Gómez. Tuvimos una de esas noches. En la madrugada me despierto al oír unos lloriqueos. Azucena estaba sentada en mi escritorio, lagrimeando, mientras hacía cuentas. Tendrías que haberla visto, en camiseta y calzón. Resulta que en Harrod's se habían apiolado de que Azucena les piantaba prendas. La habían apretado de personal y ahora tenía que rendir cuentas. Le pusieron dos opciones: arreglaba la cuestión y, con las cuentas claras, renunciaba, o iba presa. Sobre su renuncia no cabía discusión. Mi viejo se muere si se entera, puchereaba Azucena, mientras hacía su balance de lencería. Y mi vieja me muele a tortazos. La hubieras visto. Las lágrimas deslizándose por sus mejillas, por el cuello, mojándole la camiseta. Tenía los pezoncitos duros. Pobrecita, mi ángel. Esa mañana tenía que presentarse en personal. El único que sabe de esto es Pedrito, me dijo. Quién es Pedrito, le pregunté. Un compañero de trabajo, un muchacho que ascendieron a jefe de compras. Es un admirador, que está dispuesto a prestarme unos pesos para devolver el faltante. Quiere casarse conmigo, agregó, ya se me declaró. Mirá, le dije yo, en esto tenés que ser práctica. Agarrás la plata que te presta Pedrito, salvás el honor y renunciás. Y después qué, se angustió Azucena. Después te ponés a noviar con Pedrito. Que no se enteren en la tienda porque a tu candidato lo van a poner en la calle por andar con una ladrona. Y vos te vas a perder un partido próspero. Azucena se encrespó: Pero vos sos una guacha, pensé que eras distinta. La miré seria y le dije: Distinta a quién. A todos, me contestó. Habíamos tomado mucho y yo no tenía ganas de discutir, pero Azucena sí: Sos una desgraciada, me gritó. Y quién te dijo que vos sos mejor, le contesté. Acaso no te gustaría casarte, tener chicos. Confesá, le dije pasándole un pañuelo. Azucena se sonó la nariz. Dale piba, es tarde, le dije. Vamos a la catrera y pasemoslá bien, que mañana es otro día.

Y después qué, dije yo. La despachaste.

Pero Lía me conocía demasiado:

Vamos, Gómez. A vos no te preocupa Azucena.

Encendió un negro y miró con desidia las últimas chiquilinas que se alejaban en motoneta:

Delia me llamó. Nos encontramos. No es eso lo que querés saber.

Una tarde de mayo, atravesando una llovizna espesa, dos automóviles negros entran en la mansión de San Isidro. Los hombres visten impermeables, con una elegancia y pulcritud envaradas. Pelo corto, engominado, bigote algunos. Hay uno, el más bajo, el más cetrino, que tiene facciones de comadreja, una sonrisa dientuda y lentes oscuros.

Cuando Victoria sale a recibirlos todos estrechan su mano y la saludan con formalidad marcial. El más bajo, el más cetrino, el contralmirante, es el único que intenta besarle la mano.

Adelante, dice Victoria. Están ustedes en su casa.

A los visitantes los deslumbra la visión del río. La tormenta confunde el olor del río con el perfume de los árboles y el césped mojados. La arboleda protege, desde el exterior, la casona. Sería difícil para los espías del régimen advertir que allí se reúnen los conspiradores.

Igual, toda precaución es poca y dan un rodeo.

Di franco al servicio, dice Victoria. Aunque hace años que el personal se desempeña fielmente en la casa, en toda mucama hay una soplona. Quedó solamente mi ama de llaves. Una española de mi total confianza.

El contralmirante, al entrar en la sala, advierte las flores. Rojas, azules. Hay una música clásica que proviene de un combinado.

Tchaicovsky, arriesga.

Brahms, dice Victoria.

Admiro su coraje, cambia de tema el contralmirante. Sabiendo los riesgos que corre.

Yo soy yo, le dice Victoria. Y mi circunstancia.

Uno de los hombres se para frente a un cuadro. Otro se le acerca. Victoria se suma:

Petorutti, aclara.

El capitán observa el ambiente y piensa en Delia. Si ella supiera que está en la residencia de esa mujer.

El capitán mira la biblioteca. Victoria le pregunta:

Le gusta la lectura.

La historia, le contesta el capitán. Pero mi mujer es muy lectora. También escribe, aunque no como usted.

Cómo se llama.

El capitán dice el nombre de Delia, resaltando su apellido de casada.

Que se dé una vuelta por mi revista, che. Me encantaría conocerla.

Por ahora no, señora. Este encuentro en su casa no ha ocurrido.

Por supuesto, acompáñenme, dice Victoria, y empieza a subir hacia la planta alta.

Dispuse una sala para que puedan conversar tranquilos.

Al entrar en esa mansión de San Isidro, el contralmirante no ingresa en un aguantadero de golpistas: ingresa en la patria culta. Más tarde, cuando dicte sus memorias a un amanuense, al referir las estrategias del ataque al tirano se creará Churchill. Si no me creen, dice el profesor Gómez a las sombras de la noche, fíjense en sus memorias. Hay que tener impunidad para recordar esa chirinada de cobardes como una epopeya. Hay que verlo en las fotos que hizo poner en la edición de sus memorias. Quién dijo que Georgie no tiene que ver con esta historia. Aunque participe apenas tangencial de los sucesos de mi relato, ahí lo tienen, posando junto al contralmirante.

Acá voy a detenerme en una relación que no puedo pasar por alto: el vínculo entre la cultura y el genocidio. Con frecuencia el pensamiento fascista celebró este vínculo: la ventaja del revólver sobre la pluma es su cualidad de instrumento que puede producir un acontecimiento real. Así como, para el fascista, hay que “vivir peligrosamente” y cada día es un entrenamiento para la muerte, la cultura representa un arma. Pero Victoria declara estar contra el fascismo. Los fascistas son los otros. Toda una pirueta retórica la suya al escamotear sus verdaderos intereses. En su simpatía hacia los militares, al aprobar el complot y contribuir a su desarrollo, Victoria lo hace predicando su amor hacia la libertad y la cultura. A Victoria, como también a Georgie y a todos esos escribas de guante blanco, les cuesta admitir que su veneración de una belleza en abstracto es, en verdad, su rechazo a la vida en lo concreto. No obstante, los burgueses sensibles, educados, necesitan probar que sus aspiraciones son democráticas. Porque de esa manera el derecho está de su lado. Un derecho que les autoriza a concebir la belleza como un bien inaprehensible para los vulgares. Victoria, Georgie y sus plumíferos afines pretextan el odio hacia la turba descamisada que hace peligrar sus privilegios no desde un punto de vista directamente político, sino estético. No quiero extenderme toda la noche en digresiones, dice el profesor. Pero ya que de bienes culturales hablamos, hablemos también de tradición, familia y propiedad.

El contralmirante cabecita que se precia de ser culto coincide en esta idea del arte. Cuando dicte sus memorias, lo hará respondiendo a esta doble tradición de literatura y genocidio. Las acciones militares tienen sentido en la medida en que pueden ser cantadas. La acción cobra valor en cuanto se hace literatura. Tradición, digo. Hay otra tradición, sanguínea, que no puedo pasar por alto. El marino, cuando dicte sus memorias, citará la lista de marinos participantes en el bombardeo a Plaza de Mayo.

Si se la lee con atención, se comprobará que en sus apellidos se perpetúa la tradición criminal de la marina veinte años más tarde, en los asesinos, torturadores y ladrones de la ESMA. Por qué no pensar entonces, sugiere el profesor, que en esta alianza entre intelectuales y genocidas hay elementos que explican nuestra tradición, como le gusta a Georgie denominar nuestra historia literaria. Lo que me parece más patético es que aquellos que la van de estructuralistas de izquierda encuentren geniales estas manganetas de Georgie, pretendan resignificarlas como un izquierdismo literario subyacente y las constituyan en objeto de estudio para lucirse con una bequita en alguna universidad norteamericana.

Pero no nos alejemos de esa mujer. Victoria siente que la Historia golpea de nuevo en el pórtico de su biografía. Si antes debió soportar el escarnio de la cárcel con un montón de poligriyas, ahora le llega, redentora, su hora de la espada. Al colaborar con los marinos que se sublevarán bombardeando la Plaza ese junio, además de constituirse en socia fundadora de la ESMA, es también su ideóloga. Cuestiones a revisar, propongo, dice el profesor.

Con antepasados quechuas, hijo de un farmacéutico de pueblo en un arma rubia como la marina, el contralmirante resume todo el veneno de la oligarquía y todo el rencor de la clase media provinciana que aspira a más. Es un cabecita converso. Y, se sabe, nadie más fanático que un converso. Como marino, pero más como provinciano, ha navegado los mares: Liverpool, Ceilán, la Isla de los Estados. El servicio en la armada le ha sido útil para jactarse de tener mundo. Lector de *La Nación* y *La Nueva Provincia*, diarios de los que será columnista asiduo en su vejez, el contralmirante se estima aristocrático. Le gusta el ballet: *Giselle* y *El lago de los cisnes*. También Mozart y Beethoven. Se pavonea de ser socio del Círculo de Armas, habitué del Club Francés y, por supuesto, participa en todas las ceremonias de la armada.

Victoria duda de este marino de modales ceremoniosos. No es uno de los nuestros, piensa. Los cabecitas están en todas partes. Mientras ofrece café y whisky a los invitados.

Nunca bebo en servicio, dice el contralmirante.

Café para todos, entonces.

Los aviones pueden partir desde Bahía Blanca, propone alguien.

Otros sugieren una alternativa.

Punta Indio, dice el contralmirante.

Los ecos de Brahms acompañan los preparativos del golpe.

Pero la vanidad lo puede al capitán, al volver a su casa. Se sale de la vaina por contarle a su esposa en dónde estuvo, con quién.

Delia está recostada en el diván del living, semidormida en la penumbra, con un

libro en la falda. Cuando oye entrar a su marido se despabila, le brinda la mejilla para un beso y siente que el capitán trae el frío de la noche y la lluvia.

Pronto va a terminarse esta vida de sobresaltos, querida, le dice él, quitándose el impermeable, el saco, el correa de la sobaquera con la pistola. Te prometo que se va a terminar esta ignominia. Vamos a derrocar al tirano.

Antes de que Delia pueda decirle por qué se mantuvo levantada, esperándolo, el capitán se sirve un whisky y continúa:

A que no sabés de dónde vengo y con quién estuve.

Y sin prestarle atención a la mirada lejana de su mujer, le cuenta de la casona de San Isidro. Le hablé de vos a esa mujer, dice. Y ella se interesó. Espero que no le lleves esos cuentos verdes que escribiste, Delia. A ver si te das cuenta de que estás para cosas más elevadas.

Y, paladeando el whisky:

Por supuesto, todo lo que te cuento es confidencial.

El silencio de la noche y el alcohol corriendo por sus venas hacen su efecto. El capitán se acerca satisfecho e insinuante a su esposa:

No sabés las ganas que tenía de estar con vos, dice acariciándole el pelo. La verdad que soy un suertudo al tener este budincito esperándome. Vamos a acostarnos.

Yo también tengo algo que contarte, dice Delia.

Previendo un reproche, el capitán trata de besarla:

Podés contármelo en la cama.

Estoy encinta, dice Delia sin moverse.

El capitán desvía el beso y apoya los labios en la mejilla de su esposa:

Que sea una mujercita, dice.

Delia lo mira servirse más whisky, levantar el vaso, brindar solo:

La vamos a llamar Marina.

Me dirán que esa reunión en la casona de la barranca de San Isidro es improbable. Me tildarán de mitómano y extenderán ese velo de cuestionamiento a todo mi relato. Yo podría justificar que supe lo que sucedió en lo de Victoria a través del relato que el capitán le hizo a Delia, y que ella, a su vez, le transmitió a Lía. Aunque no estuve en esa reunión, podría hasta describir la indumentaria de los conspiradores golpistas esa tarde en la casona de la barranca. Puedo verlos: los impermeables son burberry, la gomina con que se achatan el pelo es brancato, los autos negros, un buick y un studebaker. Victoria, con un cardigan beige, como siempre, a la sans façon. Por ahí, puedo chingar un detalle, el cuadro que contempla uno de los militares no es un Petorutti sino un Bracque.

La novela histórica nunca fue mi fuerte. Pero que no comparta ese folletinismo tan en boga hoy, las intrigas en las alcobas de los próceres como justificación del

presente, no implica que no pueda describir cómo fue ese encuentro entre los genocidas y su anfitriona.

Invenções de resentido las mías, se dirá. Sé que las tengo todas en contra. Dejemos de lado mi edad proveya, de por sí un argumento para descalificarme. Además de cabecita, soy puto. Como si eso no alcanzara para poner en tela de juicio mi juicio de la historia, encima está mi debilidad por la literatura inglesa. Qué clase de discurso nacional y popular es el mío. Todas en contra las tengo. En particular cuando propongo esta lectura de la historia, desde los cuerpos. Porque son los cuerpos, de madrugada, los que aúllan, gritan, lloran y me piden que los rescate de la zanja del olvido. ¿Cuántos fueron los muertos en la Plaza ese jueves 16 de junio? ¿Doscientos? ¿Tres mil? ¿Treinta mil? Si supiéramos la cifra exacta, qué cambia.

Si esta noche es tan larga es porque esto es un exorcismo. Hace años ya que no encuentro reposo en la almohada. Hubo una época en que el sexo ocasional, y vaya eufemismo el de ocasional, ya que el sexo siempre es ocasional, más el alcohol y algunas sustancias penadas por la ley me eran indispensables para caer boca abajo en un colchón, hundirme en la ciénaga del sueño. Pero en la actualidad el sexo es el recuerdo de un cuerpo que ya no me pertenece, lo que puede resultar un alivio. El alcohol lo tengo prohibido. Y en lo que atañe a sustancias penadas por la ley, qué sentido puede tener gozarlas cuando no puedo compartirlas con quien me ofrezca una revolcada. Así que mis noches son una eternidad. Y a eso sí que le tengo miedo: a la eternidad. Esas voces que claman bajo las bombas, o ante las balas de fusilamiento en un basural, o en las sesiones de picana y submarino en una dependencia oficial. Esas voces de madrugada, al aproximarse ciertas fechas, son punzantes. Y las fechas, insisto no las recuerdo yo deliberadamente. Las recuerda el cuerpo, separado de la voluntad.

Esta noche, eso es lo que soy, dice el profesor Gómez.

El médium.

Me gustaría reproducir la atmósfera densa de esos meses previos a la asonada de junio. Los oligarcas, los gorilas, los contreras, todo ese revoltijo político disfrazado de unión democrática, en la que entran el patrón de campo del Jockey Club, el médico radicheta, la maestría juanbejustista y el estudiante del pecé. Todos ellos configurando la antipatria que, en esos meses, parece jugar a una mala película, a una cinta manipuladora y engañapichanga como *Casablanca*. A todos aquellos que la celebran como film de culto los mandaría en un tour al lugar de los hechos. Hay que detenerse en esa escena de *Casablanca* en que se canta la Marsellesa. ¿De qué lado tiene que ponerse uno en esa situación?, pregunta el profesor con picardía.

Del lado de los perdedores, se dice uno. Entonces viene otra pregunta, casi en estocada: ¿quiénes son los perdedores? Meditemos. Los perdedores no son los amantes, el lumpen que regentea un cabaret para blancos y la adúltera banal con la

que protagoniza ese dramón colonialista. El perdedor tampoco es el marido cornudo. Los verdaderos perdedores en esa confrontación son los locales, los pobres marroquíes en patas, los condenados de la tierra. El mediopelo, me acuerdo, aplaudía ese momento en que se canta La Marsellesa. Yo propongo que se analice *Casablanca* desde Fanon.

Así empezaba yo a entender las cosas en aquel momento. Y, desde entonces, ése ha sido mi modo de ver. El de un cabecita que tuvo que ingeniárselas para sobrevivir en esta ciudad enrarecida, donde uno tenía que estar de un lado o del otro de la antinomia aunque hubiera elegido la tercera posición, como era mi caso, el amor que no se puede nombrar. Tenía que cuidarme de lo que sentía.

La situación de mis dos amigas no era diferente. En el caso de Delia, era todavía más riesgosa. La aterraba que alguien pudiera atisbar su relación verdadera con Lía. Que alguien, con excepción de Lía y yo, pudiera acceder a su intimidad.

No escribo para todos, nos dijo Delia una tarde.

Y tenía razón. No se trataba sólo de esos guiños que su texto nos hacía a Lía y a mí. Capaz de situarse entre los clásicos del erotismo, como dije, *La lengua del malón* está construida con un lenguaje que no condesciende al lunfardo. El relato de Delia no recurre tampoco al criollismo de la escarapela y el mate. Por eso se vuelve preciso deconstruir cada escena, como ésa en que Pichimán pide a D que pruebe cuántos dedos puede entrarle en el ano. Ese instante en que D se come las uñas para adaptar sus dedos a la operación. Ese instante en que el indio, al entregar su orificio, se identifica con la cautiva.

Estamos ante una de las páginas más logradas del relato: cuando esa mujer que ha renegado de la cultura occidental y cristiana constata que su captor, y supuesto dueño, accede a un goce vehemente. D admira su erección. Bebe el fruto de ese marasmo. Y siente que ese líquido tibio entre sus dientes es el gusto de la tierra. Al asumirse cautiva, D se libera. Al suplicar ese goce, Pichimán se libera a su vez del imperativo violador. El indio ya no es la lanza y el cuchillo. Ahora él también es un cuerpo que se asume clavado.

En qué pensabas cuándo escribías eso, le pregunté.

En San Sebastián, dijo Delia.

A mí siempre me atrapó la cultura popular. Los radioteatros, el cine, las historietas. De acuerdo, un psicoanalista lo explicaría como una imposibilidad traumática de superación de un estadio edípico. No quiero ahondar en la autorreferencia porque no soy yo quien importa en estos recuerdos, pero permítaseme el desvío que estoy tomando.

Un pueblo de la costa atlántica. Una paisanita humilde, hija de almaceneros que solían dar hospedaje y comida a los viajeros. Una noche de febrero caliente la

seduce un viajante de comercio. Le promete llevarla a la Reina del Plata si ella accede a sus requerimientos. El viajante fue sueño de una noche de verano. Nueve meses después, la triste realidad de ese sueño era yo. Criado por una madre soltera.

Puedo acordarme de la fascinación que mi madre tenía por las estrellas del biógrafo, como se decía entonces. Yo la espiaba cuando ella, a escondidas, ensayaba frente al espejo del ropero los gestos y voces de las estrellas. Me acuerdo de sus enaguas. Y también de su perfume. Pero más que su perfume, lo que me embrujaba era el olor de sus axilas. Mientras mi madre, a escondidas, actuaba provocadora frente al espejo, empañándolo con su aliento, yo la espiaba agazapado bajo su cama. Mientras la espiaba me llevaba los dedos al trasero. Después, al olerme los dedos, creía reconocer en ese olor sensual a mi madre. Ese temblor que me producía mi madre con su fascinación por las divas de la cultura popular se prolongaba en la voz de una actriz en el radioteatro. Fascinado también yo por las desventuras pasionales de esas heroínas, me tocaba. Todavía hoy una película romántica puede producirme ese mareo de excitación. Todavía me pasa.

Vuelvo en línea recta a Delia, *La lengua del malón*, y a su relación con Lía. Era inevitable, cuando las veía juntas insinuándose un ademán que no alcanzaba a ser caricia, que me acordara de mi madre suspirando un beso volcánico en el espejo. Inevitable era también, cuando Delia nos leía su relato, que remitiera esas asociaciones a la cultura popular de mi juventud. Por eso digo: *La lengua del malón* es un radioteatro, y también una película, y una historieta. Además, el relato tiene el tupé de pertenecer a un género vilipendiado largo tiempo por la cultura oficial. Me refiero a lo gauchesco.

Si lo gauchesco incomodó y descolocó largo tiempo a los académicos de la literatura, fue por una motivación claramente política. En razón de su popularidad, era poco prestigiante. La oligarquía, la burguesía, consumen la cultura cuando les propone un disfrute exclusivo, privado. Lo popular, si puede interesarles, es por curiosidad o demagogia. Lo gauchesco, en ese entonces, era cosa de cabecitas negras. Convengamos que, cuando Georgie se arrimó a lo gauchesco, fue como una de esas parrillas del centro que ofrecen asador criollo a los extranjeros. Georgie comprende lo criollo con las gafas del imperialista Kipling. Fíjense su entendimiento del *Martín Fierro*: como un *Beowulf* rubio. Uno de sus cuentos más célebres, “La intrusa”, tiene como protagonistas a dos hermanos con sangre escandinava. Y, cuando se acerca a la historia de una cautiva, la pobre es una inglesita. No es justamente el caso de *La lengua del malón*.

La escritura de Delia es revulsiva por varios motivos: 1) la elección de un género marginado, el gauchesco, 2) el cruce de ese género despreciado con otro género clandestino, el erótico, 3) la calentura en lo criollo da como resultado un ardiente cuestionamiento político de los valores canónicos, y 4) mejor me callo. Porque *La*

lengua del malón, parafraseando a Lía, no necesita guardaespaldas de la crítica para defenderse. En todo caso, los que necesitan protección son los intelectuales cipayos, los ideólogos esbirros del poder colonial.

La lengua del malón es acción directa.

Ya es junio. El día de Corpus Christi, a pesar de que el General ha censurado la libertad de culto y prohibido las procesiones, los católicos organizan una que será masiva. La misa en la Catedral tiene una repercusión enorme. Queda en claro que la ceremonia religiosa es un acto contrera. Ningún bienpensante de traje y corbata falta a la cita. Basta mirarlos, apreciar su elegancia y prolijidad, para advertir la extracción de clase. La pequeña burguesía chupacirios se mezcla con los puritanos radicales, socialistas y comunistas. En sus panfletos, los opositores llaman al general el gran canalla, el payaso. Cuando los manifestantes empiezan a dispersarse, un grupo de activistas apedrea *La Prensa*. El centro se convulsiona con trifulcas y en el atardecer, frente al Congreso, arde una bandera argentina. Se abuchea al General, crecen los insultos, se oye una silbatina poderosa. Mientras la bandera arde en el Congreso y la muchedumbre enardecida vocifera contra el régimen, ya no caben dudas de que la procesión ha sido el mayor acto de repudio al gobierno hasta esa fecha.

La policía se ha mantenido todo el tiempo al margen. Lo que llama la atención. Más tarde se dirá que la bandera fue quemada por canas de civil y sirvió para justificar más persecución y más detenciones. Por entonces aparecen las pintadas que dicen Cristo vence.

De qué lado está Cristo. A quién vence, me pregunta Lía con sorna.

Es un miércoles por la tarde. Lía me ha citado en la Richmond porque Delia y ella tomaron una determinación.

Al pensar en esa determinación, la huida por el río, cruzar al Uruguay y desde ahí embarcarse a Europa, la idea me resulta un disparate. Pensar que las desafié. Soy el culpable de esa locura.

Ganas de hacer conventillo tienen, les digo.

Es tan común a veces en una historia de pasión esa necesidad de impresionar al prójimo. Como si no bastara con el goce secreto, esa compulsión en proclamar el desorden de los sentidos. Me pregunto, en esa mesa de la Richmond, qué otras ganas están fluctuando en su historia como variación y estratagema del deseo. Las ganas de Lía por armar revuelo en el diario, en el círculo de sus amistades y en la familia que dejó en Moisesville. Además, sus ganas de vengarse del capitán, que no son menos enconadas que las de su amiga, porque Delia también ha disfrutado, mientras maquinaban la fuga, imaginando la reacción del capitán al descubrirse, de la noche a la mañana, no sólo cornudo sino además desplazado por una mujer. Y no sólo una mujer sino una rusita de izquierda. Y no sólo que aquello sea un asunto de lesbianas

sino que su esposa, en ese momento, cargue en su vientre la simiente del capitán.

Seguimos tu consejo, Gómez. Nos rajamos. Con lo puesto, anuncia Lía.

Muy romántico, contesto. Apenas me animo a preguntarles:

Y el nene.

A Delia le duele pensar en Martín, se adelanta Lía, pero es imposible llevarlo con nosotras.

Y el embarazo, pregunto.

Delia permanece callada. La noto pálida. Hay una angustia en su cara que no puede disimular con una sonrisa que quiere ser radiante. De las dos, me digo, es la que más arriesga en la huida. Puedo ver en su cara la resolución pero también el miedo.

Lo vamos a tener, dice Lía. Acaso los bebés no vienen de París.

Podemos brindar, propone Delia.

Me parece que vos estás para un té con limón, le digo.

A Lía no le causa gracia mi ironía:

Es en serio, Gómez, me dice. A ver si te das cuenta.

Están seguras, pregunto.

Segurísimas, Gómez, contesta Lía. Nos encontramos mañana temprano en el City Hotel y desde ahí partimos.

Y vos, Delia, le pregunto.

Te parece una locura, verdad, dice ella.

Que se les va la mano, estoy por decirles, pero me callo. Que están locas, pienso, pero me callo. Que están desesperadas y no lo pueden admitir. Que la pasión llegó a su cénit. Que la decisión no es sólo una huida justificada por la censura moral, la pacatería y las buenas costumbres. Que la aventura, si precisa de esta huida, se debe al pánico que tienen de que una historia amorosa, después de la epifanía inicial, se diluya en la mediocridad de lo cotidiano. No hay pasión que dure cien años, pienso. Ni cuerpo que lo resista. El amor eterno es un invento de la literatura, quiero decirles. Sin embargo, me callo. Y si me callo, ahora también, es porque estoy reparando en que todos estos pensamientos son también mi envidia, la envidia que siento por lo que ellas sienten, y también porque sintiendo lo que sienten, no retroceden.

Esta tarde en la Richmond tengo que aceptar, además, el papel triste que me tocó en esta historia. Las ganas que tengo yo de algo como lo de ellas. Algo que, por culpa de mi cobardía y por la soledad que habrá de maniatarme cuando ellas partan, nunca viviré. Además de envidia a las enamoradas, lo que siento es bronca, porque me voy a quedar tan solo cuando se vayan.

Durante los preparativos para la huida, la escritura de Delia enloquece. La inspiración la ataca cuando menos se lo espera. No le queda otra alternativa que ceder

a su presión. No llega a pasar a máquina lo que escribe a pluma o a lápiz, tanto en el dorso de una factura de tintorería como en una servilleta de papel. Su caligrafía nerviosa torna arduo distinguir si escribió mano o mono, banco o barco, letra o lepra. Las anotaciones van a parar, sueltas, a la carpeta celeste. Aun cuando se vuelve complejo discernir el orden narrativo que Delia pensaba darle a esos pasajes, puede conjeturarse el desenlace que pensaba para *La lengua del malón*.

En una ficción todo desenlace es siempre moral. Al avanzar hacia el desenlace, precipitada, urgente, Delia parece darse cuenta de que la sanción moral que merecerá su huida es un castigo que se proyectará en su heroína. No menos interesante es otro aspecto: la inconclusión del texto y su dimensión profética. Porque, con su interrupción abrupta, se vuelve más sugerente lo que no llegó a ser dicho. A pesar de su corte involuntario, *La lengua del malón* es un texto que será completado por los hechos de la realidad. Como dije, Delia recurre, caótica, a la stampa como método narrativo. Pero si se ordenan esas estampas presumiendo un hilván de la trama, cumplen la función de capítulos consecutivos y delatan un crescendo. Pensando en la huida inminente, la escritura tiene para Delia en esos días, dos funciones. Por un lado, dopar su ansiedad. Y por el otro, usar de trampolín el apuro. Algunas de esas anotaciones fragmentarias se perdieron en el revuelo de esos días. Pero las que conservo bastan para articular el final del proyecto.

Estas anotaciones comparten con Martínez Estrada la visión de la conquista. El remington es más útil al ejército que la zanja divisoria. El remington permite abatir al enemigo a distancia, sin exponerse al cuerpo a cuerpo. La lucha contra el indio se transforma en una partida de caza colectiva. No se combate por la gloria sino por la victoria. Vencer es matar. Y no me vengan con que nuestra campaña del desierto fue más humanitaria que la conquista del Far West, dice el profesor. Lo cantan las crónicas de los militares carniceros: según estadísticas del Colegio Militar de la Nación, de veinte mil indios, unos catorce mil fueron exterminados o llevados prisioneros. A los jóvenes que el ejército pudo doblegar, los incorporó a sus filas. Y las indiecitas fueron repartidas como siervas.

El ejército ataca por sorpresa la tolдерía. Rodeados, los indios se desploman acribillados. Para la milicada cada ofensiva es una práctica de tiro al blanco. Los proyectiles derriban hombres, mujeres, chicos. La matanza es indiscriminada. Cuando la caballería carga, son pocos los indios que se mantienen en pie y presentan una resistencia torpe y desmañada. Las mujeres, indias y cautivas por igual, intentan salvar a sus crías. La tolдерía empieza a arder. Entre las llamas hediondas de cuero, la indiada en desbande busca en vano un flanco para escapar de la operación. A sablazos, los milicos les caen encima y devastan. En el humo, en la polvareda, se sablea sin distinguir una vieja de un guerrero herido. El aire apesta a carne quemada, a pólvora, a sangre.

Pichimán aparta a su cautiva y hace frente a una carga. Surge entre el fuego y una estampida de caballos, con un facón en la diestra. Pero queda encerrado entre dos jinetes uniformados. El facón choca contra un sable. A uno lo puede ensartar, de costado, en una pierna. Pero cuando se apresta a voltearlo, un disparo lo tumba. Pichimán cae entre las patas de los caballos.

La cacería ha terminado. Se oye el crepitar de los toldos incendiados, el sacudón del viento flameando unas matras, unos relinchos sofrenados, el aullido de unos perros cimarrones dispersándose espantados. Pero, intermitente, más se oye el llanto de criaturas. Mientras la milicada arrea a los pocos sobrevivientes y separa a las cautivas, se oyen también, espaciados, unos últimos tiros, aislados. Los milicos rematan a los moribundos entre los caídos. Tiros y risas, se oyen. Entre los cadáveres procuran identificar al capitanejo. Un sargento lo encuentra. El indio todavía respira. El sargento imparte una orden y dos reclutas se apuran a obedecerle. D corre a proteger los estertores de su amante. Los milicos la atajan. Hacen falta varios para reducirla.

A pesar de su herida, a pesar de la sangre perdida, Pichimán se incorpora trastabillando como un borracho, le tiende un brazo a la cautiva. Pero lo doblegan a patadas. Un milico lo arrodilla, otro lo agarra de la pelambre, un tercero le asesta un botinazo entre las piernas. El teniente alza su revólver. Con un gesto obliga a sus reclutas a separarse del prisionero. Pichimán permanece de rodillas, los ojos casi en blanco. Parece perder el equilibrio, pero no llega a caer de bruces. Porque el teniente le dispara a quemarropa y el impacto despide el cuerpo exánime hacia atrás.

El estampido marca un silencio. Dura segundos esta quietud, hasta que se oye un grito animal. D se sacude, muerde, debatiéndose entre los huincas que la retienen. Con espuma en los dientes, desgredada, sucia, maloliente, arranca una oreja, la escupe, clava las uñas en unos ojos y termina por zafarse y manotear el facón de Pichimán. Los milicos, impresionados, se abren a su alrededor. Nunca vieron nada igual. Ni blanca ni india, D pertenece a otra especie. No es humana esa mujer. Amartillando, encañonándola, los milicos se disponen a gatillar, pero D no les da tiempo. Ante sus miradas perplejas, D se corta la lengua con el facón. La sangre, como un vómito oscuro, mana a borbotones. El teniente, asqueado, grita la orden de fuego. Los milicos, atónitos, tardan en cumplir la orden. Dos veces tiene que gritar fuego el oficial.

El día siguiente, aquel jueves 16 de junio, estaba programado un desfile aéreo de la marina. La aviación debía rendir un homenaje a la bandera sobrevolando la tumba del Libertador. El contralmirante lo va a evocar heroico en sus memorias:

A las once de la mañana de aquel día, numeroso público se había dado cita en las cercanías de la Plaza de Mayo para observar la revista aérea programada. A las doce

cuarenta exactamente, tres aparatos sobrevolaron la Casa de Gobierno lanzando bombas, al igual que sobre el Ministerio de Guerra y la Plaza de Mayo. Una cayó de lleno sobre la residencia gubernamental. Otra alcanzó un trolebús repleto de pasajeros, que llegaba por Paseo Colón hasta Hipólito Irigoyen. Una tercera bomba cayó sobre la mampostería. El público aturdido empezó a correr buscando refugio seguro ante la inesperada reacción de la formación aérea. Los muertos y los heridos fueron muy numerosos, no sólo por el impacto de las bombas caídas sino por el efecto desastroso de las esquirlas lanzadas en todas direcciones y los vidrios y mampostería arrojados al aire. Infinidad de automóviles y transportes fueron destruidos ocasionando la muerte instantánea de sus ocupantes. Sobre la Plaza de Mayo, asimismo, cayeron varias bombas que no explotaron.

Lía vuelve a mostrarme un poema que le dedica a Delia. Es ese poema que, poco tiempo después, publicaremos en *Unicornio Austral*. Se titula “Delia, el delito”. No sé si será bueno. Quizá no sea tan lírico como a mí me gusta recordarlo. No es, de todos modos, eso lo que está en discusión. No importa si el poema trascenderá o no la noche de los tiempos. En todo caso, lo que de ese poema importa es otra cosa: el testimonio de una loca pasión efímera consumiéndose en la bruma de una tragedia.

Cuando ciertas madrugadas lloro, no lo hago sólo por ellas. También lloro por todas aquellas y aquellos que ese mediodía, en esa plaza, corren escapando de las bombas. La muchedumbre que aguardaba un desfile aéreo y ahora corre desesperada. Con cada bomba, adoquines, asfalto y baldosas saltan astillados por el aire. Algunos corren hacia las recovas, pero una nueva explosión los alcanza. Unas pibas oficinistas chillan histéricas, paralizadas, sin atinar a nada. Una de ellas, ensangrentada, corre buscando protección. Los autos, los colectivos, aceleran. Pierden el control, como ese taxi que sube a la vereda de la plaza, atropella un muchacho y se estrella contra un árbol. Las explosiones, el griterío. Es tan ensordecedora la masacre que al rato se taponan los oídos. Esa niebla de combustible y polvo. Desde los techos de la Casa de Gobierno responde el tartamudeo metálico de las ametralladoras. Una bomba explota cerca, reventando un sector de la fachada. Más acá, una ráfaga de metralla barre un grupo de hombres y mujeres y chicos que, aturdidos, deambulan en la bruma. Los aviones vuelan bajo, atronadores. Muchos corren hacia la boca del subte. Encharcados en su sangre, los cadáveres quedan esparcidos en las baldosas y los canteros.

En el ataque se descargan nueve toneladas de explosivos. Según el contralmirante, la primera estimación de los muertos en el trágico suceso fue dada al día siguiente de los acontecimientos. La masacre tuvo como saldo, siempre de acuerdo con sus cálculos, las muertes de ciento cincuenta y seis ciudadanos y más de novecientos heridos.

Los muertos, según detalló el contralmirante, fueron: Ricardo J. Pariente, Carlos Rodríguez, Gregorio A. Matos, Nelsi Guerra, Octavio Marzetti, Ricardo Lucero, Reinaldo Reyna, Antonio Vico, Adolfo Beltrán, Manuel Otero López, Eduardo Marchione, Domingo O. Gentrel, Juan Marino, Julio Benítez Pérez, Cornelio Melitón Mimo, Darío Tartani, Juan A. Oliva, Carlos A. Cepeda, Horacio Croce, Carlos Rodríguez, Severo Aguirre, Salvador Pérez, Alfredo Gregorio Larrosa, Luis A. Ferrario, Osvaldo P. Azundoni, Roberto Luis Gregoria, Juan M. Arianovich, Ángel B. Lehamann, Julio A. Mercante, Máximo Correo Gómez, José Mariano Bacalja, Dulio Barbieri, Alfredo Méndez, Viola Luises, Roberto Pera, Julio Moscante, Luis Paslacua Canales, Augusto Puchulu, Estanislao D. Cheleco, A. Castello Suponi, J. M. Turré, Paulino Toledo, Cándido Bestol, Pedro Rivera, Ricardo Blanco, Domingo Marino, Vicente Cauquadrio, Alberto W. Herrera, L. M. Winner, Ángel Raúl Díaz, A. Domingo Rosse, Pilar A. Mesúa, Carlos Bruno, Leandro Gamba, Bonifacio Quintana, Eduardo Contreras, Oscar Perierola, Juan Carlos Cressini, Jacobo Faena, Ángel Adolfo Lorenzo, Carlos Enrique Laura, Miguel Seijo, José Juan Miglioli, Hugo López, Raúl Alberto Núñez, Francisco Mana, Luis Mario Achín, Rodolfo Gavay, Antonio Biondi, José M. Ruiz, Jorge José Gaudio, Mario Pessano, Ricardo Obertello, Alejo Núñez, Emilio Castillo, H. E. Cano, Salvador Puglisi, Zulema Mercedes Merlo, Felipa Herrera de Anfosi, Ana Victoria Roncagni, Pascual Viola, A. Baigorria, Enrique Adolfo Cossi, Manuel Gariburu, Domingo Gentile, Julián Yubero, Emma Vilches, Germinal Chardelli, Constantino Chidiak, Nelly Doyle de Aleman, José A. Díaz, Hosain Hosses, Antonio J. Castillo, Bifoges Farak, Julio Pereyra, Santiago Pulenta, Juan Pérez, Elio Casagrande, Ignacio Olarde, Camilo Baucero, Sara Bermúdez, Iva Jarak, Rosa Doseglia, Samuel Ventura, Hans Midner, Luis Rodríguez, Hugo Schierling, Félix Vicente Calvo, Victorio Salustiano Furmaneri, Justo Ledesma e Italo Angelucci.

Según el marino, el resto de la nómina corresponde a cadáveres NN.

Pero su estimación es mezquina.

La lista real de víctimas es más vasta, acota el profesor. Y también la cifra de NN. Se han calculado casi cuatrocientas muertes, más de dos mil heridos, cerca de cien lisiados.

Minutos después del ataque, el gobierno pide por radio la concentración inmediata de los trabajadores en la Plaza. Todos los medios de movilidad deben ser usados, por las buenas o las malas. En los alrededores de la CGT van a recibir instrucciones. Los trabajadores se lanzan hacia el centro de la ciudad en autos, camiones, colectivos, carros. La reacción es inmediata, dice el profesor. Quien se pregunte a qué se debe esta espontánea respuesta popular la encontrará, entre otras medidas, en los derechos laborales, los tribunales de trabajo, las vacaciones pagas, el aguinaldo, la jubilación, la salud pública, la protección de la maternidad, ancianos y

niños, el voto femenino. La convocatoria de la central obrera proporciona más víctimas a la masacre.

Desde el Ministerio de Marina se dispara contra la Casa Rosada. El fuego cruzado de las ametralladoras liquida a quienes buscan refugio. Cuatro baterías de artillería se emplazan en Paseo Colón y abren fuego contra el Ministerio. Pronto, un grupo de civiles se suma al asalto del ejército que habrá de reducir a los golpistas. Si bien el putsch está casi sofocado, los trabajadores siguen acudiendo a la Plaza. Pero cuando el ataque parece terminar, tres gloster meteor se despegan de la nubes y en vuelo rasante arrojan sus bombas y desaparecen sobre el río.

Me gusta imaginar a las enamoradas, heridas pero todavía con aliento, intentando un gesto. Se arrastran entre la chatarra, el humo. Una estira un brazo hacia la otra. Delia pronuncia el nombre de su amada. Lía se incorpora apenas. Cuando Delia consigue acercarse, Lía le sonríe. Su mano ensangrentada le entrega el poema.

Cuando quiero imaginarme ese poema, en un papel que vuela entre el viento de las explosiones, recorro a una imagen consoladora para disolver la opresión que me produce el recuerdo de ese mediodía.

Lía muere casi sin darse cuenta, la cabeza destrozada. Ahorro la descripción de sus sesos desparramados junto a los neumáticos del trolley. Delia yace torcida, boca abajo, no muy lejos, en un charco de sangre que se va agrandando.

También yo estoy ahí, buscándolas, tropezando entre chatarra, escombros, muertos y heridos. Me llevo algo por delante, caigo, y en la caída busco agarrarme de la nada. Aturdido, me arrodillo. Una explosión me vuelve a tumbar. Al levantarme, en el tambaleo, sostengo algo en la mano. Una piernita de nene.

No voy a volver sobre ese punto.

Cuando el General habló por radio, las ambulancias atravesaban sin parar la ciudad. Colaborando, había camiones cargando cuerpos hacia los hospitales. Muchos llegaban, además de mutilados, tapados por diarios o una lona empapados en sangre, ya sin vida. La garúa brillaba en las calles y el asfalto reflejaba el fuego de las iglesias. Los techos y cúpulas incendiados iluminaban la ciudad con su resplandor tembloroso. La masa se había arrojado sobre la Curia, junto a la Catedral. La nafta regaba las reliquias de la colonia. Las damajuanas de combustible pasaban de mano en mano. Hombres, muchachos y pibes se lanzaron después a la iglesia de Santo Domingo. Los santos y las vírgenes de yeso y madera eran transportados a la calle y se transformaban, cuando no en mofa, en botín. Las naves de los templos ardían y el saqueo se prolongaba. Altares, íconos, cálices, ropajes eclesiásticos se consumían en las llamas. Algunos se disfrazaban con sotanas y mantillas. Otros se ponían gorros de cardenales. Ardía Santo Domingo y también San Ignacio, La Merced, San Miguel y La Piedad. Los saqueadores posaban como bufones para los reporteros gráficos,

enarbolando un cáliz, un crucifijo labrado, un estandarte.

Y yo, con el mismo sentimiento contradictorio que había acompañado aquella manifestación que quemó la Casa del Pueblo y el Jockey Club, seguí en la calle. Quería estar cerca de los acontecimientos, tan cerca que, lo admito, me era imposible fingir que no me tentó participar en los incendios. La profanación me impulsó, con una sonrisa tan idiota como profunda, a apoderarme de un candelabro. Ese que está ahí, señala el profesor. Es de plata.

Del mismo modo que, en aquel atentado, cuando los explosivos contreras asesinaron trabajadores reunidos en una concentración de la CGT, y esa noche fue recordada por los reaccionarios como la noche de la quema del Jockey Club, también esta noche lluviosa no sería recordada tanto por las víctimas del bombardeo como por la quema de las iglesias. Que del cielo descendiera una llovizna tímida y no un diluvio que apagara el fuego parecía sugerir que, si había un Dios, estaba del lado de los incendiarios.

Pero Dios había muerto.

Lo que ves que ha muerto, dalo por perdido, cita el profesor.

Catulo, dice. Y hace un gesto despectivo. En la penumbra puede apreciarse que en su sonrisa hay más tristeza que sarcasmo, más piedad que rencor.

Fulsere quondam candidi tibi soles.

De nuevo, haciendo un esfuerzo para recordar, mueve los labios: Mi traducción, murmura el profesor, es defectuosa. Traductor traidor, me dirán una vez más. Con acierto, el reproche. Soles luminosos te brillaron un día, dice. Aunque también pueden ser lúcidos soles.

En ese período me volqué al latín, consagrando mis angustias a la traducción de Catulo. Me agotaba con el latín. Ahogaba madrugadas enteras buscando concordancias castellanas para los aciertos de aquella legendaria marica romana, sus blasfemias y procacidades. Nada más ajeno a mi gusto que esa lengua muerta.

No me preocupaba el porvenir de mi traducción. Extraer de las ruinas de una lengua muerta esa poesía desbordante de sensualidad me obligaba a un despojamiento. Un amanecer me pregunté qué carajo estaba haciendo al sepultarme en la etimología. Lo mío, al excavar en declinaciones polvorientas indagando qué vida pudo trascender la muerte, era antropología forense.

Ya no me inquietaban los desplantes de ese preceptor que, finalmente, se había casado con su noviecita casta y pura. Cuando lo arrinconé en el colegio para que tomáramos un café y me explicara qué había quedado de nuestro torbellino de calentura y desencuentro, él me dijo que eso que para mí había sido un metejón fulminante y corrosivo no había sido para él más que una racha de confusión. Había arribado a la conclusión de que era un muchacho normal, amaba a su esposa, quería

formar una familia. Tenía que comprenderlo, me dijo. Si de verdad lo quería, tenía que comprenderlo y respetar su voluntad. Lo vi alejarse por el corredor. Unas semanas más tarde, lo sorprendí en el laboratorio del colegio experimentando con un alumno de segundo año.

Ya era septiembre, pero la primavera tardaba en aposentarse en la ciudad. Llovía todo el tiempo. Lejos de experimentar la irrupción del deseo nuevo y errante como en otras primaveras, yo vagaba por las calles como un extranjero.

Una tarde entré en la Richmond y pedí un clarito.

Y sus amigas, me preguntó el mozo.

De viaje, le contesté.

Lejos, me preguntó.

Muy.

El mozo insistió:

Cuándo van a volver, me dijo.

Apuré el clarito. Pagué. Salí.

Si bien tenía una llave del departamento de Lía, me faltaba valor para entrar solo. La llamé a Nélida que, previsible, estuvo dispuestísima a acompañarme. Hay personas que parecen estar siempre aguardando para mostrarse auxiliadoras. Y Nélida era una de ellas. Había bastante de exhibicionista y de chusma en su ayuda. Podría detallar lo que sentí cuando entramos en aquel departamento en Floresta. Un tren pasó cerca. Me pareció que se movían las paredes. La muerte hace que, apenas concluida la historia con alguien amado, se vuelva prehistoria. Al entrar en el departamento me atacaron todas las noches Piaf que habíamos compartido con Lía. Si esos recuerdos, memoria de ayer nomás, se habían vuelto pasado remoto, también yo había envejecido años en esos meses.

Nélida, al principio, se movió por el lugar con la unción de quien ingresa en un lugar sagrado. Pero después, liquidado el pudor, empezó a revolver por todas partes como si, al sacar una porcelana, un tintero, cualquier objeto, pudiera adueñarse de la experiencia que encerraba. Nélida hacía turismo y estaba dispuesta a robarse unas cuantas postales del museo. Me calmó la indignación notar que tenía tobillos gruesos.

De un ropero sacó un piloto y se lo probó mirándose en el espejo interior de la puerta.

Cómo me queda, me preguntó.

No esperó mi respuesta.

Con el piloto puesto, Nélida se detuvo frente a una foto. Ahí estábamos los tres: Lía, Delia y yo, en la Plaza de Mayo. Con las palomas.

Nunca me atreví a preguntártelo, Gómez, dijo Nélide. Pero ahora que Lía no está, podés decirme.

Qué, le pregunté.

Entre Lía y vos, tanteó, nunca pasó nada.

Ante mi silencio, insistió:

Y entre Delia y vos, tampoco.

Literatura, querida. Sólo literatura.

A lo mejor, podemos rescatar alguna obrita para acercarle a Victoria, dijo entonces Nélide. Después de todo, fueron mártires.

Me quedé callado.

Ya pasó todo, Gómez.

Qué pasó, le contesté.

Pero Nélide, atareada en hurgar en una mesa de luz, probarse un anillo luchando con sus dedos regordetes, no registró mi pregunta.

No hay caso, forcejeó. No me entra.

No tuve fuerzas, ni entereza, para quedarme más tiempo. Busqué esta carpeta celeste. La encontré. Y también las cartas que Delia le había escrito a Lía. Debo haber estado en el departamento apenas unos minutos. Lo suficiente como para traerme todos estos papeles. Mis papeles.

Empecé a caminar por Rivadavia. La congoja se me confundía con desesperación. En el reflejo de una vidriera vi un muchachito. Morocho, recién lavado, campera de frisa, el bolsito al hombro. Un peón de la construcción, supuse. Nuestras miradas se encontraron en el reflejo de la vidriera. No hizo falta mucho más. Seguí caminando por Rivadavia hacia el Parque Lezica. En la negrura del parque, me senté en un banco. Tenía unas ganas de llorar. El muchachito se me acercó.

Yo también estoy triste, dijo con una tonada del noroeste.

Necesito unos pesos para pagar la pensión, dijo.

Le desabroché la bragueta. No podía contener el llanto.

Qué va a ser de nosotros sin el General, dijo.

Mientras se la chupaba, yo lloraba cada vez más.

EPÍLOGO

El mal tiempo persistía. La radio uruguaya era imprescindible para seguir el curso de los acontecimientos. El fin del régimen era inminente. Las mujeres se aprovisionaban de yerba, fideos y retenían a los chicos en casa. Los negocios cerraban, el fútbol se suspendía y en las calles desiertas se respiraba la tristeza. Las fuerzas armadas se sublevaron otra vez. A diferencia de otros golpes, éste provenía ahora no de la ciudad puerto sino de guarniciones del interior encabezadas desde Córdoba, donde fracciones del ejército y la aviación luchaban encarnizadamente. Entre los combatientes de la Escuela de Suboficiales había pibes de catorce y quince años. La marina bombardeó las destilerías de Mar del Plata y Dock Sud. Y estuvo a punto de repetir la operación con los depósitos de La Plata. La flota de guerra bloqueó el Río de la Plata y empezaron a oírse los tableteos de las ametralladoras. En los combates morían los colimbas.

El toque de queda prohibía circular después de las ocho de la noche. La radio transmitía acuartelamientos, desplazamientos de tropas, operaciones navales y avances de tanques. Apenas supo de la rebelión de tropas, el General despachó a la jovencita que era su amante a la casa de sus padres. Le aconsejaron al General abrir los arsenales y entregar armas y municiones a los trabajadores. Contaba con el favor de su pueblo y el apoyo de importantes sectores del ejército. El golpe podía ser aplastado. Pero el General argumentó que, entre la sangre y el tiempo, elegía el tiempo. Renunció, además de a la presidencia, a la lucha. La suya era una medida para reconciliar el país. Pero esta retirada pacífica se parecía bastante a una agachada. Se embarcó, asilado, en una cañonera paraguaya, hacia el exilio. Todo había terminado. Cuando se pudo contar las víctimas, la cifra de muertos superaba los cuatro mil.

En los patios de los colegios, maestras y maestros gorilas ordenaban quemar los libros de lectura que habían sido impuestos por el tirano depuesto. Mientras estudiantes de guardapolvo cantaban el himno a Sarmiento ardían en piras *La razón de mi vida*, los retratos del General y Evita, el escudo justicialista. Curioso acto educativo el de quemar libros en las escuelas. Mientras contemplaba el fuego envolviendo los textos pensé que era otro triunfo de la civilización sobre la barbarie.

Yo seguía aferrado a mi traducción. Entre las páginas del diccionario de latín había guardado dos recortes publicados por *La Nación*. Los obituarios de mis amigas. El de Delia se titulaba: “Delia Feijoo de Ulrich, su fallecimiento”. Y refería que, en vida, ella había elegido “reunirse de muchos buenos amigos, a quienes con dulzura les ofrecía siempre su palabra clara y un corazón confidente. De sus inquietudes literarias podían dar fe sus allegados y el selecto ambiente cultural que la convocaba a sus eventos. Activa colaboradora de acciones benéficas y sociedades de fomento

cultural, visitadora incansable de exposiciones y museos, será recordada por su presencia refinada y un temperamento artístico que estaba en pleno desarrollo. Delia abandonó este mundo dejando contraídos por el dolor a su esposo, heroico capitán de la Armada y su hijo menor de edad. El sepelio se efectuó en el Cementerio de la Recoleta”.

Los restos de Lía fueron al cementerio de la colectividad judía en La Tablada. Su necrológica se titulaba: “Lamentable desaparición”. En un recuadro apretado se mencionaba que “la joven pluma de nuestra redacción se destacaba en sus notas por un agudo espíritu de observación que combinaba el humor de buen gusto con una visión habitualmente pródiga en ideas modernas. Promesa de nuestra poesía, sus versos sugerían una influencia nada desdeñable de las letras francesas. Su fallecimiento apenas no sólo a quienes accedieron a su obra sino también a su infatigable predisposición solidaria”.

Ninguna de las necrológicas mencionaba la causa de sus muertes.

Yo me preguntaba hasta cuánto más iba a sobrellevar mi rutina de colegio, profesorado y encierro en una traducción. El duelo y la clausura me habían aniquilado. Fue así que adopté un gesto más desesperado que valiente. El único que tuve. El único y el último.

Además de entregarle al capitán las cartas de su mujer que había rescatado en el departamento de Lía, me intrigaba conocerlo, dice el profesor.

Debo aceptar que la situación me asustaba. En cierto modo corría peligro, no sólo al proponerle un encuentro sino también al darme a conocer. Hubiera sido más simple el anonimato, mandarle las cartas por correo. Pero me iba a perder su reacción al enterarse. Después de todo, a ellas les hubiera encantado verle la cara en ese instante. Lo que yo iba hacer era una venganza. Al esconderme en la traducción de Catulo, había actuado como un gallina. Y lo que ellas me estaban reclamando, desde la memoria, no era la traducción de una neblina. Me exigían una justicia que no fuera sólo poética.

Por un diario supe la disposición de los militares en los cargos públicos. Al capitán le encomendaron una misión patriótica en un área del Ministerio de Transportes. Debía perseguir oficinistas en intrigas de escritorio, husmear movidas de piso como un sabueso, tras posibles pistas de una contraofensiva de la negrada. El capitán había ordenado, junto con la destrucción de los retratos de Perón y Evita, el encarcelamiento de varios delegados y simpatizantes del régimen depuesto. En cada repartición de aquel laberinto burocrático con las paredes recién pintadas, imperaba un respeto que se confundía con el terror. Pero, por más que el capitán se devanaba pensando su cargo como una recompensa por su desempeño heroico en el complot, era evidente la depresión y el desequilibrio en que había quedado tras el bombardeo y

la muerte de su esposa: sus superiores lo habían internado en aquel ministerio para sacárselo de encima.

La Revolución Libertadora había triunfado. Ni vencedores ni vencidos, proclamaba. Pero el capitán, investigando conspiraciones de oficina, era un derrotado.

Una de esas mañanas lo llamé por teléfono.

Me atendió una secretaria:

De parte, me preguntó.

La respuesta me surgió, envalentonada, desde el alma:

De parte de Delia.

El profesor se toma su tiempo para seguir con el relato. Se levanta, busca la jarra de té y se sirve una taza. Se le ha secado la boca, dice. A veces me pasaba cuando daba clase. Perdí la costumbre de hablar tanto. Pero esto no es una clase.

Ojalá a los alumnos de literatura se les contara esta historia. Aprenderían más de literatura y de identidad que sumiéndose en esos estudios que ahora llaman culturales. En el fondo, de lo que se trata siempre, cuando se quiere averiguar la identidad de una literatura, es de rastrear en los escritos ninguneados. La verdad siempre anda dando vueltas en los márgenes de esos claustros donde se pontifica el encubrimiento. Y cuando los académicos incorporan uno de esos escritos provenientes de la periferia, lo que hacen es bañarlo, depilarlo, perfumarlo, atildarlo, prolijito, para presentarlo como hallazgo de la civilización. Igual que esos gringos que, hace siglos, secuestraban a un indio patagón en un barco para exponerlo a la mirada eurocéntrica. Qué es la teoría literaria, sino una manera de comprender la historia: teoría política, ni más ni menos. Toda una perspectiva. A mí, la teoría literaria me gusta leerla como un relato. Si la historia que cuento está cruzada en ocasiones con teoría literaria, me tiene sin cuidado. Lo que me inquietaría es que ocurriera al revés, que la teoría literaria estuviese separada de la historia.

Dónde estaba, se pregunta ahora el profesor. Durante unos segundos aprieta los párpados y después, como volviendo en sí, dice:

Inevitable que en el desarrollo de los acontecimientos se disparen estas notas al pie. Por más que me esfuerzo, estas notas acuden a mi memoria, más como una urgencia de lo vivido, una obsesión por aclarar algún detalle de los sucesos que por pedantería de estudioso maniático. No incurro en la digresión por orfebrería sino convencido de que es parte de la acción. Para que los hechos no puedan leerse tergiversados.

Este impulso vehemente por los detalles tiene bastante de testamento y manotazo de ahogado. Me doy cuenta: no me quedan muchas madrugadas para repetir esta historia. En una de éstas puede ser la última. Ocurre entonces como en los folletines: a

medida que falta menos para el desenlace, el suspenso, ese nerviosismo por alcanzar el final se confunde con las ganas de que no concluya. Quien cuenta y quien lee han estado compartiendo el viaje y ahora, próximos al último puerto, ninguno de los dos quiere desembarcar. El cuento como viaje y también como distracción de la muerte, digo. Porque al terminar el viaje habremos despertado a la muerte.

El capitán me citó la tarde siguiente en un bar de la Avenida de Mayo. Me lo había imaginado más alto, de porte más rotundo. Debo aclarar que el temor contribuye también a la idealización cinematográfica de los malvados. No esperaba a ese hombre diría retacón, más regordete que atlético, enfundado en un traje gris. Llegó al encuentro un poco después que yo. Y al entrar, deteniéndose en la puerta, miró a su alrededor como previniendo una emboscada.

El capitán era rubio, con algunas entradas que le aumentaban la edad. Los lentes oscuros contribuían a otorgarle un aspecto entre enigmático y temible. Después, durante el encuentro, en algún momento me observó por encima de los lentes y pude ver sus ojos. La suya no era sólo la mirada de alguien acostumbrado a mandar. También la de alguien jaqueado por la inestabilidad, que regula con dificultad sus actos.

Si, como digo, el capitán recelaba al venir al encuentro, al verme se le disipó toda sospecha de una celada. Procuré cuidar mis modales, atenuar ese tono amanerado que, con frecuencia, delata a los de mi condición. Fingí virilidad al presentarme. Estreché su mano con una firmeza impostada.

Las cartas eran un paquete en papel madera sobre la mesa, junto a mi pocillo.

Gómez, dijo el capitán, observándome. Delia supo mencionarlo. Escritor.

Profesor de literatura, lo corregí.

El capitán sacó chester y un ronson. Al abrir el saco, pude ver el correaje y la culata de una pistola.

Delia y usted, preguntó.

Pobrecito, pensé. No podía ser más obvio ese hombre. Pude haber sonreído con lástima. No lo hice.

Fui amigo de su esposa, dije tocándome el bigote. No su amante.

Esas dos palabras juntas, amante y esposa, apestaban a melodrama. Lo que dije después también:

Se amaban.

El capitán dudaba en tocar el paquete junto a mi pocillo. Adoptó más desprecio que curiosidad al alzarlo. Lo desenvolvió despacio, con una compostura medida. Empezó a leer. No necesitó avanzar mucho en la lectura para comprobar qué amor refería esa correspondencia.

Delia y Lía se amaban, dije.

Nosotros no hablamos de ciertas cosas, dijo.

No le pregunté qué quería decir ese nosotros.

Delia y Lía se iban del país, dije. Ese mediodía. Para eso se encontraron en el City Hotel.

Noté que no tenía sentido seguir.

Una enferma, dijo el capitán.

Y después:

Qué tiene, además de estas cartas.

No soy un chantajista, le dije. Esto es todo. Y no quiero nada a cambio.

Por qué me las da, quiso saber él.

Reservándome la ironía, contesté:

Se supone que usted también la quería. Además, está su hijo.

No meta a mi hijo en esta mugre.

Preferí guardarme la respuesta.

Cuánto quiere por esto, insistió él. Y me miró por encima de los lentes.

Fue más la indignación que el coraje lo que me llevó a decirle:

Era su mujer, dije, subrayando mujer. No la mía.

Cuánto, insistió el capitán.

Quizá no fui claro. Quizá usted no puede comprender. No quiero nada a cambio. Además, ni siquiera las leí. Me pareció una violación hacerlo.

Me levanté diciendo:

Mi café ya está pago.

Pero él quería quedarse con la última palabra:

Espero que no volvamos a cruzarnos. Por su integridad, lo espero.

Aunque me precipité a la calle, quise frenar esa angustia que me pedía poner distancia. En la esquina me detuve. No quería darme vuelta. Pero no pude evitarlo. Desde atrás de un puesto de flores, lo vi salir del bar. En la vereda, el capitán miró hacia los costados. Llevaba el paquete en la mano. Al pasar por un tacho de basura, volvió a mirar a los costados, como un chico, cerciorándose de que nadie lo vigilaba, y arrojó dentro el paquete. Después apuró el paso, rumbo a la Nueve de Julio.

Esperé un rato antes de acercarme hasta el tacho y salvar el paquete.

Por aquí debo tener ese epistolario, dice el profesor Gómez. Pero no creo que su revisión pueda aportar demasiado a lo que ya conté.

Aquí están las cartas.

Léanlas si no me creen.

No me olvido de un interrogante que quedó pendiente. Alguien se preguntará por qué recién ahora me animo a contar estos hechos, desempolvar el manuscrito, ofrecer estas cartas a quien dude de esta historia.

Hace poco leí en el diario de los Mitre que el capitán fue sepultado en el

cementerio de la Recoleta. Ésa es una explicación. Una explicación de pusilánime: mi miedo.

Ya se estaba haciendo verano otra vez. Con los primeros calores me gustaba, los domingos por la tarde, pasear por Plaza Italia y dar una vuelta por el Jardín Zoológico. El Zoológico siempre ejerció una fascinación especial en mí. Aludo, aunque corra el riesgo de ser acusado de gorila, al vértigo que para mí fue y será siempre el denominado aluvión: esa marejada de cabecitas engalanados de modo tosco, primitivo. Las sirvientitas cetrinas que nunca obtendrán la elegancia de sus patronas por más que usen su ropa regalada. Los obreros jóvenes que se engominaron los carpinchos a la cachetada y pueden combinar, porque no tienen otro recurso, un traje con un par de zapatillas. A mí siempre me tiró esta multitud. Y, en particular, los colimbas paisanitos, que visten el uniforme de salida que les dotaron en el cuartel con un orgullo primitivo.

Más de un domingo pude disfrutar de estos muchachitos de uniforme que, frustrados porque una sirvientita les cerró las piernas, buscan desagotar su miel donde sea. Uno de esos domingos, ya casi verano, como digo, deambulaba yo por el Zoológico mirando un mandril que se masturbaba para diversión de los paseantes. Por qué será, me pregunté una vez más, que los gestos de los simios caricaturizan en su monstruosidad aquellos rasgos y comportamientos que nos negamos a ocultar en nombre de la civilización. Cuándo llegará el día, me preguntaba, en que admitiremos aquello que tenemos de animal, el fracaso de nuestros intentos de ser sublimes.

A la altura de la jaula de los monos, vi de lejos a Azucena. La reconocí a pesar de que estaba cambiada. El pelo más corto, más castaño. Y el porte más ancho. No era exactamente la gordura luego del parto. Era más bien que su belleza se había aplomado. Azucena empujaba un cochecito de bebé, de esos que fabricaba la Casa Gesell.

Advertí en su saludo una alegría un poco melancólica, que podía confundirse con la resignación. En su mirada, la audacia se había vuelto calma.

Le pregunté cómo se llamaba la criatura.

Gabriel, me dijo.

Como el arcángel, dije.

Como el arcángel, repitió ella.

Supuse que no hacía falta que le recordara que ése también era el primer nombre de De Franco.

Una monada de bebé, recuerda haber dicho el profesor Gómez. Sin ironía, lo dijo. Pero apenas dicha la frase, se avergonzó. Y como para arreglarla, agregó:

Se te ve feliz.

Estoy bien, contestó Azucena. Tengo un buen empleo, como vendedora en la

librería Peuser. Y Pedro puso una casa de electricidad en Villa Ballester. Los fines de semana toca el acordeón con unos amigos en clubes y casamientos.

Estás enamorada, le dije.

Estoy enamorada de mi bebé, me contestó ella.

Y después:

Pedro es un buen hombre. Con el tiempo lo voy a querer.

Toda una esposa, Azucena. Ni me preguntó por De Franco. Tampoco yo le iba a contar que De Franco me había escrito desde Misiones. En una reservación en la frontera con el Paraguay se había comprado una indiecita por unos pocos pesos. La tobita tenía unos catorce años y lo obedecía con respeto y unción. La estoy haciendo a mi manera, me había escrito De Franco.

De todos nosotros, sólo Azucena había hecho algo distinto con su vida: otra vida. Me volví para verla alejarse, empujando el cochecito. Nacido en esos días de bombardeo, fusilamientos y marchas militares, me pregunté, mientras chillaban los mandriles, adónde empujaría la historia a esa criatura, cuál sería la suerte de ese bebé argentino.

Y SEGUÍ ANDANDO.